



Valeriana Émar

Lo que me dijo
el Café

LO QUE ME DIJO EL CAFÉ

Valerian Émar

A Él, mi amigo, todas las menciones

Título: Lo que me dijo el café

Copyright © 2018 Valerian Émar

Primera edición

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, fotocopias o difusión a través de internet sin autorización previa del autor, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

ÍNDICE

PRÓLOGO

1. MAMA KAFFA

2. EXPRESSO

3. CAFÉ IRLANDÉS

4. BORRA DE CAFÉ

5. CAFÉ LÁGRIMA

6. CAFÉ BREVE

7. CAFÉ AZTECA

8. CAFÉ MOCA

9. CAFÉ ASIÁTICO

10. CAFÉ ESCOCÉS

11. MI HOMBRE CON AROMA DE CAFÉ

12. EXPRESO DOBLE

13. CAFÉ INSTANTANEO

14. UN CAFÉ DESCAFEINADO, LIBRE DE DEPENDENCIA

15. EL CAFÉ PERFECTO

EPÍLOGO

PRÓLOGO

Vernazza, Italia

MÁGICO. Su abuela siempre le había dicho que los granos de café eran mágicos. Pero para ella mágico era ver como su abuela machacaba los granos de café luego de haberlos tostado en la cocina de la cafetería que tenía su familia. Lorenza Bella Betul venía de una tradicional familia que cosechaba café en los campos de Etiopia. ¿Y se preguntaran cómo una Betul había terminado en una villa italiana? A ella le gustaba oír la historia que Lorenza le contaba acerca de su familia. Su bisabuela Cala había acompañado a su padre a un viaje de negocio para cerrar un cargamento grande de granos de café en Italia, y lo que no sabía era que en ese viaje conocería al hombre que había nacido para ella.

La mejor parte de la historia era como ellos se habían conocido: Gracias al café. El aroma del intenso líquido oscuro la había dirigido hacia su bisabuelo Francesco, que en ese momento estaba en la playa, devastado porque una tormenta lo había sorprendido mientras navegaba en medio del mar y había destrozado su barco pesquero. Cala le ofreció su café, que tenía el poder de sanar su pena. Y una taza de café los unió. No pasó mucho tiempo en que ellos se casaron y tuvieron a Lorenza, o Noni como ella prefería llamarla.

Cala había quedado destruida cuando el barco pesquero de su bisabuelo Francesco había desaparecido en el mar durante una terrible tormenta y nunca más se supo nada de él. Viuda y con una hija, no había querido regresar a Etiopia con su familia, pero quiso traer los cafetales a Vernazza fundando el Mama Kaffa. La cafetería era un legado que pasaría de mano a mano: Noni, luego su madre y en un futuro sería de ella. El Mama Kaffa no sólo ofrecía café, sus granos se adaptaban a cada persona, los leía, el aroma los atraía y la sabiduría del sabor les enseñaba.

Se sentó en el taburete alto que estaba delante del mostrador, apoyó los codos sobre la madera y los puños en el mentón. Noni le acercó el cuenco con los granos de café recién machacado e hizo que lo oliera. Era lo más cercano que podía estar de una taza de café; según su madre todavía no tenía edad suficiente para acompañarlas a beber una taza con ellas. Anetta, su madre, le sonrió mientras contaba las ganancias que habían hecho ese día en la cafetería, luego extendió el brazo y le entregó unas monedas.

—Hoy te lo has ganado, cariño —le dijo.

A ella le gustaba ayudarlas y verlas trabajar. Se guardó las monedas en el bolsillo trasero del pantalón. Noni la ponía a barrer y a limpiar las mesas, y así sería hasta que tuviera unos años más y pudiera atender a los clientes. Pero su trabajo más importante era ocuparse de la planta de rubiácea que su bisabuela había puesto en la cafetería cuando la inauguró. Lorenza decía que la planta era el éxito del negocio y que era un honor tener que cuidarla. Su bisabuela Cala la había traído de Etiopía, de la tierra de donde se había originado el café.

—¿Qué lección me enseñaras hoy, Noni? —le preguntó como lo hacía todas las noches antes de irse a dormir.

Noni puso un puñado de café recién molido sobre la palma de la mano y se lo enseñó.

—Mientras más fino sea el café, más áspero y amargo será su sabor, de lo contrario, las partículas gruesas darán una infusión acuosa y con poco gusto —le explicó—. ¿Y no queremos eso verdad?

Ella negó con la cabeza, y miró a su mamá suplicante.

—Puedes hacer una excepción sólo por esta noche y dejarme beber con ustedes, por favor mamá.

Anetta se quitó el delantal de la cintura y le lanzó una mirada ceñuda.

—Todavía te faltan cuatro años Magnolia —repuso—. Dijimos que sería cuando tuvieras catorce.

—Pero tú empezaste a los trece —añadió Noni.

Su madre sonrió mordaz.

—Y fuiste muy imprudente al permitirlo.

Se sobresaltaron cuando golpearon la puerta de entrada con violencia.

—La cafetería está cerrada —comentó ella, mirando hacia atrás por encima del hombro.

Noni junto sus cejas oscuras.

—¿Esperas a alguien, Anetta?

—No —respondió. Se fijó la hora y añadió—: Y es un poco tarde para que sea un cliente. Iré a averiguar quién está tan apresurado a estas horas.

—Ten cuidado, cariño.

Su madre abrió la puerta cuando supo que Carlota, su vecina, estaba del otro lado.

—¡Necesito hablar con Lorenza! —Gritó Carlota.

Anetta se llevó una mano al pecho.

—¿Qué ocurre, Carlota? —Quiso saber—. ¿Te encuentras bien?

—Mi esposo... —murmuró—. El café me lo dijo... quiero que él vuelva.

Su madre sujetó a la vecina por los hombros y la obligó a que se calmara.

—No entiendo una palabra de lo que me estás diciendo Carlota.

—Donatello no está en ningún barco pesquero —le explicó, entre llanto—. Lorenza me lo dijo, él se fue con otra mujer más joven.

El marido de Carlota era pescador y Noni solía comentar que a él también le gustaba pescar muchas bragas de mujeres. Su abuela rodeó el mostrador y se acercó a la vecina.

—¿Y cómo quieres que te ayude, Carlota? —preguntó Noni con la voz pausada.

Carlota tenía el maquillaje de los ojos corrido y llevaba un vestido floreado que dejaba ver sus enormes pechos. Siempre había sido una mujer pizpireta y melodramática.

—Quiero que mi esposo vuelva, Lorenza. Debes ayudarme a que él regrese a mí.

—Ve a tu habitación, Magnolia —le pidió su madre.

¿Por qué siempre le pedían que se fuera cuando todo se ponía más interesante? Soltó un bufido y salió por la puerta trasera de la cafetería. Ellas vivían arriba del negocio. Subió despacio los escalones para oír lo que su abuela decía.

—¿Sabes qué necesitas Carlota? Un café brule.

También se lo conocía como diablo. Hizo un gesto pensativo, mientras recordaba cómo se preparaba. Estaba compuesto por brandy quemado con piel de limón acompañado de un expreso solo. Sonrió. Noni se pondría feliz al saber que contaba con una buena alumna.

—El café brulé te ayudará a recapacitar lo que me estás pidiendo, Carlota —dijo Lorenza—. Y te darás cuenta que no es la mejor elección para ti.

—Pero estoy segura que quiero a Donatello de regreso.

—¿Estás segura que quieres eso? —Inquirió Anetta—. ¿Aunque eso te cueste perder el amor verdadero?

—El Café no solo dijo que perderías a tu marido, sino también que encontrarías a tu amor verdadero —le recordó su abuela.

Oyó a Carlota sonarse la nariz.

—Creo que ustedes no me han entendido, quiero que Donatello regrese, pero para patearle el trasero —les explicó.

Abrió grande los ojos cuando su madre la descubrió escuchando detrás de la puerta.

—Me pareció haberte pedido que subieras a tu alcoba —musitó en un tono amonestador, a la vez que se cruzaba de brazos.

—¡Estaba en eso! —chilló ella, mientras corría hacia su habitación.

Cerró la puerta de la alcoba con el pecho agitado. Se arrojó sobre la cama, al tiempo que observaba el mar a través de la ventana abierta. Les prometió a las estrellas que ella ayudaría siempre a las personas como lo hacía su abuela. Se durmió con el aroma a café que subía de la cafetería.

1. MAMA KAFFA

Quince años después...

FALTABAN diez minutos para que la cafetería abriera y ya había sacado los panecillos del horno. La nariz se le impregno del aroma del pan de canela y el café recién preparado. Se ató el delantal en la cintura y giró el cartel que colgaba en la puerta y el lado abierto quedó mirando hacia afuera. La brisa de los últimos días de verano la chocó de frente cuando salió a la terraza. Adelante había una estrecha playa que también servía de amarre a pequeñas embarcaciones. La iglesia resaltaba de fondo y había un gran playón donde se desparramaban infinidades de sombrillas multicolores pertenecientes a los restaurantes y heladerías linderas. Desde temprana hora de la mañana los comerciantes abrían los locales esperando los contingentes de turistas que arribaban a cada llegada de ferry más los que decidían llegar por tren.

Todavía era temprano y no había muchas personas en la calle y se podía oír cómo las olas del mar golpeaban en la playa. De repente, la tranquilidad matutina se interrumpió con los gritos de Bianca, su vecina, que vivía en el tercer piso del edificio azul ubicado al frente de la cafetería. Bianca se había asomado por la ventana y arrojaba la ropa de su amante a la calle.

—Y no quiero volver a ver tu trasero blanco sobre mi cama —gritó ella.

Bianca era conocida por ser una mujer pasional y que le gustaba enloquecer a sus amantes. Enzo intentó ocultar su vergüenza tras su gorro mientras recogía su ropa, luego se subió a la motocicleta y se marchó.

—Decía yo que Enzo le había durado demasiado a Bianca —comentó Stella. Ella vivía al lado del negocio.

Se cruzó de brazos y sonrió.

—Pensé que iba a casarse con él.

—Bianca no es de las mujeres que se casan —la corrigió Stella—. Ahora que Enzo está libre, tú podrías ir tras él.

Puso los ojos en blanco como respuesta e ingresó a la cafetería. Stella la siguió por detrás.

—Es a ti a quién le deberían llover pretendientes. Está a la vista que tú eres más bella y mejor persona que Bianca.

—Supongo que tengo mala suerte en el amor —replicó.

—Tal vez si te esforzaras un poco más...

Se mordió la lengua para no seguir con la conversación y no decir algo que luego se arrepintiera. Stella era una vieja amiga de su abuela y prácticamente era parte de la familia. Tomó una tiza y escribió la frase del día en la pizarra: *el café huele a cielo recién molido*.

—Tengo mucho trabajo y no tengo tiempo para ocuparme de mi vida amorosa —respondió.

—¿Pero no querrás acabar siendo una solterona como yo, verdad?

Se encogió de hombros y sonrió.

—A ti no te ha ido tan mal.

—La soledad no es buena compañía cuando se hace permanente, Magnolia.

Sacó una caja rosa del mueble y la puso encima del mostrador, luego empezó a llenarla con los panecillos de canela.

—Como acabo de decir, tengo mucho trabajo —repitió—. Hoy es el funeral del señor Greco y me pidieron que me encargará de los aperitivos.

Stella se persignó.

—Que Dios lo tenga en la gloria —masculló—. ¿Sus hijos vendrán al funeral? —quiso saber.

—Alissa fue quién me pidió que me ocupara de los aperitivos.

Alissa era su mejor amiga. Se conocían de pequeñas. Ella trabajaba en una agencia de modelo en Milán y se veían muy poco, pero hablaban todo el tiempo por teléfono.

—¿Y... Dante también vendrá?

Achicó los ojos. Pudo leer las entrelíneas de esa pregunta maliciosa. Toda persona de Vernazza sabía que ella siempre había estado enamorada del rebelde y apuesto Dante Greco. Y el único que nunca se había enterado había sido él.

Stella hizo un gesto pensativo.

—¿Pasaron diez años desde que Dante se fue de Vernazza? —preguntó.

—En realidad, fueron ocho años —la corrigió.

Él se había ido del pueblo cuando se enteró que el señor Greco no era su verdadero padre. Y desde el día en que se marchó, él no había regresado y había perdido todo el contacto con sus padres, exceptuando con Alissa, su pequeña hermana. Ella siempre se había sentido algo responsable por su

partida. Si no le hubiera leído la borra de café, la olla no se hubiera destapado. Probablemente Dante no asistiría al funeral del hombre que lo crio. Cuando se comunicaba con Alissa, trataba que ella no mencionara a su hermano, para evitar que sus heridas se abrieran. Pero una vez le había dicho que él estaba trabajando como diplomático en la embajada italiana de Londres. ¿Quién hubiera imaginado que el rebelde Dante terminaría siendo un diplomático?

—Mónica debe estar devastada —comentó Stella—. Ella primero perdió a su hijo, y ahora a su marido —le lanzó una mirada astuta por debajo de los párpados—. Y tú perdiste a un pretendiente cuando Dante decidió irse.

Lo hubiera perdido si alguna vez él la hubiera pretendido.

—¡Lorenza! —chilló Stella.

Soltó una exclamación de alivio.

—Por fin apareces, Noni —dijo ella.

—¿Me he perdido de algo? —preguntó su abuela.

—Bianca terminó con Enzo —le contó la vecina.

Lorenza agitó una mano en el aire.

—Decía yo que el muchacho le había durado mucho tiempo.

—¿Era la única persona que creía que ellos iban a terminar casados?

—cuestionó sus pensamientos en voz alta.

Stella le dedicó una mirada pícaro.

—Ahora Enzo está libre.

—Él no es un mal partido —agregó Lorenza.

—¡Noni! —Exclamó—. ¿Tú también saldrás con lo mismo?

—¿Acaso no has visto sus abdominales? —Murmuró Anetta cuando salió de la cocina con una bandeja de panecillos recién horneados—. ¿Por qué crees que a Bianca le ha durado tanto tiempo?

Alzó la vista al techo y resopló.

—¿Tú también mamá?

—¡No seas tan mojigata, Magnolia! Y no me vengas con que no has apreciado ni un poco el cuerpazo de Enzo.

Cómo no hacerlo si a él le gustaba vivir sin remera y exhibir sus abdominales. Esbozó una media sonrisa. Vale, su madre tenía razón, Enzo tenía un cuerpazo.

Llenó una jarra con agua y regó la planta de rubiáceas que tenían en la

cafetería. La que su bisabuela había traído de Etiopía. Frunció el ceño. La planta se estaba marchitando. ¿Cómo era eso posible? Unos minutos atrás, se encontraba perfectamente. Era como si hubieran cambiado una por otra.

—¡Noni! —exclamó.

Lorenza rodeó el mostrador y se le acercó.

—¿Qué sucede, cariño?

—La rubiácea Noni. La rubiácea se está muriendo. No entiendo qué ocurre. Hace unos minutos se veía muy bien.

El rostro de Lorenza palideció.

—Esto sólo ocurre cuando...

—¿Cuándo qué Noni?

—Cuando algo malo va a suceder. Alguien cercano a esta familia está en peligro —respondió—. La rubiácea intenta darte un mensaje, cariño

Anetta sacudió la cabeza, a la vez que sacaba dinero de la caja registradora y les daba el cambio a unos clientes.

—Esas son puras tonterías, mamá —Gimió—. Tal vez la rubiácea se cansó de ese lugar y solo quiere que la cambien.

A ella le molestaba el escepticismo de su madre.

—La rubiácea es sabia y sabe más cosa de la que nosotros podemos ver. Por si lo has olvidado, sucedió lo mismo cuando perdimos a Cala, luego a tu padre y después a tu marido —farfulló Noni.

Su madre resopló.

—¿Quieren oír un consejo sabio? Dejen de ver cosas en donde no las hay. Solo es una planta que se está marchitando.

Cala, su bisabuela, siempre había dicho que la rubiácea era mágica. Volcó toda su atención hacia Lorenza.

—¿Y podemos evitar que algo malo suceda?

—¡Magnolia! —Exclamó su madre—. No incentives las fantasías de Lorenza o juro que las meteré a las dos en un loquero.

No recordaba en que momento Anetta había dejado de creer en el poder que tenía su familia. Tanto ella como Lorenza hicieron de cuenta que no la habían escuchado.

—No lo sé. Tal vez —respondió Noni—. Pero primero tendremos que descubrir a la persona que la rubiácea intenta decir que está en peligro.

—No cuenten conmigo —murmuró Anetta.

Ella parpadeó. Estaba cansada de oír como su madre rechazaba su don y quería trasladarles toda su negatividad.

—¿Por qué sigues insistiendo en no creer cuando hemos ayudado a tantas personas con el café?

Anetta se quitó el delantal y lo dejó sobre el mostrador.

—¿Por qué? Porque quiero que vivas tu vida sin que estés pendiente de tu destino o el de los demás —respondió—. Saber lo que el futuro te depara no siempre es beneficioso.

—Lo es si lo puedes cambiar.

—Una vez estuve en tu lugar y te aseguro que hay cosas que no se pueden cambiar —dijo—. No pude evitar el accidente de tu padre.

Anetta giró los talones y se dirigió a la cocina.

Tragó saliva al recordar la pérdida de su padre. El don que ellas tenían no servía para sacar beneficio propio. Nina apoyó la mano en su brazo y la miró con ternura.

—Tal vez tú sí puedas cambiar el destino.

—¿Y qué puedo hacer?

—Primero, beber un rico expresso.

Ella sonrió.

—A eso lo haré encantada.

2. EXPRESSO

*El nombre es dado por su rápida preparación.
Se compone únicamente de 30 ml de infusión de Café.
Los granos molidos se deben pasar por agua hirviendo
durante 20 o 25 segundos.*

BEBIÓ de a poco el café y dejó el último sorbo en la taza. Noni le pidió que diera vuelta la taza sobre un pequeño plato y la girará siete veces en el sentido contrario al de las agujas del reloj. Luego dejó la taza en la posición normal. En el fondo del pocillo, la borra quedaba adherida de diferentes maneras, creando distintas formas y figuras que Noni se encargaba de interpretar. Su abuela le había enseñado el arte de la interpretación, como lo debía saber cada miembro de la familia Betul.

Lorenza le lanzó una mirada nerviosa.

—El café que cayó sobre el platillo está muy líquido.

Ella carraspeó.

—También veo lo mismo que tú, Noni.

—Significa que la persona llorará muy pronto.

—Sé muy bien lo que significa. Tú misma me lo enseñaste.

Su abuela frunció el ceño.

—Entonces puedes encargarte tú sola con esto.

Ella se reclinó en la silla y se cruzó de brazos.

—Pero me gusta cuando tú lo haces.

Lorenza meneó la cabeza con desaprobación, y luego volvió a dedicar toda su atención a la taza para estudiarla.

—Las formas se ven confusa y desordenada —dijo—. Veo un círculo vacío. Significa que tu destino está abierto. Pasarás por un tiempo de pruebas. Tendrás que tomar decisiones que serán difíciles para ti.

—¿De qué tipo?

—No puedo verlo.

—¿Qué más lees? —preguntó ansiosa.

—La borra me muestra que alguien que conoces necesitará de tu ayuda pronto. Y tú debes ayudarlo —acentúo—. La persona está atravesando un momento triste y necesita el apoyo de una cara conocida —abrió grande los ojos—. Su vida corre peligro y de un modo extraño, tú eres la única que puede salvarlo.

Tragó saliva.

—¿Peligro de... muerte?

—Sí, por eso no debes separarte de él.

—¿Él? ¿Entonces hablamos de un hombre?

Noni carraspeó.

—Todo parece indicar que sí. Pero si tomas la decisión correcta vendrá el principio de día felices.

Arrugó el ceño.

—¿Qué tipo de decisiones? ¿Dices que mi felicidad depende si salvo o no a un hombre? A un hombre que ni siquiera sé quién es.

—Puede que así sea, cariño. Toda la información que necesitas muy pronto llegará a tu conocimiento —Noni giró la taza entre sus manos y la volvió a estudiar—. También aparece una letra.

—¿Puede que sea la inicial de la persona a quien debo salvar?

—Posiblemente —afirmó—. Parece como si fuese una “O”.

Hizo un gesto pensativo.

—No recuerdo a nadie que tenga un nombre que empiece con la letra “O”.

Lorenza giró la taza.

—No es una “O” es una “D” —se corrigió.

Vale, ella sí conocía a una persona que su nombre comenzaba con la letra “d”. DANTE.

—No siempre la letra es la inicial de un nombre, también puede referirse al apellido de la persona —comentó Noni—. Por ejemplo, De Luca.

—¿Ese no es el apellido de Enzo?

—Sí, creo que sí. Tal vez sea a Enzo a quien debes salvar de las manos de Bianca.

—Pero dijiste que era una persona cercana.

—Puede que pronto él se convierta en una persona cercana —replicó.

—También puede ser “d” de Dante.

Lorenza arrugó la nariz.

—¿Dante Greco?

—Sí.

—Pero él no está aquí.

—Puede que él se presente en el funeral de su padre —añadió, levantando una ceja.

—Si mal no recuerdo, Dante se fue cuando se enteró que el señor

Greco no era su padre.

—Él no faltaría a su funeral —lo defendió.

Ella estaba segura que no lo haría. El Dante que conocía no lo haría.

—Cariño, Dante no apareció en diez años.

—Ocho. Fueron ocho años.

—¡Madre mía, Magnolia! —Gimió Noni—. ¿Dante Greco todavía te sigue importando?

Unió sus cejas oscuras.

—No, claro que no.

—Eso espero, porque puede que él venga al funeral, pero se irá cuando todo acabe —le aclaró para alejar cualquier síntoma romántico—. Ya derramaste demasiadas lágrimas cuando él se fue la primera vez.

—Dante Greco quedó en el pasado.

Había cargado la última caja de panecillos en la furgoneta para que Anetta los llevara al funeral. Hizo un repaso mental de todo lo que debía hacer ese día para no olvidarse de nada.

—Es hora de irse —murmuró su madre, haciendo girar la llave del coche alrededor del dedo índice.

—¿Guardaste la máquina para moler el café, verdad? —Preguntó—. Quiero que se despida al señor Greco con el mejor café que tiene la casa.

Anetta revoleó los ojos.

—¿Desde cuándo la alumna se siente con la autoridad para superar a la maestra?

Sacudió la cabeza.

—Tú memoria siempre fue pésima, mamá —le recordó—. Hoy más que nunca no se debe cometer ningún error.

—¿Por Dante Greco?

Entornó los párpados.

—Alissa es mi mejor amiga y hoy se entierra a su padre.

—Vale, lo siento —repuso—. ¿Dante vendrá al funeral?

¿Por qué todos le preguntaban lo mismo? Una parte de ella quería que viniera y la otra, esperaba que no lo hiciera.

—Él lo hará —contestó. Cerró la puerta trasera de la furgoneta y se sacudió las manos—. Dile a la señora Greco que iré más tarde.

Esperaba que Filippa, su empleada, llegara a tiempo y la cubriera en

la cafetería. Sonrió cuando su madre tocó la bocina de la furgoneta al marcharse.

—¿Te preparo lo mismo de siempre, Matilde? —Le preguntó a su clienta.

Matilde negó con la cabeza.

—Hoy quiero que me ofrezcas algo especial.

Enarcó una ceja.

—¿Puedo saber la razón?

—El café no se equivocó. Mi esposo fue a visitar a su doctor y él le dijo que sus estudios salieron todos bien.

Ella esbozó una amplia sonrisa.

—Me alegra oír eso, Matilde —dijo—. Y tienes razón, mereces algo especial. Voy a prepararte un café hawaiano.

Volcó en una taza café recién molido, leche de coco y lo espolvoreó con coco rallado, luego se lo entregó a su clienta.

—La casa invita —repuso, cerrándole un ojo.

—Lamento llegar tarde —gimió Filippa, cuando ingresó a la cafetería—. El examen fue más largo de lo que imaginé —añadió, a la vez que se ataba el delantal a la cintura.

Filippa estudiaba para ser contadora. Ella era un poco despistada, pero era una buena chica. Y desde que la había contratado, sus clientes del sexo opuesto habían incrementado.

—¿Y cómo te fue en el examen?

—No lo sé, pero Lorenza leyó mi borra de café y dijo que aprobaría.

—Entonces lo harás —murmuró, mientras preparaba un cappuccino.

—¿Me he perdido de algo mientras no estuve? —quiso saber, a la vez que anotaba en la libreta el pedido de un cliente.

—Bianca rompió con Enzo —le contó.

—¿Ah, sí?

Sabía que la noticia alegraría a Filippa. Había visto como su empleada miraba a Enzo cada vez que entraba a la cafetería.

—Tienes el camino libre —farfulló, dándole un codazo en las costillas lleno de complicidad.

—No sé porque dices eso.

Le entregó el cappuccino a su cliente y le deseó un buen día.

—Enzo te gusta.

—Bianca vive al frente y me despellejaría viva si se entera.

—Ella lo dejó —le recordó.

Filippa limpió con un trapo el café desparramado que había dejado un cliente sobre el mostrador.

—Hablamos de Bianca, y ella cree que todo lo que toca es de su propiedad.

—¡Joder! —susurró.

—¿Qué ocurre? —preguntó Filippa.

—Stella ha regresado.

—Stella viene todos los días, es amiga de tu abuela —murmuró como si no hubiera dicho ninguna novedad.

—Ella se ha complotado con Noni para prepararme una cita a ciegas.

—Pasas mucho tiempo encerrada en la cafetería, Magia —repuso igual que los demás—. Deberías salir un poco más.

Entrecerró los párpados.

—¿Tú también con lo mismo? ¿Olvidas que soy tu jefa?

Su empleada abrió grande los ojos.

—Me ocuparé de Stella.

—Gracias.

—Y tú encárgate de Piero —añadió Filippa, mientras se dirigía rápido hacia la mesa de Stella.

Ella soltó una maldición por lo bajo. Piero era la persona más egocéntrica y arrogante que había conocido. Él venía de una de las familias más adineradas de la región y había sido demasiado mimado por su madre. Todavía no había resuelto su complejo de Edipo. No entendía porque insistía en seguir viniendo a su cafetería, él vivía en Monterosso, el pueblo siguiente. Vale, se podía dar el lujo de ir a trabajar cuando quisiera. Respiró hondo. Cogió el anotador para escribir su pedido. Él había ocupado la mesa que daba a la ventana.

—¿Lo mismo de siempre? —Preguntó—. En el menú de hoy hay tartaletas de manzanas.

Piero apoyó un codo en el respaldo de la silla y alzó la vista. Un escalofrío le recorrió la nuca cuando él la penetró con sus lascivos ojos grises.

—Te ves muy guapa con el pelo suelto —dijo él—. Hace que tus ojos verdes resalten mucho más.

—Gracias. ¿Expresso o americano?

—Quien diría que una raza inferior como la africana te daría unos rasgos preciosos.

—¿Cómo dices?

—¿Tu bisabuela era negra, verdad?

—¿A qué viene todo esto?

—A que hay una posibilidad de que nuestros hijos salgan negritos, aunque la genética ha avanzado demasiado y podemos erradicar esa mancha de tu ADN.

¿Hijos? ¿Negritos? ¿Erradicar? ¿Acaso él había perdido la cabeza?

—Deberías dejar las drogas.

—Me gustas, Magnolia, y puedo hacer la vista gorda a ese defecto que tienes en tu genética.

¿Defecto? Sintió que sus mejillas ardían de furia. Ella siempre se había sentido orgullosa de sus raíces. Su piel era mestiza, tenía el cabello castaño, sus ojos claros eran por parte paterna, pero sus labios carnosos era una herencia de Cala, su bisabuela. Y su metro setenta y cuatro la ayudaba a que sus caderas voluptuosas tuvieran un equilibrio con el resto de su cuerpo. No podía armar un escándalo porque en ese momento la cafetería se había llenado. Y lo que menos quería era montar un espectáculo. Aunque se moría de ganas de echarle café hirviendo en las entrepiernas. Se acercó lo suficiente para que él fuese el único que la oyera.

—Escúchame bien, gilipolla racista, si quieres pisar otra vez esta cafetería, debes dejar de hablar así. El único defecto que veo aquí es lo que hay debajo de tu cabello.

Piero sonrió como si ella acabara de tirarle flores.

—Te ves más hermosa cuando te pones así de arisca.

Imaginar que sumergía su cabeza en la freidora hizo que se sintiera mucho mejor.

—Haré que te preparen café para llevar —murmuró, arrastrando cada palabra.

—¿A las ocho te parece bien?

—¿Bien para qué?

—El viernes pasaré a buscarte para nuestra cita.

Arrugó el ceño.

—¿Cita?

Lanzó una mirada rápida hacia su derecha, donde estaba Noni con

Stella. Ellas esquivaron su mirada. Apretó los labios. ¿Acaso tan desesperada la veían para querer armarle una cita con un idiota como Piero?

—No sé qué te habrán dicho, pero no tendré una cita contigo ni con nadie —le aclaró—. Prepara un expreso para llevar, Filippa —ordenó, mientras se alejaba del capullo.

3. CAFÉ IRLANDÉS

*Se trata de un expreso doble mezclado con whisky irlandés,
tapado con una capa de nata montada.*

TANTO Noni como Stella se escabulleron de ella como dos miserables cobardes. Prefirieron asistir al funeral que tener que enfrentarla. Estaba furiosa que hubieran tramado una cita con Piero a sus espaldas. Si era Piero la persona a la que ella debía salvar según la rubiácea, dejaría que lo comieran todos los males. Levantó las tazas de la mesa y las puso sobre la bandeja.

—Pero si la preciosa Magnolia no ha cambiado en nada desde la última vez que la vi —dijo una voz suave.

Ella giró lo talones y sonrió.

—¡Alissa! —exclamó.

Dejó la bandeja sobre la mesa y la abrazó. Alissa era unos centímetros más alta que ella, tenía muchos rasgos del señor Greco, como el pelo rubio y las pecas que cubrían el puente de la nariz.

—Te ves deslumbrante —masculló—. Parece que te ha ido muy bien en Milán. Lamento la razón que te ha traído de regreso.

Alissa ahuecó una mano en su mejilla.

—También yo —asintió—. Todavía no me hago a la idea de que llegaré a mi casa y mi padre no estará para recibirme.

—¿Aún no has visto a tu madre?

Ella negó con la cabeza.

—Estamos de paso —dijo—. Vinimos a buscar los aperitivos para el funeral.

—No te preocupes, Anetta ya los llevó —le hizo saber—. ¿Con quién has venido?

—Dante me ha pasado a buscar en su coche. Él lo está estacionando en la entrada del pueblo. Tenía ganas de tomarse un café antes de enfrentarse a mamá.

—¿Dante? —Repitió—. ¿Dices que Dante está aquí?

Alissa abrió grande sus ojos azules.

—¡Joder! ¿Fue una pésima idea, verdad?

De repente, empezó a tener taquicardia. Alissa siempre supo lo que ella sentía por su hermano. Pero sus sentimientos ese día no importaban. Lo

único que importaba era que Alissa estuviera acompañada y contenida por las personas que quería.

—Le diré a mi hermano que debemos irnos.

Ella le tomó una mano entre las suyas.

—No digas bobadas. Solo me ha sorprendido que Dante esté aquí. Ya no somos niños y cada uno ha hecho su vida. He olvidado a tu hermano — quiso creer esa mentira—. ¿Ya dije que estoy feliz de verte?

Alissa sonrió y volvió a abrazarla.

—Pero sí parece que el tiempo no ha pasado —dijo una voz grave mezclada con un leve tono ronco debido a un resfrío mal curado. Una voz que en vez en cuando seguía apareciendo en sus sueños.

El corazón se le paralizó y se aferró a los hombros de Alissa, como si eso la ayudara a desaparecer. Ojalá pudiera.

—Me estás clavando las uñas —susurró Alissa contra su oído.

Ella carraspeó y se apartó. Se volteó despacio e intercambió mirada con unos bonitos y seductores ojos azules. Dante Greco había regresado. Dante Greco sonrió. Dante Greco había vuelto a robarle el corazón. Pero lucía diferente, algo en él había cambiado.

—¿Acaso a mí no vas a abrazarme? —le cuestionó, extendiendo los brazos hacia ella.

Asintió con la cabeza y se dirigió hacia él. Le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza contra su pecho, y olió su delicioso perfume caro. Había deseado tantas veces volver a estar así de cerca de él. La niña tonta y enamorada había vuelto a fantasear. Otra vez. Maldita sea.

Él chasqueó la lengua.

—¿Te encuentras bien? —preguntó al notar que ella no lo soltaba.

Dio un paso atrás con torpeza.

—Oh, lo siento, pensé que necesitabas contención después de la pérdida que han tenido —se excusó.

Dante se pasó una mano por el cabello y esbozó una media sonrisa.

—Si me preparas un café bien cargado me sentiré mucho mejor.

Lo estudió con la mirada. Lucía muy diferente al Dante que se había marchado ocho años atrás. Él se había cortado la melena larga, quitado los pendientes de la oreja y había cambiado su chaqueta de cuero por un elegante traje. Pero seguía conservando esa sonrisa pícaro que provocaba que su estómago se contrajera.

—Me alegra que estés aquí... —se le escapó de los labios. Se aclaró

la garganta y añadió—: En el pueblo. Tu madre se pondrá feliz de verte. Te prepararé un café.

Le dio la espalda y resopló. ¿En qué estaba pensando? Apretó las manos cuando notó que le temblaban. Odio que él le indujera esas sensaciones incontrolables.

—¿Quieres que me encargue yo de los clientes? —se ofreció Filippa.

—Oh, no —se negó—. Ellos no son solo clientes, son viejos amigos —le contó—. Alissa y Dante Greco —los presentó.

Filippa se cruzó de brazos.

—¿Con qué tu eres el famoso Dante?

Dante enarcó una ceja.

—¿Famoso?

Ella quiso estrangular a su empleada.

—Le he contado algunas anécdotas de nosotros, sobre todo, las maldades que nos hacías a Alissa y a mí.

Alissa se inclinó hacia Filippa y dijo:

—¿Ella te contó la vez que mi hermano hizo que los guardias de un club nos sacasen al delatarnos que usábamos identificaciones falsas?

Dante tomó asiento en el taburete alto que estaba delante del mostrador.

—Eran menores de edad —se defendió él—. ¿Qué edad tenían? ¿Quince?

—Dieciséis recién cumplidos —lo corrigió ella.

—Hiciste que nos corrieran para que no te delatáramos con mamá que fumabas con tus amigos. Esa fue la primera vez que recibí un castigo de papá.

Alissa dejó de sonreír al recordar al señor Greco. Ella extendió un brazo y apoyó la mano en su hombro para animarla.

—¿Te preparo un café bombón? —Le ofreció—. Te hará sentir un poco mejor.

Alissa negó con la cabeza.

—Prefiero ir con mamá. Ella debe estar destrozada —miró a su hermano y siguió—: ¿Vienes conmigo?

—Antes me tomaré un café para juntar valor.

—Vale, mientras tanto, te allanaré el camino con mamá.

—Gracias, nena.

—Luego de que atienda al señor con traje, estaré contigo —murmuró

ella.

Alissa se puso sus gafas oscuras y dijo antes de salir:

—En este momento, el señor con traje te necesita mucho más.

Cuídalo por mí, ¿sí?

—Haré lo que pueda.

—Puedo oírlas.

Dirigió la vista hacia él.

—Lo sé.

Filippa puso sobre la bandeja el pedido de un cliente y murmuró:

—No luces como el Dante que me describieron.

Él posó la barbilla sobre los nudillos y le dedicó una sonrisa.

—¿Y cómo fue que me describieron?

—Melena larga, chaqueta de cuero, argolla en tu oreja izquierda y gafas oscuras —respondió ella en lugar de su empleada—. Sí, no luces como el Dante que podía mandar a la mierda a todo el mundo.

Él apoyó los codos sobre el mostrador y se balanceó hacia ella.

—Ahora lo puedo hacer, pero con palabras más diplomáticas —explayó—. La melena larga y los pendientes desaparecieron hace tiempo —sacó unas gafas del bolsillo interno de la chaqueta de su traje y se las puso—. Es lo único que queda del viejo Dante —se mofó.

Se mordisqueó el labio inferior para ocultar una risita.

—Y tú también te ves diferente.

—¿Ah, sí?

—Parece que has crecido.

—Mido lo mismo que la última vez que nos vimos —le recordó.

—Has crecido a lo ancho, cafetera —añadió él.

Abrió la boca, la cerró y frunció el ceño.

—Gilipollas.

—¿Ves? Todavía me queda algo del viejo Dantes.

—Dirás lo peor del viejo Dante, y parece que solo lo empleas conmigo.

Él la observó en silencio por un segundo y luego dijo:

—¿Sabes qué fue lo que me ayudó a regresar?

—No.

—Saber que tú estarías aquí.

Definitivamente, en ese instante, su corazón se detuvo y volvió a revivir lo que pasó entre ellos la noche antes que Dante se fuera del pueblo.

Noche que él olvidó por completo cuando despertó el día siguiente y que ella atesoraría para siempre. Se llevó un mechón de pelo oscuro detrás de la oreja.

—No intentes sobornarme, ya tienes edad suficiente para beberte un café irlandés.

Él soltó una carcajada.

—Que bien me conoces. Pero que sea con doble ración de whisky.

Vertió expresso en una copa, dos medidas de whisky y crema batida.

—Tienes suerte que no haya ningún adulto que nos observe.

—Siempre dije que eras mi cafetera preferida de Mama Kaffa.

Agitó una mano en el aire para restarle importancia a ese comentario.

—Tal vez también le agregue una ración extra de crema batida.

Dante bebió un sorbo y la miró por encima de la copa.

—Te ves muy guapa, Magia.

—Si sigues con tus halagos, vas a fundirme, ¿lo sabes, verdad?

4. BORRA DE CAFÉ

PODÍA pasar horas observando la carnosa boca de Dante mientras hablaba, y ver como su cabello grueso caía sobre su frente. Había pasado un buen rato desde que Alissa se había ido y lo había dejado a su cargo. Nunca lo había visto tan parlanchín. Aunque podía haber recibido un poco de ayuda del whisky irlandés. Él sacaba un tema tras otro, pero entendía lo que hacía, evitaba enfrentar su realidad. Enfrentar a su madre. Enfrentar su pasado. Él le había hablado acerca de su trabajo en la embajada de Londres, de su puesto diplomático y que esperaba recibir un ascenso muy pronto. Suspiró. Y ella seguía en el mismo sitio de la última vez que se habían visto.

Prestó más atención cuando Dante empezó contarle sobre la fuerte turbulencia que había sufrido su vuelo de Londres a Italia, y del neumático que se le había pinchado mientras conducía hacia Vernazza; y que era como si el universo se complotara para que no regresara.

—O es una reprimenda por haberte ausentado durante ocho años —comentó ella.

Él se reclinó en el asiento.

—¡Vaya reprimenda! —Gimió—. Por poco acaba con mi vida —se mofó.

Todas sus luces se encendieron. Dirigió la vista hacia las hojas marchitas de la rubiácea. Recordó lo que su abuela le había dicho esa mañana al leerle la borra del café. ¿Dante Greco era la persona a la que debía salvar? Todo parecía indicar que sí. Pero apenas conocía algunos detalles de su nueva vida. Él era solo una parte de aquel hombre al que había amado en secreto. Sus ojos desprendían una inteligencia calculada, como si midiera cada palabra cada gesto, aunque intentara mantener una frescura delante de ella. Una parte de él se había marchitado. El hombre diplomático se había apoderado de él.

Ella relajó los hombros y le sonrió.

—¿Sabes que puedes contar conmigo para cualquier cosa que necesites, verdad?

—¿A qué viene todo esto? —replicó.

—A que no dudes en pedirme ayuda si tienes algún problema.

—Si mal no recuerdo, el que tiene influencias aquí soy yo —repuso, extendiendo un brazo para despeinarla como si fuese su hermana pequeña—.

En todo caso, si tú estás en problemas, aquí estaré para ayudarte —agregó el orgullo de macho alfa.

—Hablo en serio, Dany —murmuró con enfado.

Él hizo una mueca.

—Hacía tiempo que nadie me decía Dany —guardó silencio por un momento y siguió—: ¿Puedes ayudarme a enfrentar mi pasado?

—No bromeo, Dante —explayó en un tono más elevado—. Tal vez te sonará a una locura lo que voy a decirte, pero...

—Bueno, ahora sí me estás asustando.

—Tu vida corre peligro —le dijo de una vez, con la certeza de que él era el elegido—. Y debes dejarme ayudarte para salvarte.

Él se rio.

—¿Bromeas, verdad?

—El café me lo dijo —repuso—. Me alertó que la vida de un amigo estaba en peligro, y estoy segura que ese eres tú —continuó—. La rubiácea de Cala se está marchitando, y eso sucede cada vez que un miembro de la familia está por perder a alguien querido. Y tú lo eres para mí, Dante. Noni me leyó la borra de café y me advirtió que...

—Woww... —gimió, echando el rostro hacia atrás—. Espera un momento, ¿borra del café? ¿En serio? ¿Todavía crees en esas idioteces?

Frunció el ceño.

—Tú más que nadie debería saber que no son idioteces.

Dante había sido el primer cliente al que le había leído la borra del café. Lamentablemente, el café no se había equivocado cuando le advirtió que él no era la persona que le habían hecho creer que era y que su vida transitaría por un periodo oscuro, seguido de un viaje largo. Viaje que había durado ocho años. El café le había anunciado que el señor Greco no era su padre.

—Al café solo lo uso para que me despabile a la mañana, y no para que me adivine el futuro. Esa es la única magia que le hallo —murmuró—. No estoy en peligro y tampoco necesito de una niñera para que me cuide, ¿vale?

Achicó los ojos y se inclinó hacia él.

—Sé que eres tú, Dany —afirmó—. Debes decirme si estás metido en algún lío para que pueda ayudarte. ¿Tienes enemigo? Eres diplomático, por supuesto que debes tener enemigos —respondió ella por él.

—¡Joder, Magnolia! Mi único problema en este momento eres tú —

sacó la billetera del bolsillo del pantalón y cogió unos billetes—. Quédate con el cambio.

—No quiero tu dinero —masculló—. Y no puedes irte así, apestas a whisky irlandés. Estoy segura que esa no es la imagen que quieres que tu madre vea del hijo pródigo.

Él echó peste por lo bajo al admitir que ella tenía razón.

—Sírvenme otro café —le pidió a regañadientes.

Le preparó un expresso cargado y se lo entregó. Esperó a que él lo acabara para poder leerle la borra de café y averiguar un poco más de que debía salvarlo, pero el muy sinvergüenza leyó su mente y volcó agua en su taza para que no lo hiciera.

—¡Demonios, Dante! —Gruñó—. ¿Por qué hiciste eso? Necesito saber de qué debo protegerte.

Él resopló y se levantó del asiento.

—Haré de cuenta que nunca hemos tenido esta conversación cuando salga por esa puerta.

Parpadeó.

—¿A dónde crees que vas?

—A un funeral —respondió, dándole la espalda.

—Encárgate de la cafetería, Filippa —le ordenó a su empleada.

Ella se quitó el delantal y lo siguió hasta el coche que tenía estacionado en la entrada del pueblo.

—¡Estás en peligro, Dante! —gritó, mientras intentaba alcanzarlo.

Él se detuvo y giró los talones.

—¿Según quién? ¿Una planta marchita o la borra de café?

—Si lo dices en voz alta puede que suene a una locura.

—Porque es una locura —rectificó.

—Solo déjame acompañarte para estar más tranquila.

—¿Y eso significa que estarás oliendo mi nuca todo el tiempo?

—Bueno... será hasta que regreses a Londres.

Él se puso sus gafas de sol y sonrió.

—No —se negó—. Vuelve a tu cafetería. Demasiadas cosas tengo que resolver para lidiar con una loca que habla con las plantas.

Ella unió sus cejas oscuras.

—No hablo con las plantas, las interpreto.

Dante abrió la puerta del coche y se subió.

—Me da igual... —murmuró—. No planeo seguirle el juego a una

chiquilla de un mediocre pueblo que intenta divertirse a mis costillas.

Se le escapó un gemido incrédulo de la boca.

—¡Qué te den, capullo! ¿Sabes? El señor Greco tuvo suerte de que no fueses su hijo.

Ella se arrepintió de lo que dijo al mismo instante que las palabras salieron de sus labios.

—También pienso lo mismo —dijo él, cerrando la puerta del vehículo en sus narices.

—Lo siento, Dany... yo no...

Dante encendió el motor del coche y se largó. Ella lo había espantado. Por más que él se mereciera una buena reprimenda, no podía dejar que nada malo le sucediera. Echó la cabeza hacia atrás y miró al cielo. ¡Joder! El capullo iba a darle problemas. Buscó su motoneta rosa y se puso el casco con estampillas de unicornios que Filippa le había regalado. Iría al funeral y se convertiría en su sombra. Si tan solo el Dante Greco del que se había enamorado tuviera un poco de ese amor idealizado que ella tenía de él.

5. CAFÉ LÁGRIMA

*Una de las variaciones más simples, lo único que cambia,
son las proporciones de infusión y leche.
Lo normal es agregar 1/3 de café y 2/3 de leche.
En algunas ocasiones, se vaporiza para conseguir la típica espuma.*

LÁGRIMAS, velas, coronas de flores. Sí, odiaba los funerales. Se podía oler dolor y tristeza en cada rincón. Se despidió del señor Greco encendiendo una vela y le dio el pésame a la viuda. Él había sido un buen hombre. Había amado a su esposa profundamente, hasta el punto de criar el hijo de otro como suyo. La señora Greco había tenido suerte de haber compartido más de treinta años al lado de su esposo. Buscó a Dante entre las personas con la mirada, y antes de preguntarle a la señora Greco por él, Alissa la cogió del brazo y la alejó.

—¿Dónde está mi hermano? —le preguntó.

—No lo sé, creí que ya estaba aquí.

Alissa resopló.

—Él no ha venido —repuso—. Le allané el camino con mamá y ella lo está esperando. Si no viene pronto, habrá dos funerales. Lo juro.

—No digas eso ni en broma, Alissa —susurró—. Lo iré a buscar.

—Vale, y tráelo de los pelos si es necesario.

Ella asintió con la cabeza. ¿Dónde diablo se había metido? Giró los talones y se topó con Noni y Stella. Se dirigió hacia ellas y les lanzó una mirada amonestadora.

—Hablaré seriamente con ustedes dos más tarde —murmuró, señalándolas con el dedo.

—Queremos verte feliz, cariño —se excusó Stella, soltando una risita nerviosa.

—¿Y voy a ser feliz con Piero? ¿En serio? Todo el mundo sabe que es un gilipolla.

Lorenza se llevó una mano al pecho.

—No me estoy sintiendo muy bien...

Ella revoleó los ojos.

—Esta vez tu actuación de la anciana débil y enferma no funcionará conmigo, Noni.

—Niña ingrata —gruñó—. Podría ser la próxima persona en ocupar ese cajón.

Esbozó una amplia sonrisa.

—Estupendo, así nos ahorraríamos los gastos del traslado.

De repente, Stella se abalanzó sobre ella y le echó el cabello por detrás de los hombros y luego le desprendió un botón de la camisa, dejando que se viera la parte superior de su sostén melocotón. Ella la apartó.

—¿Qué diablos estás haciendo? —le cuestionó, abotonándose la camisa nuevamente.

—Enzo acaba de entrar —susurró Stella—. Deberías ir tras él. El pobrecillo debe estar muy triste después de lo que le ha hecho Bianca.

—¡Madre mía! Pero si estamos en un funeral.

—Los funerales y las bodas son los mejores lugares para conocer personas —agregó Noni—. Ya probamos que las aplicaciones de citas no funcionan.

—¿Aplicaciones de citas? —repitió, arrastrando cada palabra.

Ellas se valían de su edad avanzada para hacer lo que quisieran.

—¡Oh, sí! —Gimió Stella, emocionada—. Tu usuario es diosa del olimpo 321, por si quieres ver a todos tus candidatos.

A ella no le gustaba nada lo que estaba oyendo. Respiró hondo y contó hasta tres.

—Lo diré solo una vez, no quiero citas, Enzo no me interesa —dijo—. Y no quiero que vuelvan a interferir en mi vida personal, ¿vale?

Stella se sujetó del brazo de Noni y sacudió la cabeza.

—Pero que carácter tiene tu nieta, Lorenza. Esa debe ser la razón por la que no tiene pretendientes.

—Mejor vayamos a despedirnos del señor Greco —murmuró Noni.

Se cruzó de brazos y las miró boquiabierta mientras se alejaban. ¡Joder! Ellas no iban a despedirse del señor Greco, ellas iban tras Enzo.

—Gracias a Dios que por fin has llegado, Magia —farfulló Anetta, sosteniendo una bandeja con tazas de café—. Parece que aquí nadie ha comido en días, y no puedo atenderlos sola.

—Ahora no puedo, mamá —repuso—. ¿Has visto a Dante?

Anetta dejó la bandeja sobre la mesa caoba que tenía a sus espaldas.

—¡Ja! Sabía que era él.

Bajó el mentón y la miró a los ojos.

—¿Entonces lo has visto?

—Me pareció verlo en el estacionamiento, adentro del coche.

—Vale, gracias —dijo—. No le digas a nadie que lo has visto.

—¿Por qué?

—Porque es una sorpresa para la señora Greco.

—¿Y tú porque lo buscas? —Abrió grande los ojos y susurró—: Pensé que ese era un tema cerrado, Magia. Debes acabar de una buena vez con la obsesión que sientes por él. Te prohíbo que lo veas. Es por tu bien, cariño.

Le causó gracia que su madre le prohibiera ver a alguien a sus veintiséis años.

—No siento nada por él —mintió—. Dante es mi pasado —volvió a mentir—. Alissa me pidió que lo cuidara. Además...

—¿Además, qué?

Se inclinó hacia ella y susurró:

—Noni me advirtió que alguien cercano estaría en problemas y que yo era la única persona que podía salvarlo —le contó—. Estoy segura que ese hombre es Dante. Su llegada repentina al pueblo es la señal.

Su madre meneó la cabeza.

—Y creo haberte advertido que no escuches a Lorenza. Por una vez en tu vida has lo que te digo —le sujetó una mano entre la suya—. Probablemente volver a ver a Dante te ha traído viejos recuerdos, él fue tu primer amor, pero las personas cambian, tú ya no eres la misma jovencita de antes, Magnolia. Mira para otro lado, cariño. Si te metes en la boca del lobo no podrás salir ilesa.

—Si Dante está en peligro, debo ayudarlo, mamá.

Anetta suspiró.

—Dante no está en peligro, eso es lo que tú insistes en creer.

Su madre estaba equivocada. Ella no intentaba forzar algo que no existía. No abandonaría a Dante, aunque él no la quisiera cerca.

—Deberías seguir repartiendo el café antes de que se enfríe —murmuró mordaz, y se dirigió hacia el estacionamiento.

Sonrió aliviada cuando ubicó el coche negro en el que viajaba Dante en el estacionamiento. Se acercó a la ventanilla del conductor y halló a Dante con los brazos y la frente apoyados en el volante. Él parecía... abrió grande los ojos verdes. Golpeó el cristal y lo llamó. Él seguía sin contestar. Intentó

abrir la puerta, pero estaba asegurada. Acercó el rostro a la ventanilla para notar algún signo vital. Él no se movía. Sintió un nudo en la garganta y como si le hubieran quitado el corazón del pecho. Echó una ojeada a su alrededor y cogió una rama del suelo, luego la aventó contra la ventanilla trasera del coche. El cristal estalló en mil pedazos.

—¡Por un demonio! —rugió Dante.

Metió la cabeza por la ventana y lo miró como si hubiera vuelto a la vida al oír su voz. Él respiraba.

—¿Te encuentras bien?

Dante se quitó los restos de cristal que le habían caído sobre el hombro y se bajó del vehículo desorientado.

—¿Magnolia? ¿Acaso te has vuelto loca? —Gruñó. Abrió los ojos como plato al ver la ventanilla rota—. ¡Joder! ¡Era un coche de alquiler! ¿Has perdido la cabeza?

En su desesperación para asegurarse de que él estuviese sano y salvo, no había pensado en lo que hacía. Su mente no había estudiado esa situación. En ese instante, en la perspectiva de Dante, ella era una desquiciada. Dejó caer la rama que sostenía en la mano al suelo.

—Cuando te vi ahí... tú no respondías... —balbuceó—. Me asusté... yo creía que...

Él chasqueó la lengua.

—¿Qué estaba muerto?

—Bueno... yo...

Él puso los brazos en jarra, bajó el mentón y resopló.

—Deberías agradecerme en vez de estar enojado, pudiste estar desmayado de verdad —siguió—. Únicamente intentaba ayudar.

Dante le lanzó una mirada asesina.

—Pero resulta que no estaba desmayado, simplemente estaba descansando.

Ella se cruzó de brazos y alzó una ceja.

—Buen momento elegiste para tomarte una siesta.

Dio un paso atrás cuando él se le acercó como una fiera. El hombre diplomático había desaparecido.

—¿Desde cuándo debo darte explicaciones de mi vida? —le cuestionó en un tono nada amable.

—Desde el momento en el que apareciste en mi cafetería y supe que debo protegerte.

—¡Vaya modo de protegerme que tienes! —Replicó—. Por poco no me partes la cabeza con un palo. Por cierto, te harás cargo de los gastos del coche.

—Y tú irás a ver a tu madre ahora mismo —le ordenó—. Ella te necesita.

Él se pasó una mano por la boca y rezongó.

—Prefiero ir hasta el mismo infierno antes de escucharte un minuto más.

Dante giró los talones y empezó a caminar como un león enjaulado hacia la puerta principal. Ella apretó los labios. Lo lamentaba por él, pero iba a tener que soportarla hasta el día que tomara el avión de regreso a Londres. Aunque ella sería feliz si debía cuidarlo el resto de su vida en el caso de que él decidiera quedarse.

6. CAFÉ BREVE

La mezcla clásica, consiste en llenar la mitad de la taza de infusión de café. Luego llenaremos 1/4 de la taza con leche normal, y el otro 1/4 con crema.

LA SEÑORA GRECO había abrazado a su hijo con todas sus fuerzas sin hacerle ningún tipo de reproche por haberse ausentado durante tanto tiempo. Las palabras estaban de más antes una mirada cariñosa de una madre. Alissa se unió a ellos y entrelazaron las manos mientras despedían al señor Greco. Ella se enjuagó una lágrima de la mejilla, mientras el párroco decía unas palabras antes que enterraran el cajón. Anetta le acarició la espalda y apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Ellos estarán bien —dijo—. El tiempo los ayudará a sobrellevar el dolor.

Ella lo sabía. Había perdido a su padre cuando tenía doce años y ese día los hermanos Greco no se habían apartado de su lado. Dante había entrado a la cafetería a hurtadilla de su madre y de Noni y le había preparado un cappuccino con mucha espuma para animarla. Él le había hecho el primer café que tomó y desde ese momento, supo que amaría a Dante Greco toda su vida. Exhaló una bocanada de aire. Solo quería devolverles el gesto que ellos habían tenido con ella.

—Si pudiese hacer algo para aliviar su dolor, juro que lo haría.

—Nadie puede hacerlo, cariño —expresó Lorenza, que estaba a su otro costado—. La muerte nos recuerda que estamos vivos, y que a la vida hay que saber disfrutarla.

—Y que no todo es trabajo —susurró Stella, a sus espaldas—. ¿Verdad, Enzo?

Puso los ojos en blanco. Sabía que no era casualidad que Stella le hubiera pedido el brazo a Enzo para sostenerse.

—Por supuesto, señora Stella.

—Con que me digas Stella está bien, muchacho.

—Deberías invitar a mi nieta a cenar y enseñarle como debe divertirse, ¿no crees?

Enzo carraspeó.

—¿Habla de una cita?

Ella sintió compasión por él. Lo miró por encima del hombro y dijo:

—No creo que sea el lugar adecuado para hablar de citas.

Enzo asintió con la cabeza.

—Pero sería un placer llevarte a cenar.

La única razón por lo que lo decía era porque debía sentirse acorralado por Stella y Lorenza que lo observaban como si fuese un juguete nuevo. Suspiró y dirigió la vista hacia la familia Greco. De repente, el cielo se oscureció y una suave llovizna comenzó a caer. Se oyó un murmullo por las primeras gotas que empezaron a mojar. El párroco se apresuró a leer más rápido los textos del libro sagrado. Anetta abrió el paragua y la cubrió.

—Dije que iba a llover —se jactó de su perfecta precisión climática.

—Lástima que no eres la chica del clima.

La señora Greco arrojó una rosa roja sobre el ataúd y Dante la tuvo que sostener cuando sus piernas se aflojaron al despedirse de su marido. Él consolaba a su madre y a su hermana, ¿pero a él quién lo consolaba? Podía sentir como su corazón se le desgarraba. Dio un paso hacia delante para ir con él y decirle que todo pasaría pronto.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó su madre, al tiempo que la sujetaba del brazo.

—Él me necesita.

—Pero no ahora, cariño.

—Es que... es que no puedo verlo así, mamá.

—Lo sé —repuso—. Pero en este momento él no te escuchará.

Su madre tenía razón, pero lo que sentía era más fuerte. Era como si su cuerpo, mente, estuvieran conectados con él y su dolor la despedazaba. Un relámpago iluminó el cielo, seguido de un ensordecedor trueno. Esperaría. Esperaría a que él volviera a confiar en ella, como en los viejos tiempos. Una ráfaga de viento trajo consigo una oleada de olor a café mezclado con canela.

Acompañó a su abuela y a Stella hasta el coche negro y las ayudó a subir, y se aseguró de que se fueran antes que siguieran dando su número de teléfono a todos los hombres menores de cuarenta. Anetta detuvo la furgoneta a un lado de ella y bajó la ventanilla.

—¿Quieres que te lleve, cariño?

Entornó los párpados para protegerse de la llovizna.

—Vine en la motoneta —respondió—. Nos vemos en la cafetería.

Su madre señaló a la familia Greco con el mentón.

—No hagas ninguna tontería, ¿vale?

Dio una palmada sobre el capo y dijo:

—Vete ya...

Giró los talones y se topó de frente con Enzo.

—Lorenza me dijo que los mariscos son tu plato preferido.

Se cruzó de brazos y sonrió.

—Ella me conoce demasiado.

—Crees que podríamos ir a cenar una de estas noches.

¡Diablos! ¿Por qué hacía eso? Su abuela ni Stella estaban para que se viera en la obligación de invitarla. Él debió notar su sorpresa porque añadió:

—Y también podría ir Filippa, las dos se merecen tener un descanso de la cafetería.

—Se lo diré.

—Bianca y yo...

—¿Terminaron? Lo sé, pude ver cuando rompieron.

—Bianca es...

—¿Intensa?

Él esbozó una media sonrisa.

—Demasiado.

Hubo un silencio incómodo.

—¿Nos vemos luego? —murmuró él.

—Oh, claro.

Respiró aliviada cuando él se marchó. Buscó la motocicleta y observó a Dante mezclarse entre la multitud. Él rodeó las lápidas y empezó a correr en dirección a los árboles. Ella arrojó el casco al suelo y comenzó a seguirlo bajó la lluvia. ¡Joder! Recordó a dónde él iba cada vez que estaba enfadado. Él desapareció de su vista, pero siguió su instinto. Tomó un tajo hacia el acantilado donde solían ir de pequeños. Se detuvo para llenar los pulmones de aire. Abrió grande los ojos cuando lo vio quitarse los zapatos.

—¡Dany! —gritó.

Él no la oyó.

Ella corrió más rápido.

—¡Dany! ¡No lo hagas! ¡No saltes! —Exclamó—. ¡Nooo!

Dante saltó. Saltó por el acantilado. Era un suicidio arrojar al mar con una tormenta. Si él no estaba muerto, ella iba a matarlo. Se acercó a la orilla y miró hacia abajo. Se cubrió la boca con una mano cuando lo vio sacar la cabeza del agua y nadó hacia la costa. Maldito idiota. El café se había equivocado, quien iba a morir, iba a ser ella. El capullo iba a matarla del

susto. Cogió sus zapatos del suelo y se dirigió hacia él rodeando el acantilado.

—¡Tú! —Rugió ella al acercarse a la costa—. ¡Eres el gilipolla más grande que he conocido!

Dante se pasó el dorso de la mano para quitarse el agua de los ojos.

—¿Qué demonios haces aquí, cafetera?

Él se cubrió el rostro con los brazos cuando ella le arrojó los zapatos.

—¿Tienes idea del miedo que sentí cuando te vi arrojarte por el acantilado? —Se dio cuenta que estaba llorando. Y se odió por eso—. ¡Pudiste haber muerto, imbécil! ¿Qué hubiera sido de tu madre si hubiera tenido que enterrar a su hijo en el mismo día que se despidió de su esposo? —Se atragantó con un sollozo, a la vez que intentaba golpearlo—. ¡Eres un egoísta arrogante!

Dante dio un paso hacia ella y la rodeó con los brazos para inmovilizarla.

—¡Detente, Magnolia! —Le pidió—. No sabía que me estabas siguiendo. Sólo intentaba nadar un poco para descargar mi rabia.

Apoyó la cabeza contra su pecho.

—Pudiste morir —era en lo único en lo que podía pensar.

—Shh... lo siento —murmuró, apretándola entre sus brazos—. No quise asustarte. ¿Olvidas que soy un buen nadador?

Alzó la vista hacia él.

—Pero no eres inmune a los rayos —deslizó el dedo por la herida que tenía en el brazo—. ¿Te has lastimado?

Él se miró la sangre que se mezclaba con la lluvia.

—Esto, cariño, me lo has hecho tú arrojándome mis zapatos —dijo—. Tienes buena puntería, como siempre. Si así planeas sálvame de lo que vaya a saber Dios...

Ella le sujetó el rostro entre sus manos.

—Prométeme que no volverás a hacer una idiotez como esta.

Él le apartó la mano.

—Puedo cuidarme solo, Magnolia —musitó, molesto—. No necesito una niñera, ¿vale?

—Pues yo creo todo lo contrario —refutó—. Y lo que hiciste hace un momento me lo demuestra, Dany.

Él la hizo a un lado y siguió caminando.

—Por hoy he tenido suficiente de ti, nena —murmuró el capullo—. No te olvides de recoger mis zapatos. Si vas a convertirte en mi sombra, mínimamente debo sacar algo de provecho.

Abrió la boca, la cerró y luego arrugó el ceño. En ese instante, se maldijo por no haberle hecho caso a su madre cuando le dijo que debía alejarse de Dante Greco. Soltó un gruñido. Lo único que le permitía soportar sus desplantes era que creía que ella podía salvarlo. Tomó los zapatos de la playa y lo siguiente que vio fue una luz electrizante que la tiró al suelo.

7. CAFÉ AZTECA

*Uno de los tipos de café con mayor aporte calórico.
Está compuesto por infusión fría de café,
acompañado por una bola de chocolate helado, cubierta por crema de leche.
El toque de gracia, se lo darás agregando unas tiras de chocolate,
cuya finalidad, es mejorar su aspecto en la presentación.*

ABRIÓ un párpado a la vez y se halló en una habitación blanca con aparatos a su alrededor. ¿Qué diablos había pasado con ella? Intentó quitarse el suero del brazo.

—No te atrevas a quitarte eso —dijeron en un tono amenazante.

Ladeó la cabeza hacia un costado y observó a Dante Greco sentado sobre el sofá que estaba a un lado de la ventana. Llevaba la misma ropa que había usado en el funeral y sus ojeras decían que no había pasado una buena noche.

—¿Qué ocurrió? —Preguntó desorientada, llevándose una mano a la cabeza al sentir una fuerte puntada—. ¿Por qué estoy aquí?

Él hizo una mueca con la boca.

—¿Qué es lo último que recuerdas?

Frunció el ceño mientras intentaba recordar.

—Estaba en la playa recogiendo tus zapatos... y una luz... —abrió grande los ojos—. ¡Joder! ¿Me ha caído un rayo?

—Por poco no quedas carbonizada, cafetera —repuso—. El resplandor te asustó, te caíste y te golpeaste la cabeza.

Eso explicaba su jaqueca.

—¿Cuánto tiempo estuve dormida? —quiso saber.

Dante se levantó del sofá y caminó despacio hacia ella.

—Pasaste la noche aquí —respondió—. Los doctores querían asegurarse de que todo estuviera bien.

¿Toda la noche? Su familia debía estar preocupada. Ella quiso levantarse de la cama.

—¿Qué demonios haces? —gruñó él, apoyando sus manos en sus hombros para inmovilizarla.

—Mi madre y Lorenza deben estar preocupadas —murmuró afligida—. Debo hablar con ellas.

Él la miró por un largo tiempo en silencio y luego sus labios se curvaron en una especie de sonrisa que la dejaron sin palabras.

—Me encargué de ellas. Estuvieron a tu lado toda la noche y las mandé a que se bebieran un café —le dijo, apartándole un mechón de pelo de la cara—. Vaya susto que me has dado. Espero que con esto aprendas y dejes esa idea tonta de convertirte en mi sombra.

A ella se le escapó un gemido de dolor cuando se movió.

—Y esto no hubiera pasado si tuvieras un poco de sensatez en la cabeza —farfulló—. Por lo menos ya sabes cómo me sentí cuando te arrojaste al mar desde el acantilado.

Él se metió las manos en los bolsillos del pantalón y suspiró.

—Iré a avisarle a la enfermera que has despertado —musitó—. Y trata de no levantarte de esa cama, ¿vale?

Cruzó los brazos a la altura del pecho y dirigió la vista hacia la pared blanca.

—Puede que tengamos algunas asperezas, pero estoy feliz de oírte otra vez —expresó él—. Aunque me arrepienta habértelo dicho una vez que atravesase esa puerta.

Se mordisqueó el labio inferior para no sonreír.

—Dante.

Él se detuvo y se volteó hacia ella.

—¿Sí?

—Me alegra que hayas regresado.

—¿Sabías que las probabilidades de que un rayo le caiga a una persona son mínimas? —Comentó—. Ahora intenta probar suerte jugando a la lotería, cafetera.

Tenía a cuatro mujeres ceñudas a su alrededor observándola fijamente.

—¿Por cuánto tiempo más van a seguir mirándome como si hubiera hecho algo terrible?

Anetta parpadeó.

—¿Acaso tienes idea por lo que pasamos cuando Dante nos dijo que estabas en el hospital?

Ella sacudió las sábanas y sonrió para quitarle dramatismo a la situación.

—Lamento haberlas asustado, pero no ha sido nada grave.

Filippa resopló.

—Si dices que no fue grave casi haber terminado como un pollo rostizado —dijo, sarcástica.

Le lanzó a su empleada una mirada fulminante.

—¿No deberías estar en Mama Kaffa?

Filippa dirigió la vista hacia Lorenza buscando su apoyo.

—¿Crees que podíamos trabajar sabiendo que tú estabas en el hospital? —le cuestionó Noni.

Achicó los ojos.

—Las cuentas no se pagarán solas.

Stella se cruzó de brazos y sacudió la cabeza.

—Ni estando a un paso de la muerte dejas de pensar en esa bendita cafetería.

—Nunca pensé que diría esto, pero Stella tiene razón —masculló su madre—. Debes replantearte las prioridades, cariño.

—Cuando salgas de aquí iremos por unos tragos y te pondrás lo más sexy que tengas —dijo Filippa—. Prometo que nos divertiremos.

—Y también podrían invitar a la persona que te ha dejado estas flores preciosas —añadió Stella, oliendo el arreglo floral que estaba encima del mueble.

Sus cejas oscuras se unieron.

—Creí que ustedes la habían dejado.

—No hemos sido nosotras —repuso Anetta, buscando una tarjeta entre las azucenas.

De repente, sintió que una sinfonía tocaba dentro de ella.

—¿Son de Dante? —quiso saber.

—No hay tarjeta.

Lorenza le tomó una mano entre las suyas.

—Mantente lejos de Dante Greco, cariño.

—Dante Greco es la persona a la que debo proteger, Noni —replicó—. Tú me lo dijiste cuando leíste la borra de café.

Lorenza se aclaró la garganta.

—No creo que sea él.

—Pues yo sí.

—Desde mi punto de vista, tú debes alejarte de él. Y a los hechos me remito, Magia —concluyó su madre.

—Cariño, Dante Greco se puede cuidar solo. Él te hará daño y lo sabes. Tu instinto está equivocado, estoy segura que el café se refería a otra

persona.

—Enzo de Luca, ¿Tal vez? —agregó Stella, en un tono pícaro.

El rostro de Filippa se transfiguró. Sabía que ella había estado amando a Enzo en secreto y por más que el café la condujera a él, sus ojos se desviarían hacia otro lado.

—No creo que sea Enzo —respondió, mirando a Filippa para tranquilizarla.

—No es Enzo ni nadie —gruñó Anetta—. El café y todas sus tonterías lo único que ha hecho es volver loca a esta familia.

—Más locuras es lo que Magnolia necesita hacer —sugirió Stella—. Espero que el rayo te haya quemado tus neuronas de celibato.

Vale, ella había estado cerca de la muerte y todavía no había procesado lo que eso significaba. ¡Santo Dios! Tal vez Stella estaba en lo cierto, el rayo era una señal para que ella se replanteara su vida. Siempre se había preocupado más para complacer a los otros que a ella misma. Desde ese momento en adelante, iría tras todas las cosas que quería. Y eso incluía a Dante Greco. ¿Por qué seguir insistiendo que lo había dejado de amar cuando no era cierto?

—Ahora que has recuperado el color en las mejillas, iré al Mama Kaffa —interrumpió Filippa—. Tienen un sueldo que pagar. El mío.

—Finalmente alguien dice algo que mis oídos quieren oír.

Su empleada sonrió y le dio un beso en la frente.

—Dante pasó toda la noche en el corredor esperando a que despertaras —le contó—. Me debes una —le susurró Filippa al oído.

—¿Cómo dices?

—Necesitaré ayuda en la cafetería, ¿me acompañas Stella?

—Oh... claro —gimió su vecina—. Si puedo ser útil en algo —expresó, cogiendo su bolso—. De paso aprovecho para ver si es verdad que Bianca ya encontró un reemplazo.

Filippa le cerró un ojo antes de despedirse.

Sonrió. Oh, sí, ella le debía una.

—Bien, cuando podré salir de aquí...

Estaba empezando a exasperarse de tener que mirar el techo. Resopló. Quería levantarse de la cama y regresar a su casa. Pero tenía que esperar a

que el médico le firmara el alta. Había logrado convencer a Noni y a su madre que se fueran a descansar. Era inútil que se quedaran. La enfermera ingresó a la habitación con dos arreglos florales más. La habitación se había transformado en una florería. Sonrió.

—¿Quién las envía? —preguntó.

—No lo sé, señorita —respondió la enfermera—. Estas tampoco tienen tarjetas.

Dante Greco. Él debía estar detrás del anonimato. Aunque no era su estilo. Pero las personas pueden cambiar, ¿verdad? La puerta de la habitación se abrió y se desilusionó al ver que no era Dante el que ingresaba, si no Enzo.

—¿No era la persona que esperabas? —preguntó él, al notar su decepción.

«Definitivamente, no».

—Esperaba a un hombre que llevara un uniforme blanco y cargara un marcador para firmar mi alta —mintió.

—Lamento la decepción —dijo, mientras se acercaba con un ramo de margaritas—. Como lamento no haber sido el único quien te trajo flores —musitó, observando su alrededor.

Recibió las margaritas y las olió.

—Aunque estas fueron las únicas que las trajeron personalmente —lo animó.

Él se rascó la nuca y se lamió el labio inferior.

—Las corté de un jardín mientras venía.

—Gracias por las flores y por venir. No era necesario que lo hicieras.

—¿Bromeas? Stella me dijo que estabas muriendo. Sin embargo, me alegro que no sea así.

Debió imaginar que Stella estaba detrás de su visita. La idea de que Enzo tuviera un cierto interés por ella la incomodaba. Quería ser amable con él, pero dejándole en claro que no le interesaba. No podía hacerle eso a Filippa.

Ella agitó una mano en el aire, despreocupada.

—Ni un rayo puede detenerme —se mofó.

—Deberías jugar...

—¿A la lotería?

Él asintió con la cabeza.

—Sí, ya me lo han dicho.

Hubo un silencio.

—Pasé por la cafetería y estaba cerrada. Pensé que Filippa estaría aquí.

—Lo estuvo, pero ya se fue.

—¿La cena sigue pendiente, verdad?

—Claro, cuando me dejen salir de aquí.

—Y cuando te veas mejor.

—¿Acaso no me veo bien?

Las mejillas de Enzo se tiñeron de un rojo intenso.

—No quise decir eso... luces muy bien... eres una mujer hermosa...

—Dices eso porque no la viste con acné y frenillos a sus treces años —interrumpió Dante cuando ingresó a la habitación.

No pudo evitar sentir un cosquilleo en el estómago cuando lo vio. Él se había afeitado y cambiado la ropa. Usaba una camisa a rayas azules, un pantalón beige y zapatos marrones bien lustrado. Ella se sentó en la cama y apoyó la espalda contra el cabezal.

—Nunca debes repetirle a una mujer lo que acabas de oír—le aconsejó a Enzo.

—Dudo que el acné y los frenillos hayan opacado tu belleza —replicó él.

Dante chasqueó la lengua.

—No sabes lo que dices, muchacho.

Ladeó la cabeza y entornó los parpados.

—Todo lo contrario, deberías aprender un poco más de él —replicó ella, dejando las margaritas encima del regazo.

Las facciones del rostro de Dante se contrajeron.

—Lamento haberlos interrumpido, me doy cuenta cuando estorbo —gruñó.

Era su impresión o él parecía estar enfadado. ¿Acaso había dicho algo inapropiado? ¿Insinuaba que entre ella y...?

—No te preocupes por mí, solo estaba de pasada —se apresuró a decir Enzo—. Me alegro que hayas sobrevivido al rayo —añadió él antes de irse.

Esperó a que Enzo se retirara para dejar de sonreír.

Dante se remangó las mangas de la camisa hasta los codos, a la vez que observaba los arreglos florales de la habitación.

—Él y tú...

—Si no te regaño por haber sido un grosero con Enzo, es por todas las flores que me has traído —se detuvo y siguió—: De hecho, gracias. Son

hermosas.

—¿Flores? Yo no te he enviado las flores, cafetera.

Pestañó. Una parte de ella se sintió desilusionada. ¿Entonces quien se las había enviado?

—¿Ah, no?

—Pero si quieres, puedo traerte un ramo para la colección.

—Las que me enviaron son suficiente.

—Parece que tienes un admirador secreto —comentó él, deslizando un dedo por las flores.

—¡Madre mía! ¿Ahora eres adivino? —Murmuró con evidente sarcasmo—. Creí que regresarías a Londres después del funeral.

—Así lo había planeado —respondió.

—¿Y qué sucedió?

Él enarcó una ceja.

—¿Qué sucedió? Por poco una persona no se muere en mis brazos, y mi madre está devastada luego de enterrar a su marido. Creo que ese es un buen motivo.

El hecho de que él hubiese desinflado su fantasía de que fuese el hombre de las flores la irritó. ¡Joder! Estaba verdaderamente molesta. Ella seguía idealizándolo.

—Que tu madre esté devastada no fue un motivo suficiente para quedarte cuando te fuiste la primera vez —replicó ella.

—¿Acaso estás con tu periodo? —le cuestionó—. Es la única explicación que encuentro para que me hables de ese modo. Pensé que habíamos hecho las paces.

—¿Mi periodo? ¿En serio? ¡Gilipollas! ¡Largo de aquí!

Él arrastró una silla y la puso a un lado de la cama, luego se sentó.

—Vale, lo siento —repuso—. Haces que me meta toda la diplomacia en el trasero.

—¿Te gusta?

—¿Qué cosa?

—Tu trabajo como diplomático —le aclaró—. Siempre creí que regresarías para ocuparte de la plantación de limones de tu familia.

—El destino me preparó otro camino.

—El camino lo hace uno.

—Me gusta —dijo—. Me gusta mi trabajo. ¿Y tú nunca pensaste en expandir Mama Kaffa?

—Soy feliz aquí.

—Hablo de negocios, Magia. La felicidad no la hace el lugar. La felicidad viene de uno mismo.

Ella bajó la vista y sonrió.

—Touché...

—Prométeme que si decides abrir un Mama Kaffa en Londres me pedirás ayuda.

—Solo si me dejas cuidarte hasta que acabe tu estadía en el pueblo.

Dante se inclinó hacia ella y dejó sus narices muy cerca de la suya.

—Ya había asumido que lo harías.

—¿Ahora sí crees lo que el café me dijo? ¿Me crees Dany?

—No —repuso—. Pero si convertirte en mi sombra hará que te tranquilices, me aguantaré.

—¿Entonces por qué cambiaste de idea?

Él ahueco sus manos en sus mejillas y le dio un beso tierno en la frente.

—Porque cuando te tuve inconsciente entre mis brazos, lo único que pensé es que nuestra última conversación había sido una discusión. Te quiero cafetera, y siempre lo haré. A pesar de que estás medio loca.

Su tacto, su fragancia, tenerlo tan cerca era un cóctel que necesitaba. Aunque no se comparaba con la noche anterior que él dejó el pueblo. La noche que le había hecho el amor y que no recordaba. Ese día Dante había bebido demasiado al enterarse que su padre no era su padre. Ella había intentado animarlo y una cosa llevó a la otra. Lo había deseado tanto que no le importó que él lo olvidara cuando despertara.

—También te quiero, Dany —dijo, mirándolo fijamente a los ojos—. Podemos tener diferencias, pero los dos sabemos que lo que hay entre tú y yo es para siempre, y la distancia nunca será un impedimento.

Él no respondió. Se quedó mudo observándola como si por su mente pasaran un millón de cosas. Se reclinó en la silla y se pasó una mano por la boca.

—Hay algo que... que me viene dando vueltas hace mucho tiempo —murmuró él—. Y solo tú puedes responderlo.

De repente, empezó a sentir mucho calor.

—Me gustaría ayudarte.

Dante carraspeó.

—No sé cómo decirlo...

—Empieza desde el principio.

—A veces intento convencerme de que es un sueño, pero parece tan real —explayó—. No intento incomodarte... pero tú y yo alguna vez... ¡Joder! Es más difícil de lo que pensé. La noche antes de que me fuera... ¿tú y yo dormimos juntos?

Ella dejó de respirar por un instante. Siempre estuvo segura que él no recordaba nada de lo que había sucedido esa noche.

—Sí —contestó—. De hecho, ya no recuerdo la cantidad de veces que lo hicimos. ¿Las pijamadas que Alissa hacía también cuentan?

Dante le lanzó una mirada astuta por debajo de los párpados.

—Sabes muy bien a que me refiero.

Tragó saliva. Que él lo sospechara fue una gran sorpresa, y no sabía que decir y cómo actuar.

—¿Debo interpretar tu silencio como un sí?

—¿Qué? ¡No! No entiendo...

Alissa los interrumpió cuando ingresó a la habitación. Quiso abrazarla por aparecer en el momento más oportuno.

—¿Por qué siempre soy la última en enterarme de lo que sucede? — Se quejó. Golpeó a su hermano en el hombro y siguió—: Debiste avisarme que mi mejor amiga casi es calcinada por un rayo.

—En las últimas horas pasaste por muchas cosas. Sólo intentaba que descansaras, Lissy.

—Ya no soy una niña a la que debes proteger.

—Estoy bien y me sentiría mucho mejor si no discutieran —medió en la pelea familiar.

Alissa exhaló una bocanada de aire y se acomodó la falda del vestido.

—¿Puedo darte un fuerte abrazo? —preguntó con la voz temblorosa.

—Únicamente si prometes no llorar —extendió los brazos hacia ella—. Porque si no yo también lo haré.

Alissa la rodeó con los brazos y las dos sollozaron como un par de tontas.

—¡Santo cielo! —Gruñó Dante—. ¿En serio debo ver esto?

Ella se enjuagó una lágrima con el dorso de la mano.

—Puedes irte si quieres —replicó.

Y rogó que lo hiciera para evitar responder sus preguntas incómodas. El desgraciado debió leer su mente, igual que lo hacía siempre, porque en vez de aceptar el guante, él dijo con su soberbia sonrisa:

—Lo haría, pero todavía espero la respuesta a la pregunta que te hice antes que mi hermana apareciera.

Alissa se sentó en el borde de la cama, a un lado de ella.

—¿Qué pregunta le hiciste?

—Sí o no —explayó—. Es lo único que debes decir.

Alissa la miró tanto a ella como a su hermano.

—¿Puedo saber de qué hablaban antes que apareciera? —Insistió—. Notó un aire tenso entre ustedes dos.

—Tonterías. El diplomático decía tonterías.

—Tonterías que no sabes responder.

Él se levantó de la silla para atender el llamado de su móvil.

—Chloe, cariño... —murmuró, mientras se acercaba a la ventana para tener más intimidad al hablar.

¿Chloe cariño? Miró rápido a Alissa y ella entendió lo que quería saber.

—Chloe es su novia —le informó—. Pero eso a ti no te importa porque mi hermano dejó de interesarte, ¿verdad?

¿Su novia? Fue como si otro rayo le hubiera caído encima. Habían pasado ocho años, era obvio que él había estado con otras mujeres. Pero era algo que ella había preferido guardarlo bajo la alfombra. Se había aferrado tan fuerte a la noche que habían hecho el amor, que no había dejado lugar en su corazón para ningún otro hombre.

—El diplomático no es mi tipo —farfulló, indiferente—. ¿Y cómo es ella? ¿Cuándo se conocieron?

—Chloe es modelo, trabajamos en la misma agencia —continuó—. Y conoció a Dany en un evento que le pedí que me acompañara. Ella se hizo mi amiga para acercarse a mi hermano. Luego se mudó a Londres y de esas “casualidades” se cruzó con él y empezaron a salir. Y para que lo sepas, Chloe no me cae bien. No sé porque Dany todavía continúa con ella.

—¿Por qué la ama? —y le dolió en el alma decir cada palabra.

—Te aseguro que lo que ellos tienen no se lo podría llamar amor. Los dos parecen una postal de la imagen perfecta: la modelo y el político. Dudo que él sea feliz en una relación tan fría.

Dante colgó el llamado y se volvió hacia ellas.

—Era Chloe —dijo—. Ella tomó un avión para venir.

—¿Y dónde está? —preguntó Alissa.

—Con mamá.

Genial. No solo se había enterado de su existencia, sino que también iba a conocerla en persona.

—Me tengo que ir —murmuró él, esquivando su mirada—. Que te mejores, Magnolia.

Y se marchó sin un beso de despedida. ¿Por qué el café la había enviado hacia él? ¿Para romperle el corazón? Había perdido su batalla de conquistar a Dante Greco antes de empezar. Necesitaba algo helado y dulce que le subiera el ánimo. Un café azteca. Fue lo primero que se le vino a la mente.

—Tú hubieras sido una mejor cuñada —comentó Alissa.

Ella suspiró y apoyó la cabeza contra su hombro.

—A eso nunca lo vamos a saber.

—¿Por qué mi hermano dejó de importarte, verdad?

—Porque para él nunca existí —la corrigió—. No existí como mujer.

—Dudo que sea así.

Dante Greco había sido suyo por una sola noche. Por una sola noche ella había existido para él.

8. CAFÉ MOCA

Esta es otra de las variantes más famosas de café con leche. La base es la misma, pero añadiendo una capa de [jarabe de chocolate](#), y canela o cacao en polvo. En algunos casos, se substituye la leche por crema de leche, lo que le dará un sabor mucho más sabroso.

SE SENTÍA estupendo regresar a casa y dejar de comer las comidas desabridas que le daban en el hospital. Se sorprendió cuando halló en la cafetería a sus vecinos, amigos y familia dándole una cálida bienvenida. Habían decorado el Mama Kaffa con carteles, globos y serpentinas brillantes. Noni la recibió con una taza de café.

—Bienvenida a casa, cariño.

Ella sujetó la taza y olió la fragancia del líquido oscuro.

—Café moca —bebió un sorbo—. Lo necesitaba, gracias Noni.

Anetta le rodeó la cintura con un brazo y la apartó a un costado.

—No tienes que quedarte mucho tiempo. Saluda y vete a descansar.

—Me siento bien, mamá. Además, ya pasé mucho tiempo en la cama del hospital.

Fue agradable encontrar tantas caras conocidas, como varios de sus clientes fieles. Filippa se encargó de atender a los invitados mientras ella los saludaba. La señora Greco había dejado su duelo por un momento para asistir en compañía de Alissa, y no había registro de su otro hijo. Y era mejor así. Se dirigió hacia ellas, pero en el camino Piero la detuvo sujetándola del brazo.

—Wow... —gimió, quitándole las manos de encima—. ¿Qué diablos crees que haces?

Él retrocedió un paso.

—¡Vaya! Lo siento, no quise asustarte —dijo—. Estar al borde de la muerte te ha dejado un poco histérica.

Él la hacía poner a la defensiva, incluso mucho antes del accidente.

—No quise sonar grosera —se disculpó al creer que tal vez había exagerado un poco en cómo había reaccionado—. Gracias por venir.

—¿Te gustaron las flores que te envíe al hospital?

Una sensación de decepción la invadió. Nunca imaginó que detrás de un gesto tan bonito hubiera un ser tan desagradable.

—¿Por qué no dejaste una tarjeta con tu nombre?

Piero extendió un brazo y le acarició la mejilla con los nudillos.

—Porque la recompensa estaba en ver cómo te sorprendías.

Un escalofrío le recorrió la nuca. ¿Cuántas veces una persona debía aclarar que no sentía ningún interés romántico por la otra? De verdad ella no quería ser grosera. No era una cualidad que la distinguía. Su sonrisa lasciva y que él imaginara una intimidad que no había entre ellos, y que nunca lo habría, le daba repulsión.

—No debiste enviarme las flores —le enseñó la palma de la mano para que no la interrumpiera y la dejara terminar—. Ha sido un lindo gesto, pero no quiero que te ilusiones con algo que entre nosotros no existe. Somos diferentes, pensamos diferentes —lo que ella intentaba decir era que nunca se fijaría en un racista despreciable—. Y no creo que sea tu tipo de mujer.

Él la miró como si ella no supiese de lo que estaba hablando.

—Dices eso porque estás confundida ahora que Dante Greco ha regresado —masculló—. Pero volverás a la realidad cuando él se marche. Y yo te estaré esperando.

¿Qué coño estaba diciendo? Respiró hondo y contó hasta tres antes de responder:

—¡Joder! No sé de qué otro modo decirte, pero no me gustas y no creo haberte dado señales de lo contrario. Y si tus fantasías se incrementan al verme, quiero que desaparezcas de mi vida y no regreses a la cafetería.

—¿En serio piensas que tú decidirás cuando acaba lo nuestro?

—¡Madre mía! —Gruñó haciendo un gran esfuerzo para que su voz no sobrepasara el volumen de la música—. ¡Lo nuestro no existe!

—¿Está todo bien por aquí? —preguntó Stella al acercarse.

Puso los brazos en jarra y sonrió mordaz.

—Ahora que está todo aclarado, sí —Stella unió sus cejas pobladas sin entender lo que decía—. Él se estaba yendo, ¿verdad?

Piero había cambiado su mirada lasciva por una llena de resentimiento y furia. Mirada que nunca antes había usado con ella. No supo cuál de las dos era peor.

—¿Sabes? Pude tenerte como una reina y sacarte de esta cafetería de mala muerte —farfulló en un tono agresivo—. Mi madre tenía razón cuando me decía que nunca estuviera con una mujer de un nivel inferior al mío. Lo lamentarás. Tendrás que arrodillarte si quieres que regrese contigo.

—Tu madre terminó en un manicomio —intervino Stella—. Y ahí es donde acabarás si no te haces tratar pronto con un psiquiatra. Será mejor que te largues antes que comience a gritar y diga que intentaste besarme.

Él enarcó una ceja, burlón.

—¿Quién podría creer semejante ridiculez? Si no consiguió un hombre cuando era más joven, mucho menos lo hará ahora estando toda arrugada.

—Yo serviré de testigo —dijo en un tono firme y amenazante—. Y le diré a todo el mundo que eres un asqueroso pervertido que acosa a mujeres mayores porque te recuerdan a tu madre, y que esa es la razón por la que aún no te has casado —se encogió de hombro—. Si ahora las mujeres te deprecian a pesar del dinero que posee tu familia, ¿imaginas lo que será después?

Él balbuceó unas palabras inentendibles mientras se dirigía a la salida, dando largas zancadas.

Stella se cruzó de brazos, a la vez que sacudía la cabeza.

—Y estuviste a un paso de tener una cita con ese hombre —comentó.

Ella le lanzó una mirada fulminante por encima del hombro.

—Cita que ustedes arreglaron sin mi consentimiento —le recordó.

—Estoy segura que eran verdad cada palabra de los rumores que se escucharon años atrás acerca de esas muchachas que dijeron que él las había maltratado, y que su madre les dio dinero para cerrarles la boca —suspiró y agregó—: Por cierto, no tengo edad para ser su madre.

Considerando que era apenas unos años menor que Lorenza, ella podía ser hasta su abuela. Pero ese comentario lo guardaría para no herir los sentimientos de Stella, que aún continuaba siendo una mujer muy coqueta.

—Lo sé —dijo—. Solo intentaba librarnos de él y fue lo primero que se me vino a la cabeza.

Stella se irguió y le dirigió una mirada glacial.

—Ten más cuidado la próxima vez, porque no quiero que luego nadie repita algo que no es.

La boca de ella se curvó un poco en una comisura.

—Lo haré...

Sacudió los hombros cuando se oyó que parte de su vajilla de porcelana había caído al suelo.

—¡Intenten no destrozarme la cafetería, por favor! —gritó ella, sin mirar a nadie en particular.

—Yo me ocupo —dijo Filippa, antes de entregarle la bandeja que

sostenía.

Genial. Debía hacer de camarera en su propia fiesta sorpresa. Sonrió al hallar a la señora Greco otra vez entre los invitados. Todavía no había tenido la oportunidad de saludarla. Se frenó de golpe cuando vio un rostro que no conocía cerca de ella y de su hija Alissa. Y por su contextura, adivinó quien podía ser. Alta, esbelta, su cabello dorado parecía recién salido de la peluquería, usaba ropa de diseñador. ¡Joder! Hasta su sonrisa era hermosa. Evidentemente, ella era Chloe. La flamante novia de Dante Greco se había unido a la fiesta. Se le hizo un nudo en la garganta. Una cosa era no saber nada del pasado de Dante Greco, otra era saber de la existencia de una mujer en su vida, pero era completamente distinto tenerla en persona.

«Él había sido suyo una noche y debía conformarse con eso», se repitió vez tras vez para convencerse. ¿Qué había estado pensando en todo ese tiempo? ¿Qué él llegaría después de ocho años implorando su amor? Alzó la vista y observó el retrato de Cala, su bisabuela, al sentir que sus ojos se clavaban en ella. ¿Por qué has hecho que regrese a mi vida? Estaba mucho mejor sin él. Quiso desaparecer de su fiesta. Echó una ojeada a su alrededor y consideró que el armario era un buen sitio para esconderse. Giró los talones de golpe y chocó de frente contra la persona que ella quería sacar de la cabeza. El impacto de la colisión lanzó la bandeja que sostenía y todo su contenido encima de él. Y lo siguiente que oyó fueron sus gritos al quejarse que se estaba quemando.

—¡Por un demonio, Magnolia! —Gruñó—. ¿Qué será lo próximo que me hagas? ¿Arrojarme con un cuchillo?

Se quedó tesa como una estatua por un momento sin saber qué hacer. En una fracción de segundo se le pasó por la mente salir corriendo y huir, pero en cambio dijo:

—Lo siento mucho, Dany... no quise —resopló—. Quítate la camisa y sígueme hasta la cocina que te podré un poco de hielo.

Él apareció por detrás de ella cuando ingresó a la cocina, e hizo como si nada le afectara mientras lo observaba por el rabillo del ojo como se quitaba la camisa por la cabeza. Era difícil ignorar los anchos hombros desnudos, el poderoso pecho cubierto de vello negro o los musculosos brazos. Abrió la nevera y sacó unos cubitos de hielo y los envolvió con un paño, luego se dirigió hacia él que se había sentado sobre la encimera.

—¿Duele?

—Sólo arde un poco.

—Lo lamento —se volvió a disculpar—. Si te hace sentir mejor, no creo que te queden marcas.

—Empiezo a dudar de que tus motivos para estar cerca mío sean para cuidarme, más bien es para liquidarme —murmuró él.

Ella no se atrevió a mirarlo y centró su vista en su abdomen, al mismo tiempo que apoyaba el paño frío sobre la quemadura. Tenía la piel caliente y tersa, pero bajo ella los músculos eran duros y tan desconcertantemente masculinos.

—Probablemente debí escucharte desde un principio cuando me pedías que me alejara de ti —explayó—. Los dos corremos peligro cuando estamos juntos.

—¿Tan rápido te das por vencida? —replicó él, arrugando el ceño tras la sensación de frío y calor.

Levantó la vista de golpe.

—¿Acaso no era eso lo que querías?

—Ya no sé qué es lo que quiero, cafetera.

Le entregó el paño con los cubos de hielo para que él continuara presionándolo contra el abdomen.

—Pues yo te lo haré simple —dijo—. Hasta hace un día confiaba ciegamente en la magia del café, en que podía ayudar a las personas a través de él. Pero me he dado cuenta que no siempre es así, y este es uno de esos casos. ¡Madre mía! ¡Ni siquiera sé cómo puedo ayudarte! —Exclamó—. No puedo ir contra el destino. Lo que deba suceder, sucederá —soltó una maldición—. ¡Es una mierda saber lo que no deberías saber! ¿Quién soy para creer que puedo modificar el futuro?

Dante chasqueó la lengua.

—¿Te sientes bien? —Preguntó—. Creo que deberías ir a descansar un poco.

Ella se cruzó de brazos y lo miró boquiabierta.

—Nunca me sentí mejor. Ahora veo las cosas con mayor claridad. ¿Sabes? Me he esforzado para ser buena en lo que hago, para ayudar a las personas, pero ese poder ha hecho que siempre me ubique en el último rincón del tacho —abrió grande los ojos—. Voy a dejar la cafetería para explorar el mundo.

—Vale, ahora sí me estas asustando —repuso él, dejando el paño a un costado.

—Si no hubieras aparecido seguiría aferrada al pasado. ¡Cómo no lo

vi antes! Tú ya no eres el mismo. Tú has seguido adelante con tu vida — musitó—. Tal vez... tal vez eras tú el que debía salvarme.

Dante le sujetó una mano y la tironeó hacia él.

—Comprendo que no debe ser fácil asimilar que estuviste cerca de la muerte, pero deberías ir más despacio.

—¿Más despacio? —Repitió—. ¿Veintiséis años te parece poco tiempo? Esperaba algo que ahora sé que nunca tendré —ella se apartó, y abrió el recipiente donde estaban los granos de café, cogió un puñado y lo arrojó hacia arriba—. No más café —dijo con la voz quebrada—. El café no volverá a dirigir mi vida.

Dante se puso de pie y se le acercó de una zancada. La rodeó con los brazos y la inmovilizó.

—Juro por Dios que quisiera entender cada palabra de lo que estás diciendo y darte una solución, pero lo único que se me ocurre hacer es abrazarte —la apretó contra su pecho—. ¿Qué es lo que quieres, nena?

«A ti. Es a ti a quien quiero». Levantó la cabeza y clavó los ojos en su boca. En ese momento era él y ella. Intercambiaron miradas en silencio y una tención ardiente que era indomable, húmeda y latente los atrajo. Sus labios se unieron en un beso que le sabía tan familiar que su boca respondió al instante. No supo quién había dado el primer paso, él, ella o ambos a la vez. Lo besó con pasión y se perdió en la creciente urgencia del contacto. Dante le lamó la boca, la reclamó, la poseyó tan completamente que no supo donde acababan sus labios y empezaban los de él. Subió las manos por su pecho y le rodeó el cuello con los brazos, aferrándose a él, perdida en el fuego de sus besos y en sus caricias. Ella soltó un gemido cuando retrocedió y chocó la espalda contra la nevera. Pero no fue un obstáculo para que él se apartara.

Dante deslizó la mano desde la nalga hasta el muslo para que ella pusiera la pierna sobre la suya. Los dos sonrieron llenos de complicidad como si no estuvieran en una fiesta llena de invitados, como si su novia no estuviese en la habitación continua. Lo besó con más fuerzas, como si quisiera que no se detuviera nunca, aun segura de que estaba mal.

—Oh, Dany...

—Quise hacer esto desde que te vi —murmuró él, con la voz ronca y áspera.

Él la presionó contra su miembro asombrosamente grande y duro. La electrizante intimidad la hizo temblar de pasión entre sus brazos. La boca de él abandonó la suya para buscar su cuello. Ella se aferró de sus hombros

mientras Dante se contorneaba contra su cuerpo, excitándola, llevándola al límite.

—¡Oh, Dios mío! —Gritaron—. Lo siento, yo no sabía...

Después de un momento de pasión, la vergüenza se apoderó de ella cuando observó a Filippa parada en la puerta de la cocina. Que los descubrieran en esa situación era como si les hubieran echado encima un balde de agua helada y traído de regreso a la realidad. Él la soltó con tanta brusquedad que ella tuvo que sujetarse de la nevera para no perder el equilibrio.

—No sabía que entre ustedes... no vi nada... ya me voy —musitó Filippa, antes de desaparecer.

Ella se acomodó el vestido y al notar que él no iba a decir nada al respecto de lo que acababa de suceder entre ellos, tomó el primer paso y dijo:

—De mi boca no saldrá una palabra, no te preocupes. Cualquiera comete un error y esto evidentemente fue un error.

Dante se lavó la cara con agua fría y luego se puso la camisa. La miró molesto como si ella hubiese sido la única responsable del beso.

—Tú también me besaste —le recordó ella.

Él se le acercó y volvió a arrinconarla contra la nevera.

—Durante todos estos años había pensado que había sido un sueño. Que estaba equivocado al creer que tú y yo...

La expresión de él se endureció hasta reflejar sombría indignación. De repente, el corazón se le aceleró. Ella lo apartó y puso la máquina de café a funcionar.

—No sé de qué hablas.

Dante la cogió del brazo y la volteó hacia él.

—Esa noche... nosotros. Estoy seguro que sí... tu boca, tu piel... es la misma sensación. ¿Por qué me lo sigues ocultando?

—¡Aquí estás, cariñó! —Los interrumpió la flamante novia—. Sabes que no me gusta que me dejes sola entre personas que no conozco.

Ellos se alejaron de un tirón.

Él se aclaró la garganta y sonrió.

—Lo siento, nena —masculló, a la vez que se llenaba un vaso con agua—. Estábamos... ¿Qué calor, no? Te presento a Magnolia, una vieja amiga de la infancia —señaló a su novia y siguió—: Y ella es...

—Chloe, su mujer.

Chloe la estudió con la mirada, como si ella fuese una amenaza. No

era estúpida para no darse cuenta que en el ambiente había una tensión extraña. Ella se pasó una mano por el pelo y se cruzó de brazos para que no notaran como las manos le temblaban.

—Un placer Chloe —dijo—. Hasta hace un momento hablábamos de ti.

Dante tuvo un pronunciado ataque de tos cuando se ahogó con un trago de agua.

—Oh, tú eres la mujer del rayo. Que suerte que mi Dante se encontraba cerca para llevarte al hospital. ¿Verdad, cariño?

Él asintió con la cabeza.

—Sí, es cierto. Todo sucedió después del entierro de mi padre.

Chloe hizo un gesto de tristeza y extendió un brazo para coger una mano de su novio.

—Me hubiera gustado haber llegado antes para acompañarte, cariño.

Él le apretó la mano y se la besó.

—Lo que importa es que ya estás aquí.

Sintió náuseas al ver que él actuaba como un maldito diplomático. ¿O le molestaba saber que él no le pertenecía? Lo peor era que lucían muy bien juntos. Hizo un gran esfuerzo para sonreír y demostrar que nada pasaba. Ella era buena para fingir que nada pasaba.

—No quiero sonar grosera, pero dado que esta es mi fiesta, debo seguir atendiendo a los invitados.

Chloe agitó una mano en el aire.

—No te preocupes por nosotros.

Ella se volteó y respiró hondo. Se detuvo en el umbral de la puerta cuando Dante la llamó.

—¿Sí?

—Luego retomaremos la conversación sobre las reformas que planeas hacer en la cafetería. Vas a tener que darme todos los detalles.

Si él se refería a volver a tocar el tema sobre la noche que hicieron el amor, estaba completamente errado. Había quedado en el pasado, como el beso que acababan de darse.

—¿Reformas? No sé de qué hablas.

Él apretó la mandíbula.

—De los arreglos que planean hacer en la cafetería —explayó, a través de los dientes.

—Seguramente hablaste con Lorenza, no conmigo.

Dante sonrió mordaz al ver que ella no daba el brazo a torcer.
—Sí, probablemente haya hablado con ella.

9. CAFÉ ASIÁTICO

Su base está formada por dos capas compuestas por un expresso largo y leche condensada, en las mismas proporciones. Por encima de esa base, se añade una capa de alcohol, que se forma con un poco de [Brandy](#), y flameados con un poco de canela.

UN VOLCÁN a punto de entrar en erupción, así era como se sentía. ¿Por qué había dejado que los impulsos la dominaran? ¡Joder! Ella era débil. ¿Por qué no debía haber experimentado aquella oscura y prohibida sensación que él le había mostrado? Porque cada acto tenía su consecuencia y ella saldría lastimada. Estúpida, estúpida y estúpida. Evitaría por todos los medios posible hallarse a solas en una misma habitación con Dante Greco. No cometería el mismo error dos veces. En lo más profundo de su ser, ella lo quería creer. Exhaló una bocanada de aire y alzó el mentón. Siguió caminando hasta que de pronto, Filippa la cogió del brazo y la hizo a un costado.

—Juro que hice todo lo posible para que Chloe no entrara a la cocina —murmuró su empleada.

Sonrió incómoda.

—No te preocupes, ella no vio nada —carraspeó—. En cuanto a lo que tú viste...

—No necesito ninguna explicación —la interrumpió—. Lo que vi en la cocina, habla más que mil palabras.

—Eso no volverá a pasar.

Filippa se encogió de hombros.

—Si tú lo dices.

—Hablo en serio.

—Vale, pero se notaba que lo disfrutabas.

Sus mejillas tomaron temperatura.

—Nadie debe enterarse de lo que viste.

—Soy una tumba.

Respiró aliviada.

—Gracias.

—Ahora que está todo aclarado, debo seguir atendiendo a tus invitados —dijo—. Aunque a uno tú ya lo has atendido más que bien —agregó, cerrándole un ojo.

Ella meneó la cabeza y sonrió.

—Gracias.

—Ya me lo agradeciste —musitó Filippa, al tiempo que se alejaba.

Dejó caer el cuerpo en la silla, agotada, y se masajeó las sienes con las yemas de los dedos.

—Pareces cansada, cariño —comentó Noni.

No quería preocupar a su familia más de lo que ya lo había hecho.

—Estoy bien, es solo un poco de dolor de cabeza —extendió un brazo por encima de la mesa y apoyó la mano sobre la suya—. Gracias por la fiesta. Stella acabó su Martini y también unió su mano con las de ellas.

—¿Sabes qué te hará sentir mejor?

Regresar una hora atrás en el tiempo y evitar cometer el mismo error de dejar que Dante Greco nublara su buen juicio. Pero ella respondió:

—¿Beber lo que estás tomando?

—Bailar.

—¿Cómo dices?

—Bailar te hará sentir mejor —repitió Stella.

—Y mira que bien está bailando Enzo —murmuró Lorenza, más animada de lo normal—. Deberías bailar con él.

Frunció el ceño.

—¿Qué? ¡No! No quiero bailar. No, Noni no hagas eso, no...

—¡Enzo! ¡Enzo, cielo, ven un momento! —Lo llamó, a pesar de sus negativas—. Saca a bailar a mi nieta.

Él salió de la pista improvisada que se había armado en medio del Mama Kaffa y se dirigió hacia la mesa en dónde ellas estaban. Le ofreció la mano al mismo tiempo que dibujaba una sonrisa en los labios.

—No escuches a mi abuela. Ella no sabe lo que dice —se excusó—. No sé bailar. Lo juro. Tengo dos pies izquierdos.

Él rechazó su negativa, le sujetó la mano y la levantó de la silla, luego la trasladó a la pista.

—Deja que sea yo quien lo juzgue.

—No te preocupes, Magia, nosotras nos encargaremos de Bianca — alcanzó a oír a Stella entremedio de los murmullos.

Arrugó el entrecejo. ¿Bianca? Observó hacia atrás por encima del hombro y halló a su vecina uniéndose a la fiesta. Que la tierra la tragara si

ella la veía bailando con su ex novio. Enzo puso una mano en su cintura y con la otra, entrelazó los dedos con los suyos.

—No lo haces tan mal como crees —comentó él, haciendo que diera un giro completo—. Un poco más de práctica y lo harás extraordinariamente.

—Deberíamos bailar más separados —susurró.

Él la miró confundido.

—¿Acaso hice o dije algo que te ha ofendido?

—Bianca está aquí.

El rostro de él palideció.

—¿Aquí? —repitió, mientras la soltaba y daba un paso atrás.

Ella asintió con la cabeza.

—Deberías hablar con Bianca y dejarle en claro que tú continuarás con tu vida —le aconsejó.

—Y luego verás mi cabeza flotando en el mar —replicó.

—Tal vez a ella ni siquiera le importe si decides volver a enamorarte —intentó animarlo—. Además, no deberías dejar que nadie te diga lo que debes hacer. Sé que tú puedes hacerlo. Si quieres, podría prepararte mi poción de café especial que te ayudará a despertar la valentía que tienes oculta dentro de ti.

—Saldré a tomar un poco de aire.

Ella lo siguió por detrás.

Enzo sacó un atado de cigarrillos del bolsillo del pantalón y se encendió uno, le dio una calada y exhaló una bocanada de humo.

—Bianca está loca —dijo él, al tiempo que le daba otra pitada al cigarro.

Ella se paró a un lado de él y le apoyó una mano en el hombro.

—¿En qué diablos pensabas cuando decidiste salir con ella? —le cuestionó.

—¿Qué ella era muy guapa?

Puso los ojos en blanco y sonrió.

—Si quieres volver a enamorarte tendrás que enfrentarla alguna vez —dijo, pensando en el futuro de Filippa—. ¿Lo sabes verdad?

Él le dio la última calada a su cigarro y luego lo apagó con la suela del zapato.

—Lo sé, y por eso me disculpo por lo que voy hacer.

Que Enzo la tomara del rostro y la besara a la fuerza, era algo que no había visto venir. Sí él había confundido su amabilidad con coqueteo estaba

totalmente errado. Ella le mordió el labio inferior para que la soltara. Él dio un paso atrás, llevándose una mano a la boca.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le cuestionó.

—Eso mismo me pregunto —rugieron a sus espaldas—. ¿Quién te crees que eres para besar a mi novio?

—Ex, ex novio —corrigió Enzo a su vecina.

Abrió grande los ojos verdes. Eso no podía estar sucediéndole. Tener a Bianca como enemiga, era como estar dentro de una jaula junto a un león hambriento. ¡Madre mía! Pero si eso le pasaba por querer ser una buena samaritana. ¿Cuándo dejaría de figonear en donde no la llamaban? Se giró hacia ella para darle una explicación y lo que recibió fue una bofetada.

—¡Por un demonio! —Gruñó llevándose una mano a la mejilla—. ¿Qué diablos te ocurre?

Enzo se puso entremedio y la salvó de no ser devorada por el león. Aunque él era el culpable de meterla en todo ese embrollo.

—¡Ya detente Bianca! —Gritó Enzo—. Lo nuestro se acabó y no soy de tu propiedad.

—¡No puedes cambiarme por esta insulsa cafetera! —chilló.

Echó el rostro hacia atrás con el entrecejo arrugado. ¿Insulsa? ¿En serio? Dado a la posición en la que se hallaba prefirió no intervenir.

—Tú terminaste conmigo Bianca —dijo él—. Y ya no volveré a ser tu payaso.

Las fosas nasales de Bianca parecían echar humo.

—Quítate del medio así le enseño a esta perra que no puede meterse con mi hombre.

Enzo se mantuvo pegado a ella y recibió un par de golpes en su lugar. Su indignación era tan grande que no pudo mantener la boca cerrada.

—¡No te he quitado a ningún hombre! —Exclamó—. ¡Los hombres huyen de ti!

—¡Tú lo besaste!

En realidad, él la había besado a ella. Se oyó un murmullo de conversaciones cargado de sorpresa, y fue ahí cuando supo que tenían un avivado público observándolos detrás de los ventanales de la cafetería. ¡Estupendo! Ahora toda la villa hablaría de lo que acababa de ocurrir.

—Ya has hecho suficiente por hoy Bianca —dijeron en un tono firme a sus espaldas—. Si no regresas ahora mismo a tu casa y te das un baño de agua helada, te aseguro que estarás en grave problemas.

Si creía que su vergüenza no podía ser peor, bien, se había equivocado.

Bianca chasqueó la lengua.

—Pero mira quien ha regresado: Dante Greco —murmuró—. Había olvidado que siempre fuiste su guardaespaldas.

Él le lanzó fuego con la mirada.

—¡Largo, Bianca!

—Como ordenes, guapetón.

Bianca pasó por su lado y la empujó con el hombro.

—Esto no quedará así, linda —le advirtió.

Ella estaba segura que así sería. Respiró aliviada cuando se alejó, y no fue la única quien lo hizo. Enzo había vuelto a tomar color en las mejillas.

—Lamento lo que acaba de suceder, Magnolia. Todo se me fue de las manos —se disculpó.

Apretó los labios y le dio un golpe en el pecho con el puño cerrado.

—¿Tú me besaste por qué sabías que Bianca nos estaba mirando?

Él asintió.

—Quería comprobar tu teoría de que tal vez a ella ya no le interesaba mi vida amorosa.

Bueno, había visto que no era así.

—¿Y tuviste que aplicar mi teoría conmigo? —replicó.

—¿Te encuentras bien?

Pero el peor de sus males lo tenía a sus espaldas. Giró los talones y sonrió.

—Sí, solo recibí un rasguño. Pudo ser peor.

Dante se metió las manos en los bolsillos del pantalón y se balanceó hacia ella.

—¿Qué diablos te sucede al acercarte a unas de las marionetas de Bianca? —Le reprochó—. ¿Y es cierto?

—¿Qué cosa?

Él resopló con muy poca paciencia.

—Que ella los atrapó besándose.

Entornó los párpados. Vale, tal vez parecía que ella iba por la vida besando a hombres como si fuese el fin del mundo. Puede que no estuviese bien visto, sobre todo porque hacía solo un momento ellos se habían besado. Pero que él le hiciera ese planteo teniendo a su novia a pocos metros, la enfureció.

—Sí.

—¿Sí? —Repitió, asombrado con la respuesta—. En ese caso, debí dejar que solucionaran el problema entre ustedes.

Alzó la barbilla y enarcó una ceja.

—Nadie te pidió que intervinieras.

Él se humedeció el labio inferior con la lengua.

—Claro, porque tu nueva conquista lo iba hacer —dijo, cuando Enzo se alejó de ellos—. Tuviste suerte de que él no se mojara en los pantalones.

Apretó los puños a los costados del cuerpo para no estallar.

—¿Podemos irnos a casa, cariño? —Farfulló Chloe, rodeando el brazo de su novio—. Si te pones algo frío en el rostro tal vez te ayude a que no se te inflame demasiado —le aconsejó.

—Lo tendré en cuenta.

Dante sujetó el mentón de su novia y la besó delante de ella. Apartó la vista hacia un costado. Él era de manual. «Idiota».

—Gracias por intervenir, Dante —dijo Enzo, cuando se arrimó otra vez—. A veces Bianca es un poco intensa.

—Deberían ser más cuidadosos en elegir lugares para mostrar su afecto.

«¿Tal vez en una cocina?», pensó ella.

—Oh, cariño, que cosas dices —gimió la bella Chloe—. El amor es libre de exhibirse en cualquier sitio, ¿verdad, Magnolia?

Ella asintió con la cabeza.

—Había planeado dar un paseo en el yate de papá mañana, si quieren venir, están invitados —les ofreció Dante.

—No podemos...

—Nos encantaría —se apresuró a responder Enzo.

Ella le dio un codazo en las costillas por abrir su gran boca.

—Estupendo, nos vemos mañana —dijo Dante, antes que ella pudiera negarse.

Sintió un gran alivio cuando se despidió del último invitado. Apartó los globos que estaban en el suelo con el pie. Lo peor de tener que dar una fiesta, era tener que limpiar después. Dejó caer el cuerpo en la silla y cerró los ojos.

—Lo siento, lo siento y de verdad lo siento —musitó su empleada con

la voz afligida.

En ese instante, regresar a la cama del hospital no le parecía una mala idea. Abrió un ojo a la vez.

—¿Qué es lo que lamentas?

Filippa corrió una silla y se sentó a un lado de ella.

—Lamento que Bianca te haya golpeado.

—Tú no tienes la culpa de que mi vecina sea una psicópata.

Filippa se cubrió el rostro con las dos manos.

—De hecho, si la tengo. Soy responsable de que Bianca te haya golpeado.

Se reclinó en el asiento y sonrió.

—Si hubiera que buscar a otro responsable, ese sería Enzo. Él fue quien me besó —y dado a lo que su empleada sentía por él, se sintió en la necesidad de aclarar—: Beso que no significó absolutamente nada.

—Es mi culpa, porque yo fui quien le pidió a Enzo que sí quería que entre nosotros hubiera algo, primero se debía buscar a un conejito de india para tantear el terreno con su ex novia —le contó—. Porque no quería mudarme a otro lugar por ella. Le imploré que dejara de comportarse como un cobarde. Es a mí a quien Bianca debió golpear, no a ti.

Ella apoyó la mano en su hombro para tranquilizarla.

—Pare empezar, Bianca no debe golpear a nadie. Ella es la que debe disculparse, no tú —le dejó en claro—. ¿Con que tú y Enzo ya han pasado al siguiente nivel? —preguntó en un tono guasón.

—Al mismo nivel que pasaste tú y el muchacho Greco.

—Touché, querida, touché.

—Si el beso de Enzo arruinó lo que ustedes habían empezado a tener... tal vez yo debería...

Ella se sirvió un poco de limoncello en la copa y bebió un sorbo.

—No frustró nada porque entre nosotros no hay nada.

—Pero eso no fue lo que vi en la cocina —insistió—. ¿Qué es lo que pasa entre ustedes?

—¿Qué pasa con quién? —quiso saber Alissa cuando ingresó a la cafetería.

Ella se acabó el limoncello de un solo trago.

—¡Lissy! —Exclamó—. Pensé que ya te habías ido.

Alissa se unió a la mesa y se quitó los zapatos, luego se masajó la planta de los pies.

—Llevé a mi madre a la casa para que descansara —dijo—. A ella le hizo bien salir un poco y despejarse.

—Me alegra oír eso —repuso—. Y por suerte no estuvo cuando Bianca apareció.

—¿De qué me perdí?

—Bianca golpeó a Magnolia —le contó Filippa.

Alissa arrugó el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque la encontró besando a Enzo.

Alissa la miró de abajo hacia arriba.

—Wow... —aplaudió—. ¿Enzo? ¿En serio? ¿El que tiene un cuerpazo?

Puso los ojos en blanco.

—No es lo que parece.

—Enzo la besó porque yo se lo pedí —relató Filippa—. No le pedí que la besara a ella, pero él eligió a Magnolia.

—Enzo y Filippa están teniendo un romance —agregó ella.

Alissa miró a Filippa por encima del hombro.

—¿Y te gusta pedirle a tu pareja que bese a otras mujeres? —Levantó una mano—. Puedo ser voluntaria para besar a Enzo. ¿Acaso han visto sus abdominales?

—Lo que Filippa intentaba hacer era buscar que Bianca descargara su furia con otra mujer y no con ella. Y resulta que yo fui esa mujer.

—Pero tu hermano apareció en el momento justo y la salvo.

—¿Dante?

—¿Tienes otro hermano? —masculló ella, sirviéndose otra medida de lemoncello.

Alissa deslizó un brazo por encima de la mesa para coger la botella de licor y alejarla de ella.

—Creo que por hoy ya has bebido suficiente.

Ella se reclinó en la silla y la miró boquiabierta.

—¿Tú crees? Porque desde mi perspectiva, que te caiga un rayo y estar a un paso de la muerte, hace que lo tenga más que merecido —se llevó el dedo índice a la mejilla y siguió—: Y sin contar que en mi propia fiesta de bienvenida me golpeó una mujer desequilibrada, y tuve que conocer a la novia del hombre que amé toda mi vida y obligarme a sonreírle, simulando que ella me agradaba. Por lo tanto, una botella de lemoncello no será

suficiente.

Alissa le devolvió la botella.

—Deberías beber algo más fuerte.

—Solo estoy calentando.

—También olvidaste mencionar la parte en la que casi Chloe te atrapa besando a su novio —agregó Filippa.

Ella se atragantó con el licor.

—¡Qué el infierno te lleve, Magia! —Chilló Alissa, golpeando la mesa con la palma de la mano—. ¿Acaso no ibas a contarme que te besaste con mi hermano?

—No fue nada importante —se excusó.

—Mentirosa —dijo por lo bajo Filippa.

—Tú ya cierra esa maldita boca —gruñó ella.

Alissa hizo una mueca.

—No vuelques tu frustración amorosa con tu empleada.

—Deberías luchar por tu hombre —siguió Filippa, como si no le importara que pudiera perder el empleo.

—Gracias, pero no les he pedido ningún consejo —repuso, empujándose la botella en un trago largo, luego se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Nunca te creí cuando decías que mi hermano te había dejado de importar.

—Pues él no me importa —repuso—. Además, Dante hace una buena pareja con su novia modelo.

—Él no parecía pensar lo mismo cuando te besaba en la cocina teniendo a su novia a pocos metros —le recordó Filippa.

—¿Ya puedes dejar de repetir eso? Lo que viste, no volverá a suceder.

—¿Por qué no? —Cuestionó Alissa—. Siempre tuve la fantasía de que fueras mi cuñada. Chloe es una perra escala posiciones. Una oportunista que no pensará dos veces en dejar a mi hermano si se presenta un hombre con más poder que él. Seguramente a Dante no le importaría, pero está perdiendo el tiempo estando con una mujer a la cual no ama.

—Lo que él haga con su vida ya no me importa —continuó—. A la única persona a la que ayudaré ahora en adelante, será a mí misma. No habrá más instinto, no habrá más borra de café y no volveré a inmiscuirme en el futuro. Me mantendré alejada de Dante Greco. El café me señaló que él corría peligro, pero al querer ayudarlo la que se expone al peligro soy yo. Es injusto

que él aparezca de repente y ponga mi vida patas para arriba —alzó el mentón y sonrió—. Acabo de decidir que también voy a alejarme del Mama Kaffa. Me iré del pueblo y exploraré nuevos lugares: Pekín, El Cairo, Nueva York, hasta Sudamérica.

Alissa hizo una mueca.

—Que paradójico, tú decides irte ahora del pueblo cuando yo decido quedarme.

Frunció el ceño.

—¿Qué pasará con tu carrera de modelaje?

—Me he dado cuenta que no me hace tan feliz como creía. Quiero hacerme cargo de la plantación de limones. Mi hermano se irá en unos días y mi mamá necesitará ayuda —contestó—. Además, aquí siento que puedo ser yo misma.

Filippa chasqueó la lengua.

—Pues el mundo del modelaje perderá a una gran belleza.

Alissa se rio.

—Dudo que lo noten.

Ella sirvió lemoncello en otras dos copas y se las entregó a sus amigas.

—Brindo para que cada una encuentre su camino.

—Amén —dijeron las tres al chocar los cristales.

Anetta las interrumpió cuando apareció por la puerta trasera de la cafetería.

—Qué bueno es verlas a todas juntas —murmuró, sosteniéndose del escobillón—. Habrá más manos que ayuden a limpiar este desastre.

Alissa se aclaró la garganta.

—Lo siento, pero Lorenza me está esperando.

—¿Por qué mi abuela te está esperando?

—Que tú no quieras saber nada del futuro, no significa que yo tampoco lo quiera. Necesito que Lorenza me lea la borra de café para estar más segura de las decisiones que tomaré pronto.

Filippa se levantó de la silla y se acabó el lemoncello de la copa de un solo trago.

—A mí me gustaría ayudarte Anetta, pero hay un hombre que espera ser recompensado luego de haberse enfrentado a su ex.

—Hombre que hizo que golpearan a mi hija.

Filippa pasó por el lado de su madre y le dio un beso en la mejilla.

—Obviemos esa parte, ¿vale?

Anetta desvió la vista hacia ella.

—¿Y qué me dices tú, cariño?

—Merezco un descanso, acabo de salir del hospital.

Anetta entornó los párpados.

—Me encargaré sola de que todo quede impecable, pero ustedes están huyendo como ratas.

—¿Te sentirías mejor si te preparo un café asiático?

10. CAFÉ ESCOCÉS

*Está compuesto por una capa de whisky, y otra de café frío.
Para finalizar, se le agrega una bola de helado de vainilla*

TODAVÍA no se explicaba cómo se había dejado convencer para salir a navegar en el yate de la familia Greco un día domingo tan temprano. La noche anterior aún le pasaba factura de todo lo que había bebido. Sintió una punzada de dolor en las sienes.

—Quita esa cara, será divertido —murmuró Filippa.

Ella la miró por encima del hombro, a la vez caminaban por el embarcadero.

—Lo dirás por ti —replicó, haciéndose un nudo con la camisa a la altura del ombligo—. Tú estará acompañada por Enzo mientras navegamos en el medio del mar, y yo tendré que soportar a la pareja feliz.

—El café te advirtió que Dante estaba en peligro y esa es la razón que te trajo al yate, ¿recuerdas?

—Pero también dije que no me iba a preocupar más por él.

Alissa levantó los brazos por encima de la cabeza desde el navío cuando las vio acercarse. Era un barco con cabina bien equipado. La familia Greco lo mantenía en buen estado.

—Admite que Dante te sigue importando y deberías tratar de conquistarlo antes que desaparezca otra vez de tu vida —le aconsejó.

—¡Madre Santa! Nunca debí dejarme convencer —se quejó en voz alta.

—¿Y es por eso que te pusiste tu mejor bañador?

Ella hizo un gesto despreocupado.

—Fue el primero que encontré —mintió. Se había probado todos los bañadores hasta hallar el que mejor le quedaba. Competir con Chloe, que era modelo, no le hacía el trabajo más sencillo. Aunque técnicamente no era una competencia porque ella no buscaba ningún tipo de relación con Dante Greco. Lo que ella estaba haciendo se lo podía describir como su último acto de una buena samaritana, antes de embarcarse con su nueva experiencia de recorrer el mundo. Sí, era solo eso.

Filippa ladeó la cabeza y entornó los ojos como repuesta.

—El bañador rojo va muy bien con tu bronceado y tus ojos verdes, apuesto a que Dante Greco también lo notará.

Se mordisqueó el labio inferior para disimular la sonrisa que no pudo evitar al oír ese comentario. Y se sorprendió al notar su lado coqueto.

—¡Lissy! —Gritó, cuando se arrimaron al barco—. ¿Recuerdas la última vez que navegamos?

Alissa se acomodó el sombrero y las ayudó a subir a la proa.

—¿Cuándo perdí una apuesta y tuve que meterme al mar sin ropa? —Contestó—. Sí, claro que lo recuerdo.

El corazón se le detuvo cuando Dante salió de la cabina y el viento acariciaba su cabello.

—Agradecería que evitaran tocar temas en donde mi hermana aparece desnuda.

Alissa hizo un mohín.

—He oído cosas peores de ti —respondió—. Y podría empezar con lo que escuché ayer...

A Alissa se le escapó un grito de la boca cuando le apretó el brazo con fuerza para que se callara.

—Uff... —gimió, pasándose una mano por la frente—. Que calor que hace —comentó, para llamar la atención de él—. Nos ha tocado un buen día y tú no estás vistiendo como diplomático. ¿Te sientes bien? —lo provocó.

Él se había sacado sus trajes caros, para usar una musculosa blanca que le quedaba un poco chica y si levantaba el brazo, se le veía el ombligo. Pero lo más llamativo era su bermuda verde flúor.

—No planeaba quedarme tantos días. Mi madre me ha dado alguna ropa vieja que solía usar de crío y ella guardó.

—Bueno, esto dice una sola cosa, que has regresado con algunos kilos de más —se mofó.

En realidad, él no estaba excedido de peso, había trabajado sus músculos deliciosamente. Dante se levantó la musculosa y se tocó su torneado abdomen.

—Sí, debo haber regresado con algunos kilos de más —replicó, sarcástico.

—Si apartas la vista de él ahora mismo, su novia no notará que te lo estás comiendo con los ojos —le susurró Filippa al oído.

Ella ni siquiera había notado la presencia de Chloe. Carraspeó. Abrió el bolso e hizo que buscaba algo más importante que estar mirando a Dante Greco.

—¡Ya estamos todos! —Chilló Chloe, rodeando los hombros de su

novio con un brazo—. Estoy segura que vamos a divertirnos —dijo en un tono sobreactuado.

Alissa sacó una cerveza de la conservadora y bebió un trago.

—Para que fuese más divertido tú te tendrías que haber quedado en Londres.

Chloe se rio incómoda.

—Había olvidado de lo bromista que suele ser a veces tu hermana.

Dante le dio un beso rápido en los labios y sonrió.

—Tranquila nena, sus pullas siempre son contra mí —él le lanzó a su hermana una mirada de advertencia—. Bien, ya que estamos todos, deberíamos irnos.

—No podemos —dijo Filippa—. Enzo aún no ha llegado.

—Ni siquiera había notado que él no estaba —expresó—. Lo extraño es que tú seas la que se dio cuenta y no su novia —murmuró Dante, observándola de reojo.

«Enzo no es mi novio», quiso gritarle. Pero había algo en él que parecía molestarle que en su vida hubiera otro hombre, y eso le divirtió. Se cubrió los ojos con las gafas oscuras y suspiró.

—Digamos que él ya cumplió con su horario de visitas. Después de haber pasado toda la noche juntos y que él fuera tan atento conmigo, ¡y vaya que lo fue! Tiene permitido no venir si no quiere —¿de su boca había salido eso? Pero aún no había acabado—: Debe reponerse para el segundo raund.

Chloe soltó una risita.

—Bien por ti cariño, no parecías ser tan... glotona.

La sonrisa del rostro de Dante desapareció automáticamente.

—Iré a chequear otra vez que todo esté bien antes de zarpar.

Chloe siguió a su novio por detrás.

Tanto Filippa como Alissa volcaron toda su atención sobre ella cuando quedaron a solas.

—¿Toda la noche? ¿En serio? —le cuestionó su empleada.

Alissa chasqueó la lengua.

—¿Entonces no era cierto?

—¡No! Y ni siquiera sé porque dije todo eso.

Alissa le pasó una cerveza helada.

—Porque te gusta la idea de que mi hermano se ponga celoso.

—Podría disfrutar este momento con ustedes si el hombre que intentan usar para esta artimaña no fuese mi novio —murmuró Filippa.

Alissa la señaló con el pico de la botella.

—¿Tú no fuiste la que le pidió a tu novio que besara a otra mujer?

Dejó caer el cuerpo en los asientos acolchonados que estaban en la popa.

—Sabía que no debía venir —dijo, observando la nada misma.

Sus amigas se miraron entre ellas y luego se sentaron a un lado de ella.

—Deberíamos aprovechar un día como este para divertirnos — comentó Alissa, apoyando una mano en su rodilla—. ¿Crees que tendremos otra oportunidad como esta para estar juntas? Probablemente la próxima vez caminemos con bastón.

Ella esbozó una media sonrisa.

—Espero que no sea así.

—Y como yo soy la más joven entre ustedes, ofrezco poner mis brazos para ayudarlas a caminar —añadió Filippa.

Alissa se acomodó sus gafas de sol.

—¿Quién ha dicho eso?

Ella se aclaró la garganta.

—No lo sé, creo que ha sido mi empleada y si hace otro comentario similar, seguramente lo va a dejar de ser.

—¡Oh, vamos! —Gimió Filippa—. Creí que ya habíamos pasado esa etapa y ahora formaba parte del grupo.

—Solo si me prestas a tu novio por una noche —farfulló Alissa.

—¡Ja! Muy graciosa.

Ella se encogió de hombros.

—Pues yo ya lo besé.

El paseo había sido toda una pasada. Habían navegado alrededor de la rivera que rodeaba Cinque Terre. Pueblos que habían sido construidos hacía siglos para frenar y resistir los ataques de piratas y bárbaros debido a lo inaccesibles que estaban. En la actualidad, las aldeas se conectaban a través de trenes, barcos y un sendero angosto. Ellos tomaron unos cocteles después de un almuerzo ligero que habían comprado en un restaurante de la costa en base de brocheta, ensalada de arroz, queso, fiambres, focaccia con pesto y fruta fresca. Luego anclaron el yate y se bañaron en la bahía de Monterosso. Desde el barco se podía disfrutar otro tipo de vista de las terrazas y las casas

coloridas que estaban sobre los empinados paisajes, hasta los acantilados que daban al mar.

Había hecho todo lo posible para mantenerse alejada de Dante, a pesar de que se encontraban en un espacio reducido. Si él estaba en la cabina, ella se dirigía a la proa. Él iba a la proa, ella se las ingeniaba para estar en la popa. Él la seguía a la popa, ella se arrojaba al mar. Vale, se estaba divirtiendo al pasar tiempo con sus amigos, pero jugar al gato y al ratón con él ya empezaba a aburrirle. Sumado a que Chloe podía parecer una tonta, pero no lo era, y se daba cuenta que entre ellos dos había una energía que no era normal. Una energía que podía explotar de pasión con una sola chispa.

Se recostó sobre la proa y dejó que el sol y la brisa del mar le acariciara, mientras el resto de la tripulación se daba el último chapuzón. Sintió un escalofrío cuando unas gotas de aguas cayeron sobre su abdomen.

—¿Vas a seguir evadiéndome?

Debió imaginar que Dante Greco no se daría por vencido. Se levantó las gafas oscuras para mirarlo a los ojos.

—Me tapas el sol.

Él se sacudió el cabello mojado y luego se tendió a un lado de ella.

—¿Sabes que te comportas como una niña de cinco años?

—Y tú como un gilipolla —replicó—. No tenemos nada más de qué hablar.

—¿Ah, no? Pues yo pienso todo lo contrario.

Ella se inclinó hacia delante, apoyándose con los codos.

—Creo que fui clara contigo cuando te dije que tu novia no se enteraría del beso que me diste. Por lo tanto, no debes preocuparte.

Dante alzó una ceja.

—Habrás querido decir el beso que tú me diste.

Achicó los ojos.

—¡Ja! Sí, claro.

Él se puso de costado y apoyó la cabeza sobre el puño, al tiempo que la miraba fijamente, como si estuviera leyendo sus pensamientos. Ella apartó la vista hacia el mar al sentirse intimidada.

—¿Por qué no me dijiste lo que sucedió esa noche entre nosotros?
¿Por qué me dejaste ir sin saberlo?

Ella exhaló una bocanada de aire. Como si haberlo hecho hubiese cambiado algo entre ellos.

—¿Otra vez con lo mismo? Entre nosotros no sucedió nada. ¿Cuántas

veces más debo decirlo? —Gruñó—. En el caso de que hubiera sucedido, cosa que no lo es —remarcó—. No cambiaría nada.

Él se acercó un poco más. Demasiado a su parecer. En la frente tenía un cartel que decía PELIGRO. Corre mientras tengas tiempo.

—¿Alguna vez te imaginaste a nosotros dos juntos?

Sí.

—No.

«Aléjate de él», le advirtió la voz de la conciencia.

Dante cogió un pote de protector solar y se echó un poco en la palma de la mano, luego deslizó la crema despacio por sus hombros sin que ella se lo pidiera. Por más que le costara aceptar, le gustó el modo en como la tocaba. Contrajo los dedos de los pies para descargar toda la tensión.

—Ya... ya t-tengo... tengo protector —tartamudeó.

Él esbozó una media sonrisa.

—Siempre es bueno reforzar. El sol está muy fuerte y no desearía que te quemaras —dijo el muy cínico.

¡Joder! Pero era él quien la estaba quemando.

—Vale, tampoco me gustaría que me quedaran algunas marcas por el sol.

Dante le bajó un tirante del bañador y luego el otro.

—El rojo te va muy bien —dijo, pasando las yemas de los dedos por el contorno de sus pechos—. Pero te verías mejor sin él.

Ella se humedeció el labio inferior.

—¿Tú crees?

—Absolutamente.

Él acercó sus labios a su oído y susurró:

—Deberías voltearte para que pueda seguir con tu espalda.

Estaban tan cerca que podía escuchar sus pulsaciones.

—¿Qué estás haciendo, Dante?

—Poniéndote protector —respondió con picardía.

—A tu novia no le va a causar gracia encontrarte en esta situación.

—No estoy haciendo nada malo.

—No me tomes por idiota.

—¿Qué me dices de Eliot?

—Enzo —lo corrigió.

—Lo que sea —replicó—. El capullo se está tirando a tu amiga. Cree que nadie lo ve mientras la toquetea bajo el agua.

Tragó saliva.

—Tenemos una relación abierta.

Él soltó un bufido.

—Y yo acabo de dejar el alcohol.

—¿Ah, sí?

—Pudiste engañarme al principio, pero ya no cariño.

—Chloe...

—¿Qué hay con ella?

—Eso mismo me pregunto —le replanteó enojada la mujer en cuestión—. Pudiste esperar a que llegáramos a la orilla para ligarte a tu amiga de la infancia.

Tenía motivos para estar enfadada, pero ella no quería estar en el medio, aunque era parte del medio.

—Debería dejarlos solos para que puedan hablar.

—Tú quédate en donde estas —gruñó Chloe.

¡Joder! Y era ahora cuando ella recibía otra bofetada de una mujer molesta por creer que le había quitado al hombre.

—Vale.

Dante se puso de pie y trató de comprarla con su sonrisa seductora.

—No sé qué es lo que crees que viste, pero no es lo que te imaginas —intentó explicarle lo inexplicable.

Revoleó los ojos. Puede que ella no hubiera visto nada fuera de lugar, pero los tres sabían lo que había detrás de todo.

Chloe lo señaló con el dedo.

—Tú no romperás esta relación, seré yo quien lo haga. Y eso será lo que se leerá en todas las revistas.

Dante asintió con la cabeza.

—Se hará como tú quieras.

Error. Esa no era la respuesta que Chloe esperaba. Esperaba que su novio le suplicara que no lo dejara. Ella entró en una especie de histeria y empezó a tirar al mar todo aquello que se cruzaba en su camino. Dante la miró implorando que lo ayudara a calmarla, pero ella prefirió sentarse a un costado y observar toda la escena como espectadora.

—Tú eres el diplomático, sabrás que hacer.

Alissa salió de la cabina con una bandeja con helado y no pudo hacer nada cuando su ex cuñada cogió los potes y los aventó contra su hermano. Alissa atinó a correr hacia ella y desviar los objetos voladores. La miró por

encima del hombro y preguntó:

—¿De qué me he perdido?

—Ellos acaban de romper.

—Creo que es un buen momento para regresar a la costa —comentó

Alissa.

—Sí, eso pensaba.

—¡Es suficiente, Chloe! —rugió Dante, buscando a ciegas un paño para limpiarse el rostro.

Abrieron grande los ojos cuando Chloe dirigió su atención hacia ellas.

—Arrojarnos al mar es una opción —dijo Alissa por lo bajo.

—¡Tú! —chilló.

—¿A cuál de las dos te refieres?

—¿Ahora que he roto con tu hermano estarás feliz, verdad?

—Creo que el problema es contigo —se mofó ella.

—Serías de gran ayuda si pensaras en una solución para librarnos de esta loca —murmuró Alissa, apretando la mandíbula.

—¡Todos los Grecos se pueden pudrir en el infierno! —Chilló—. ¿Sabes? En un momento intenté ayudarte, pero tú no tienes solución, no eres más que un intento de modelo. Gorda, vulgar...

«PLAF». Chloe se resbaló con helado y cayó de espalda contra el suelo.

Alissa soltó una plegaría y se dirigió hacia su ex cuñada.

—Y también puedes agregarle a tu lista que soy una idiota por ayudar a una persona sin alma como tú —añadió, extendiéndole un brazo.

Chloe le rechazó la mano, se puso de pie de un tirón y se metió en la cabina.

La pareja de enamorado se subió al barco luego del chapuzón y dejaron de reír cuando vieron la condición del navío.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Filippa.

—Solo fue una tormenta pasajera —respondió ella.

Se acercó a Dante y dobló los brazos a la altura del pecho.

—¿Me darás un sermón? —le cuestionó él.

—Nunca subestimes a una mujer —se inclinó y untó con el dedo el helado de vainilla que él tenía en la cara y lo saboreó—. Podría preparar un poco de café escocés con lo que sobra.

Dante frunció el ceño, pero pasó por alto el comentario.

11. MI HOMBRE CON AROMA DE CAFÉ

DIO MIL vueltas sobre el colchón para encontrar una posición para dormir, pero cada vez que cerraba los ojos lo único que veía era a Dante Greco. Ella estaba jodida. Se cubrió el rostro con la almohada y gritó. Una suave fragancia a café oriental le llegó a la nariz y la relajó. Se destapó la cara y frunció el ceño. Se parecía a la fragancia que las mujeres de la familia describían que olían justo antes que el amor verdadero entrara a su vida para siempre. Se sentó en la cama de golpe. Que el amor de su vida entrara a su habitación a esa hora de la madrugada, sería un milagro. Las historias que rodeaban a su familia no eran más que mitos. Inhaló otra bocanada de aire para seguir el olor. Sacó las piernas de la cama y la fragancia la llevó hacia la ventana abierta en par en par.

Ella se acercó al alféizar y miró hacia afuera. Dio un paso atrás y se ahogó con un grito cuando observó que alguien trepaba la cañería del desagüe. Se llevó una mano al pecho y el corazón le latía con fuerzas. ¿Qué diablos?

—Magnolia —susurraron.

Se pellizcó el brazo para asegurarse de que no estaba soñando. Parpadeó, y volvió a acercarse a la ventana y miró hacia abajo.

—¿Dante?

Él alzó la vista hacia ella y sonrió.

—¿Qué... que haces aquí? —le preguntó.

—¿Puedes darme una mano? Creo que esta cosa se está separando de la pared.

Ella se inclinó y lo tomó del brazo justo antes que una parte de la cañería quedara tendida en el aire. Él trepó el alféizar y con su ayuda ingresó a la alcoba. Los dos cayeron al suelo y todo el peso del cuerpo de él sobre ella.

—¿Tienes por costumbre entrar por la ventana? —le cuestionó con la voz áspera.

Dante apoyó las palmas de las manos a los costados de su cabeza y la miró fijamente a los ojos.

—Hola...

Apretó los labios, furiosa.

—¿Es todo lo que me dirás?

La sonrisa de él se hizo más ancha.

—Vine a desearte las buenas noches.

¿Acaso él había perdido la cordura? Estuvo a un pelo de caer de un tercer piso y estrellarse la cabeza contra el suelo. ¡Maldito inconsciente!

—Para hacer semejante estupidez debes estar loco o borracho —al tenerlo tan cerca pudo oler que apestaba a alcohol—. Y me inclino por la segunda opción, aunque la primera no está tan desacertada.

Él suspiró y le apartó un mechón de pelo de la frente.

—Eres hermosa, Magnolia —dijo—. Vendré más seguido si es así como te vas a la cama.

Ella percató que solo llevaba ropa interior, y precisamente no era su mejor conjunto. Unas bragas beige de abuela y un sostén que le había tenido que quitar el alambre que levantaba sus pechos porque se los pinchaba. No era lo más sexy que tenía, pero sí lo más cómodo. Ella lo empujó para quitárselo de encima, aunque una parte suya no quería. Se levantó del suelo y buscó la bata de seda que estaba sobre la silla, y se la puso.

—¿A qué viene todo esto, Dany? —Le cuestionó mientras se ajustaba el cinturón de la bata—. Si necesitas llenar el vacío que te ha dejado tu novia, tendrás que buscarlo en otro sitio.

Él se pasó una mano por la boca y se puso de pie.

—De hecho, siento un gran alivio que mi relación con Chloe haya terminado. Lo nuestro no tenía futuro.

—Pudiste esperar hasta mañana para decirme esto —replicó.

—No vine para hablar de Chloe.

Se cruzó de brazos y alzó una ceja.

—¿Ah, no? ¿Entonces puedo saber por qué irrumpes en mi habitación a esta hora de la noche? —Preguntó con más paciencia de la que sentía—. Tienes un minuto para responder y marcharte.

Dante echó una ojeada a la alcoba, caminó hacia el mueble de caoba que estaba a un costado y cogió el portarretrato que tenía una foto de ellos cuando eran chicos. Curvó una comisura de los labios hacia arriba.

—Había olvidado este día.

Ella se le acercó y le quitó el portarretrato de la mano y lo volvió a poner en su lugar.

—Recuerdo muy bien ese día —continuó— me llevé el susto de mi vida cuando encontré la tarántula que pusiste en el retrete de mi baño solo

para divertirte.

Él soltó una carcajada.

—Mis padres me castigaron durante un mes por hacer esa broma —la sonrisa desapareció de su rostro—. A veces lamento haber descubierto la verdad acerca de quién soy, era feliz cuando creía que el señor Greco era mi padre.

Después de ocho años era la primera vez que lo escuchaba hablar de ese tema. Extendió un brazo y ahuecó una mano en su mejilla.

—Dar un esperma no te convierte en padre. Padre es la persona que te ve crecer, el que te da un techo y se ocupa que no te falte un plato de comida, quien se levanta a la madrugada y llama al doctor cuando estás enfermo, el que no se pierde ningún día especial, el que está en primera fila para verte jugar. Si siguiera no podría terminar —dijo—. Eres un Greco, Dante. Y tu padre te amaba. Para él eras su hijo tanto como lo era Alissa.

Dante se aclaró la garganta para desatar el nudo que tenía en la garganta.

—La jodí, Magnolia —musitó—. Viví con tanto rencor y rabia durante tantos años, que no me pude despedir de mi padre. Él se fue creyendo que lo odiaba, pero me odio a mí mismo por las cosas espantosas que le dije la última vez que nos vimos.

—¿Quién no les dijo a sus padres algo espantoso alguna vez? —Replicó—. Él sabía que en el fondo lo amabas, ese amor no se va de la noche a la mañana, y tenías tus razones para estar enojado.

Él hizo una mueca.

—Me demoré ocho años para regresar y ya es demasiado tarde para arreglar las cosas.

—Tal vez no lo sea. Tu madre sigue aquí, y debes hacer las paces con ella. Además, Alissa decidió quedarse para trabajar en la plantación y ellas van a necesitarte. Estoy segura que el señor Greco sería feliz al saber que su hijo cuidaría de las mujeres que más amó.

Dante meneó la cabeza, a la vez que se humedecía el labio inferior.

—Joder, eres buena en esto.

Se encogió de hombro.

—Es el don de la familia Betul, y espera a que utilice mi arma secreta...

—El café. No es tan secreta tu arma —se mofó.

—Debes hablar con tu madre para cerrar esa herida, Dany —dijo,

apoyando una mano en su corazón—. Y no me hagas esa cara de que no entiendes lo que digo. ¿Crees que no me doy cuenta que lo único que has hecho desde que llegaste es evitar a la señora Greco?

Él la miró como si fuese la única mujer del universo y un segundo después, la tenía entre sus brazos. Él la sujetaba firmemente, un cuerpo contra otro. Ella apretaba la cara sobre su pecho, desplegando las manos por su espalda y hundiendo los dedos en ella.

—¿Por qué has venido, Dany? —quiso oír la verdad.

—He venido a darte un beso de buenas noches.

Levantó la cabeza y al mirarlo a los ojos, se sintió en una vulnerabilidad tan pura como el día que descubrió que estaba perdidamente enamorada de Dante Greco. Intentó sonreír.

—¿Por qué haces esto?

La mano de él ascendió hasta su cara.

—No he venido para hablar, cariño.

Él le cubrió los labios con los suyos. Le echó la cabeza hacia atrás y la besó en la barbilla y luego otra vez en la boca. Deslizó la lengua por el interior de sus labios y sus piernas se aflojaron ante la exquisita intimidad. Los recuerdos del pasado la atormentaron. Él se iría pronto y ella quedaría devastada como aquella vez. Juntó fuerza y valor y lo detuvo.

—No puedo seguir —repuso—. Debes irte —le pidió—. Mi madre y mi abuela están durmiendo en la habitación continua.

—No me hagas esto, Magnolia —dijo—. No dejes que me aparte de tu vida otra vez. Si lo que soñé fue real, si lo que hay entre nosotros es real, no me alejes cariño.

Ella se ajustó el cinturón de la bata y abrió la puerta de la alcoba, invitándolo a salir. Dante chasqueó la lengua y asintió con la cabeza.

Él se detuvo en el pie de las escaleras y se volteó hacia ella.

—¿Por qué? —Preguntó—. Necesito saber porque no querías que recordara lo que sucedió aquella noche. ¿Acaso fue horrible? ¿Te hice daño?

Cerró los ojos y suspiró.

—No, Dante, no me hiciste daño, al contrario, lo disfruté —contestó—. Esa noche tú estabas tan enojado con tu familia, que lo único que querías hacer era irte del pueblo y no quise que te sintieras culpable de lo que había sucedido entre nosotros. Porque también lo había deseado, y sentí un alivio al

darme cuenta que no lo recordabas y te dejé ir. ¿Si hubiera hablado en ese momento habría hecho la diferencia?

—Sí —dijo—. Todos estos años tuve en mi mente esas imágenes que te hacía el amor y me repetía vez tras vez que no eran más que fantasías, porque si a ti te hubiera importado esa noche, me hubieras pedido que me quedara contigo.

Ella bajó un escalón para quedar a su altura.

—¿Y te hubieras quedado?

—Sí.

A ella se le secó la garganta.

—En esa época me importabas, Dany, y todavía me sigues importando. Me importas más de lo que quisiera.

Dante le rodeó la cara con las manos y la besó de nuevo.

—No me basta con tu boca —murmuró, a la vez que le acariciaba el labio inferior con el pulgar.

Mientras él le acariciaba el cuerpo con sus manos fuertes y grandes, atrayéndola, ella le rodeó el cuello con los brazos. Sus sentimientos dominaron su buen juicio, y ya era demasiado tarde para detenerse. Ella suspiró cuando las manos de Dante se deslizaron desde sus hombros hasta la cintura y después rodearon sus pechos.

—También me importas, cariño —dijo él junto a su boca—. Eres tan hermosa nena, dulce, suave, te deseo tanto que no imaginas cuanto duele — los jadeos irregulares de su respiración hicieron eco en su interior—. Dilo otra vez, di que te sigo importando.

Ella apretó sus caderas contra él, ansiando sus caricias.

—No solo me importas, te amo Dante Greco —finalmente tuvo el valor de decírselo.

Durante un momento, él la miró fijamente a los ojos, como si estuviera estudiando cada una de sus palabras. Respiró aliviada al darse cuenta que no había metido la pata al decir las “*dos palabras*” cuando la expresión de él se relajó y sonrió.

—Te necesito ahora, cariño —le quitó la bata y la arrojó sobre la baranda de la escalera—. Ahora.

Ella asintió con la cabeza y lo ayudó a deshacerse de la remera.

—Pero aquí no —susurró, acariciando su boca con la lengua.

—¿Volvemos a tu alcoba?

¿Y despertar a su familia?

—La cocina es un buen lugar.

Dante la cargó en brazos y la llevó hasta la cocina, la dejó sobre la encimera y luego, cerró y bloqueó la puerta para que no fueran interrumpidos. Volvió a ella y le tapó la boca con la suya y la sujetó contra su cuerpo. Detrás de ella colgaban hileras de cazuelas y cucharones de bronce. Ella hundió los dedos en su pelo mientras él le apartaba las rodillas y se acomodaba en su centro. Con una mano le acariciaba la parte inferior del muslo y la otra se desabrochaba los pantalones, a la vez que la besaba salvajemente.

—Sí, es así justo como lo recordaba en mi sueño —dijo con la voz jadeante.

Las manos de él le acariciaron la espalda y fueron bajando hasta sus nalgas para lograr que sus piernas se abrieran aún más. Ella ya no podía respirar por el anhelo de sentirlo en su interior. Se quitó las bragas y el sujetador de un tirón, mientras él se ponía protección. Soltó un quejido cuando su miembro caliente y erecto se hundió en su sexo hasta que estuvo completamente dentro de ella.

—Eres deliciosa, cielo —murmuró, respirando encima de su frente con cada uno de sus músculos tensados.

Todo su cuerpo temblaba y su deseo iba incrementando mientras movía las caderas contra él. Dante acarició sus pechos y saboreó sus pezones erguidos. Después la cogió por las caderas y presionó en su interior. Ella reclinó la cabeza hacia atrás y dejó que él la poseyera. Lo dejó que lo hiciera una y otra vez.

—¡Oh, Dios!

Sus gemidos salían de lo más profundo de su garganta. Buscó un asidero con que sostenerse y su mano se topó con una cazuela que tenía a sus espaldas. Él la penetró con tantas fuerzas que las ollas de cobre empezaron a chocar una contra otra. Pero a él no le impidió seguir empujando con vehemencia. Ella gritó y él la silenció apoderándose de su boca. Juntos empujaban cada vez más profundamente y con más ardor. Una cazuela se desprendió del gancho y cayó contra el suelo, causando un enorme estruendo. Todo acabó cuando los dos alcanzaron el clímax. Ella se sintió colmada, lo abrazó ya sin aliento. Los pechos de ambos se movían uno contra el otro. Él la abrazó con fuerzas y le dio un beso tierno en la frente.

Después de un momento de quietud para recobrar el equilibrio, él rompió el silencio.

—Wow... eso fue... estuvo estupendo.

Ella ocultó el rostro contra su pecho y sonrió.

—Tuvimos suerte de no despertar a nadie.

—La próxima vez prometo mantenerte callada con mis besos.

Ella le mordisqueó el hombro.

—Tú también hiciste de tu parte —replicó—. Y ni creas que te irás sin ayudarme a acomodar este desastre.

—Tendrás cada cosa en su lugar antes que amanezca.

Frunció el ceño.

—Pero faltan como tres horas para que amanezca.

—Lo sé —dijo—. No imaginas las cosas que podemos seguir haciendo en tres horas.

Ella se desentendió del tema riendo.

—Ahora podrás recordar esta noche cuando te vayas.

Él le alzó la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Lo nuestro acaba de empezar, cariño —murmuró—. Tenías razón cuando dijiste que debías salvarme. Ahora lo entiendo, debías salvarme de mí mismo. Debía arreglar mi pasado para tener lo que siempre quise —ahuecó una mano en su mejilla—. A ti Magnolia. Siempre te quise a ti, cielo.

Puso los ojos en blanco.

—No hace falta que exageres, podemos repetirlo otra vez si quieres.

—No exagero cuando digo que en todo este tiempo no pude sacarte de mi cabeza. Eras como una fuerza más allá de lo normal que no podía controlar —explayó—. La noche antes de venir, soñé contigo, y me dijiste que ya era tiempo de regresar, que todavía me seguías esperando —le contó—. El sueño era tan real, que desperté todo traspirado y lo primero que hice fue armar mi equipaje y comprar un boleto.

Ella se inclinó y lo besó en los labios, delicadamente.

—Tenía razón, todavía te seguía esperando.

—¿Ah, sí? —Murmuró él, rozándole la mejilla con la punta de la nariz—. No sé cómo será nuestra vida de ahora en adelante, nena, pero sí sé que tú estarás en ella.

Le rodeó el cuello con los brazos y sonrió.

—¿Estás listo para repetir? —preguntó, deslizando las manos por la zona en la que la espalda pierde su nombre.

Él la besó sediento de ella, y luego le pasó el pulgar por su labio inferior, enrojecido por sus besos.

—Obtendrás tu respuesta si bajas un poco más la vista —contestó lleno de picardía.

No era necesario bajar la vista. Ella podía sentir su miembro duro y caliente entre sus muslos. Él no perdía el tiempo.

12. EXPRESO DOBLE

*Como su propio nombre indica, es el doble de un expreso normal.
Es decir, se trata de unos 60ml de infusión.*

HABÍA despertado con una gran sonrisa en el rostro. En realidad, ella ni siquiera había dormido. Se ató el delantal en la cintura antes de abrir la puerta de la cafetería. Cogió un marcador y escribió la frase del día en la pizarra: «*La vida es como una taza de café. Todo está en cómo la preparas, pero sobre todo en cómo la tomas*». Agregó un corazón a la frase y volvió a sonreír, mientras se mordisqueaba la uña del pulgar.

Todavía le costaba asimilar que Dante Greco había regresado a su vida para quedarse. Miró el retrato de Cala, su bisabuela, y se sintió culpable por haber despreciado el don que había heredado de su familia por un momento. La rubiácea marchita la había dirigido a los brazos de Dante. Había tenido todo el tiempo la respuesta del café en frente de sus ojos. Él necesitaba sanar sus heridas para vivir. Echó una ojeada a su alrededor y no halló la planta de la familia. ¿Acaso no había logrado sobrevivir?

Sacudió los hombros cuando Anetta apareció por detrás de ella.

—Parece que hoy has amanecido de buen humor —comentó su madre.

Levantó una ceja.

—¿Y eso es malo?

—No, cariño, todo lo contrario —repuso, poniendo en el mostrador de exhibidor la bandeja con croissant rellenos de mermelada de albaricoque y chocolate—. Hacía tiempo que no te veía tan animada.

—Tal vez tenga motivos para estarlo —murmuró por lo bajo.

Anetta se giró hacia ella y se rascó la frente.

—Hazme acordar que llame al fumigador más tarde.

—¿Por qué debes llamar al fumigado?

—Por las ratas —respondió—. ¿Anoche no escuchaste como andaban en la cocina?

Sus mejillas se sonrojaron automáticamente.

—No, no escuché nada —dijo, desentendida.

—¿Ah, no? Y eso que por momentos las ratas eran bastante bulliciosas.

—Debo tener un sueño pesado.

Anetta se llevó un dedo al mentón, pensativamente.

—Aunque todavía no me explico como hicieron para abrir la nevera y comerse la focaccia del día anterior.

Entornó los párpados. Su madre sabía muy bien que no había ratas en la cafetería y disfrutaba hacerla sentir incómoda.

—Oh, vale, no es necesario que digas tantas tonterías y preguntes lo que quieras saber.

Los ojos de Anetta brillaron de curiosidad.

—¿Tuviste sexo en la cocina?

—Sí.

Su madre miró al techo y soltó una plegaria.

—Mis ruegos finalmente fueron oídos —musitó—. Ya era tiempo que empezaras a disfrutar de los placeres carnales. Ahora puedo decir que eres mi hija.

Sacudió la cabeza y sonrió, al tiempo que ponía los menús sobre las mesas.

—¿Quién es él? —quiso saber.

—¿Acaso importa?

—Te haré un monumento si te has comido al bombón de Enzo. Aunque a Filippa no le causará mucha gracia saberlo —agregó.

Todo lo contrario, su madre la pondría bajo tierra cuando supiera quien era el dichoso bombón. Dante Greco era mala palabra para su familia.

—Únicamente te diré que lo he disfrutado.

—Pues por lo que oí toda la noche, se notaba que lo disfrutabas o finges muy bien, cariño. Solo me sorprende que no hayas despertado a Lorenza.

Ella puso los brazos en jarra y se aclaró la garganta.

—Tú no crees que... Noni... ¿mucho ruido?

La puerta de la cafetería se abrió.

—Lamento llegar tarde —dijo Filippa con la voz agitada—. Me fue difícil despertar después de la noche que tuve —hizo un gesto obsceno con el puño cerrado y la boca.

Anetta soltó una exclamación.

—Parece que he sido la única que no ha pasado una buena noche.

Filippa se ató el delantal en la cintura y sonrió.

—¿Quién más se divirtió anoche?

—¿A qué no adivinas?

Que su vida sexual fuese el tema de conversación era bastante embarazoso.

—Ya es suficiente, ¿vale?

—¡Joder, Magnolia! ¿A quién te has follado?

—Apuesto a que es Enzo —tiró su madre.

La diversión del rostro de su empleada desapareció al instante. Ella apostaba todo lo que tenía a que Filippa había pasado la noche con él.

—En vez de estar hablando tanto, deberían empezar a trabajar, los clientes entraran a buscar sus cafés en cualquier momento.

Filippa salió a la terraza para poner las sombrillas de colores en las mesas, y luego ingresó sosteniendo un paquete.

—Creo que esto es para ti —le dijo, entregándole el paquete que tenía una tarjeta con su nombre.

Unió sus cejas oscuras.

—¿Dónde lo encontraste? —preguntó.

—Estaba a un costado de la puerta —se inclinó y le susurró al oído—: ¿Será un regalo de tu amante secreto?

Ella se mordisqueó el labio inferior.

—¿Tú crees?

—No imagino a Dante haciendo este tipo de detalles, él parece ser más bien el tipo de hombre que le gusta dar la cara, de ir más a los hechos, ya sabes.

—¿Cómo sabes que Dante es mi amante secreto?

—¿En serio? ¿Recuerdas que fui yo quien los encontró en la cocina? —Farfulló—. Solo espero que no hayan usado la cocina para terminar lo que empezaron.

Ella carraspeó.

—¡Cielo santo! ¡Magnolia, ahí es donde todos trabajamos! ¿Pudieron usar tu alcoba, no?

—No queríamos despertar a nadie —se excusó.

—Bueno, no hicieron bien su trabajo porque tu madre los escuchó y ella ahora cree que tu amante es mi Enzo.

—Sí, lo sé, no es necesario que me lo recuerdes.

Ella resopló y jaló el lazo azul del paquete.

—Lo único que me alivia es que mi madre no lo haya visto.

—¿Dejarás que siga pensando que es Enzo?

La miró por encima del hombro.

—Todavía me debes la paliza que me dio Bianca.

—Y luego dices que no eres rencorosa.

Ella sonrió y abrió el paquete. A ella se le escapó un grito y lanzó la caja por el aire cuando vio lo que traía. Había una muñeca de trapo que simulaba ser ella, llevaba un vestido de novia todo ensangrentado.

—¡Madre mía pero que cosa más espantosa! —Exclamó Filippa—. ¿Crees que él... t-te ha enviado eso?

Tragó saliva.

—No, no lo creo —respondió, cerrando la caja—. Dante no haría algo así.

—¿Entonces imaginas quien pudo ser?

—Debe ser una broma de mal gusto —le restó importancia.

Filippa se cruzó de brazos.

—Quien lo hizo se tomó mucho trabajo para hacerlo. ¿Tienes algún enemigo?

—No.

—¿Qué me dices de Chloe? Ella tendría motivos para hacerlo.

Arrojó el paquete al cesto de basura.

—Ella no pudo ser, se fue ayer del pueblo.

—Chloe pudo pagarle a un mensajero para que hiciera el trabajo por ella.

—No tomes esto tan en serio, Filippa, no ha sido más que una broma de niños —expresó—. Prométeme que no se lo dirás a nadie. No quiero que se preocupen por bobadas como estas.

—Solo si prometes que tendrás más cuidado. Y si te llega otra cosa similar, iremos a la policía.

—Vale —aceptó—. Ahora ve a atender a nuestros primeros clientes.

«Solo fue una broma de niños», se dijo a sí misma para convencerse. Respiró hondo y sonrió. Rodeó el mostrador y atendió a la señora Bonjorno.

—¿Lo mismo de siempre?

Les sirvió dos café moka a los clientes que habían elegido sentarse en una de las mesas de la terraza.

—Podríamos pasar todo el día aquí observando el mar —comentó uno de ellos.

«Turistas». Y por la tonada de su voz, ellos eran portugueses.

—Mientras sigan consumiendo, pueden quedarse todo el tiempo que quieran —dijo ella, en un tono divertido.

Su cliente le dedicó una sonrisa por encima de la taza.

—No tendría problema de hacerlo si todos sus cafés son como este.

Apoyó la bandeja de plata contra el abdomen, sujetándola con las dos manos y se inclinó hacia él.

—Lo son querido mío —su muslo izquierdo empezó a vibrar—. Pediré que les traigan un croissant de chocolate como cortesía de la casa.

Ella se volteó para sacar su móvil del bolsillo y leer el mensaje que le acababa de llegar:

«Qué guapa eres. *Carita sonriente con ojos de forma de corazón*».

Se mordisqueó el labio inferior y antes que pudiera responder, le enviaron otro mensaje:

«El verde te queda tan bien como el rojo. Pero lástima que ese vestido lo llevarás por poco tiempo cuando te tenga cerca. *Cara saboreando comida deliciosa*».

Arrugó el entrecejo. ¿Cómo sabía que estaba usando un vestido verde? Se llevó una mano a la frente y la usó como visera para protegerse del sol. Echó una ojeada a su alrededor. Halló a Dante en la acera del frente, apoyado en la pared, sonriente, siempre tan atractivo. El corazón le dio un vuelco. Bajó la vista al móvil y escribió:

«Quédate en dónde estás. Estaré contigo en un segundo. *Cara besando con ojos cerrado*».

Quería evitar, al menos por el momento, que su familia lo viera o lo vinculara con ella. Ingresó rápido a la cafetería y dejó la bandeja y el delantal detrás del mostrador.

—Me tomaré libre el resto del día —le avisó a su empleada—. Y si preguntan por mí, díles que me he ido a la peluquería.

Filippa puso los ojos en blanco.

—Buscaré una mejor excusa para no decirles que te has ido a follar con Dante.

La miró boquiabierta.

—No voy a... ¿cómo sabes...? No importa. Lleva croissant a la mesa cinco.

—Entendido mi capitana.

Ella cruzó la calle de una zancada y se detuvo a pocos centímetros de él, con la respiración agitada.

—Hola...

Dante le sujetó una mano y la jaló hacia él. Se inclinó y le rozó los labios, enviándole cosquilleos de placer por todo el cuerpo hasta los dedos de los pies.

—Hola... —murmuró él, con picardía.

Le rodeó el cuello con los brazos y sonrió como una colegiala.

—Bueno, acabo de librarme del trabajo y lo que resta del día es sólo para ti, ¿cuáles son tus planes?

Él hizo una mueca.

—Se me ocurre hacer una sola cosa, pero la voy a guardar para el final —respondió, acariciándole la frente con la punta de la nariz—. Lo mejor debe hacerse esperar, ¿no?

—Anoche no pensabas igual —se mofó.

—No me hagas esto más difícil de lo que es —se quejó—. Había planeado recorrer los lugares que nos gustaba ir —le llevó un mechó de pelo detrás de la oreja—. Pero esta vez podremos jugar a las manitos.

—¿Iremos en tu coche?

—Sí, en el coche que rompiste la ventanilla.

Dobló los brazos a la altura del pecho.

—Esa no era mi intención, intentaba protegerte —se defendió.

—Y si no te cobro el arreglo del cristal es por lo bien que hiciste anoche tu trabajo —replicó, cerrando un ojo.

—¿Un trozo de cristal? ¿Ese es el valor que le das a lo que tuvimos anoche?

—Vale, tu eres la que gana —dijo—. No iremos en mi coche, ¿tienes una idea mejor?

Ella asintió con la cabeza. Después de un momento, ellos estaban arriba de su motoneta rosa y él llevaba su casco de unicornio.

—¿Te divierte esto, verdad? —murmuró él a sus espaldas, mientras le rodeaba la cintura con los brazos.

—No sabes cuánto —replicó, entre risas.

La motoneta les permitía recorrer con más comodidad la carretera angosta que conectaba a los pueblos de Cinque Terre, que al cerrar la temporada no estaba tan congestionada. Pueblos que se encontraban suspendido entre las montañas empinadas que caían al mar de Liguria. Con

sus casas coloridas, llenas de vivacidad como desafiando a la naturaleza. Se detuvieron en Monterosso y recorrieron las tiendas situadas sobre las estrechas calles. Cogió unas gafas oscuras con forma de corazón y se las puso.

—¿Qué tal luzco?

Él le sujetó las mejillas entre sus manos y la besó.

—Encantadora —respondió—. Pero no tanto como yo usando un casco de unicornio en una motoneta rosa.

Ella se rio y le pidió al vendedor que le cobrara las gafas.

Dante se probó un sombrero blanco que resaltaba el bronceado que había tomado cuando salieron a navegar.

—Deberías llevarlo.

Él hizo una pose de modelo.

—¿Qué tal luzco? —la remedó.

Ella le mordisqueó la barbilla.

—Guapísimo.

Él se sacó el sombrero y se lo puso a ella, luego se apoderó de su boca.

—Se me ocurre que podríamos ir a la playa —murmuró con su voz sensual—. Danos un chapuzón y ver ese cuerpito tuyo bajo el sol.

Echó el rostro hacia atrás y miró sus ojos azules.

—No hemos traído nada para ir a la playa. Y creo que las personas se darían cuentas si nos metemos desnudos al mar.

—¿Por qué te ahogas en un vaso con agua? —Le cuestionó—. Estamos rodeados de tiendas. Compraremos lo que necesitamos y veré ese trasero tuyo broncearse.

Se mordisqueó el labio inferior, a la vez que deslizaba el dedo índice por su pecho.

—Y se me ocurre que podría comprar algo bonito para ti —dijo—. Será una sorpresa. Mientras busco mi bañador, tu puedes esperarme en la playa, donde está la estatua de Neptuno.

—¡Madre mía! —Exclamó—. Pero si ya te imagino y se me corta la respiración.

Recorrió el mercado en busca del bañador perfecto. Ella había quedado tan susceptible por el paquete que había recibido esa mañana, que

creía que estaba siendo seguida y observada. Miró hacia atrás por encima del hombro y no vio nada más que a personas disfrutando del lugar. Ingresó a una tienda pequeña y cogió entre todos los bañadores un bikini azul con lunares blancos. Supo que era el indicado. La vendedora le permitió usar el cambiador que apenas podía entrar una persona. Cerró la cortina y colgó su bolso en el gancho. Se recorrió el cabello en una coleta alta y deslizó los tirantes del vestido por los hombros y se lo bajó hasta las caderas. Se puso la parte superior del bañador, que tenía unos simpáticos volados debajo del pecho. Inhaló una bocanada de aire. Su cuerpo todavía olía al perfume de Dante.

De repente, ella se quedó dura como una piedra cuando se metieron al probador y le cubrieron la boca con una mano y con la otra, le rodearon la cintura.

—¿Por qué me haces esto? —le susurraron al oído.

Arrugó el ceño cuando vio el reflejo de Piero en el espejo.

—¿Buscabas darme celos paseándote delante de mí con Dante?

Ella negó con la cabeza, aterrorizada. Él parecía haber perdido la cordura.

—Pues parece todo lo contrario. ¿Me envías mensajes rogándome que te deja mamar mi verga y luego me sales con esto? Te perdono, aunque seas una zorra —dijo, manoseándole uno de sus pechos—. ¿Era esto lo que querías?

A ella se le revolvió el estómago. Le golpeó las costillas con el codo y logró librarse de él.

—¿Qué coño te pasa, enfermo?! —Rugió, dándole una bofetada—. Vuelves a tocarme y te mato, ¿me oyes bien?

—¿Así es como quieres jugar?

Se subió el vestido y cogió el bolso.

—No estoy jugando, maldito loco.

Salió hecha una furia del cambiador.

—¿Está todo bien, señorita? —le preguntó la vendedora.

Ella sacó dinero de la billetera con las manos temblorosas y le pagó el bañador.

—Deberían tener más cuidado a quien dejan entrar a los cambiadores —se quejó.

—Oh... lo siento. Él dijo que era tu novio.

Sonrió mordaz.

—No lo era.

Se sintió segura cuando observó a Dante en la playa con los pies hundido en la arena. Hizo un gran esfuerzo para mantenerse serena y no demostrar cuanto la había afectado Piero. En ese instante, quería meterse al mar y quitarse de encima la sensación que él le había dejado.

—Al fin apareces, nena —musitó Dante, extendiendo un brazo hacia ella—. Empezaba a creer que me habías abandonado.

Ella corrió hacia él y lo abrazó con fuerzas.

Él le levantó el mentón con un dedo.

—¿Qué ocurre, cariño? —Quiso saber—. Estás pálida como el papel. Te veías más animada cuando te dejé hace un momento.

—Solo quiero que me abras —le pidió.

—Vale, ahora sí me has asustado. ¿Vas a decirme que sucede?

Sabía que él mataría a Piero si le decía toda la verdad. Literalmente. No quería que Dante se ensuciara las manos, aunque el bastardo mereciera lo peor. Ella era fuerte y podía encargarse del capullo.

—Me crucé con Piero en una de las tiendas y tuvimos un altercado —se esforzó por sonreír—. Pero ya está todo solucionado.

—¿Estás segura, cielo? —Insistió—. Desde que Piero era un chaval, siempre fue un gilipolla. Creía que podía solucionar sus problemas con dinero. ¿Quieres que hable con él?

Ella negó con la cabeza.

—Pero me prometes que me avisarás si él te vuelve a molestar.

—Lo haré.

Dante buscó sus labios y le dio un beso tierno, suave y tranquilizador.

—Podemos irnos si quieres, cielo.

Ella se quitó el vestido por la cabeza y le enseñó su nuevo bañador.

—Lo compre especialmente para ti. Y sería una pena no estrenarlo por culpa de un capullo —se encogió de hombros—. Pero podemos irnos si quieres.

Él se pasó una mano por la boca y le lanzó una mirada con los ojos llenos de deseo.

—Si tuviera elección, preferiría llevarte a un sitio en donde estuviéramos los dos solos y sacarte esos trapos con los dientes —murmuró—. Sin embargo, luces muy bien con tu bañador.

—Probablemente más tarde tengas esa opción —replicó.

—Espero ansioso ese momento, nena.

Ella se mordisqueó el labio inferior y lo llamó con el dedo índice, luego corrió hacia el mar.

Él la siguió por detrás.

Habían regresado a Vernazza y decidieron visitar el castillo de los Doria para ver el atardecer. El castillo era un imponente bastión que se extendía a la extremidad del pueblo y terminaba con un largo muro. Se subieron a la parte más alta de la torre para ver el atardecer y como el pueblo de a poco empezaba a encender las luces con la caída del sol. Apoyó la cabeza contra el hombro de Dante y suspiró. Era un momento romántico y especial. Sabía que la serenidad no duraría mucho tiempo, tarde o temprano, los dos tendrían que regresar a sus vidas cotidianas.

—Una moneda por tus pensamientos —rompió él el silencio.

—¿Cuándo regresarás a Londres?

—Retiro lo dicho...

—No podemos obviar el tema, Dany.

Dante exhaló un cansino suspiro.

—¿Y debemos hablar de eso justamente ahora? —Inquirió—. ¿Por qué tenemos que arruinar este momento?

—¡Porque te irás, Dany! —Soltó ella con brío—. Y yo me quedaré sin ti otra vez.

Él echó peste por lo bajo cuando su móvil empezó a sonar y los interrumpió.

—Debo atender, es del trabajo —dijo al leer el número—. ¿Acaso adivinaste?

—Es mi talento natural, cielo.

Dante se apartó para tener más intimidad al hablar, después de un momento, se acercó con el semblante más apagado.

—¿Cuándo dijeron que debías regresar?

—En dos días —respondió—. Esta vez será diferente, cariño. Haremos que funcione.

Ella asintió con la cabeza.

—Haremos que funcione —repitió.

Él la rodeó con los brazos y ronroneó mimoso contra ella.

—Quiero más días como estos.

Ella apoyó una mejilla contra su pecho, con la vista hacia la puesta de sol.

—Congelaría el tiempo si pudiera.

13. CAFÉ INSTANTANEO

*Este es uno de los tipos de café de perfil más comercial.
Es muy útil ya que se prepara muy fácil y rápidamente.
Es un tipo de grano tratado específicamente,
para que se disuelva rápidamente en líquidos,
generalmente agua o leche.*

HABÍA tratado de llegar a su casa antes que amaneciera y evitar justamente lo que tenía adelante: un aquelarre de mujeres con los ojos desorbitados preparadas para llenarla de preguntas.

—Si esto va a ser largo, será mejor que tome asiento —masculló, dejando caer el cuerpo en una silla.

Stella intercambió miradas cómplices con Noni.

—Es la primera vez, desde que eres una mujer adulta, que pasas la noche fuera de tu casa —dijo Stella, en un tono divertido.

—¿Y desde cuando debo darle explicaciones a mi vecina?

Stella agitó una mano en el aire.

—Soy más que una vecina, y lo sabes cariño.

—¿Otra pregunta?

Lorenza dejó la taza sobre la mesa y sonrió.

—Oh, Magia, no estamos aquí para hacerte reproches, todo lo contrario. Queremos saber cómo has pasado la noche.

—Dormí muy bien, gracias —respondió, escuetamente.

Filippa resopló.

—Lo que tú menos has hecho anoche es dormir, cariño —susurró, a la vez que hacía que barría los pisos con el escobillón.

—Sí esas eran todas las preguntas, subiré a descansar —dijo, amagando con levantarse—. Y como todas están aquí, no creo que me necesiten cuando se abra la cafetería.

—No te moverás de esa silla hasta que nos digas a dónde has dormido —farfulló Stella.

—Y quien fue la persona que entretuvo a mi nieta para que llegara a esta hora.

Anetta meneaba la cabeza, mientras limpiaba el mostrador con un paño.

—Lo que ellas quieren es que les digas el nombre de la persona con la que has tenido sexo estos días.

Frunció el ceño.

—¡Mamá! —Exclamó—. No hablaré de mi vida íntima con mi madre y mucho menos con mi abuela y vecina.

Anetta cruzó los brazos y los apoyó encima del mostrador.

—¿Por qué tanto misterio cuando ya sabemos que es Enzo?

—¿Enzo? —repitió Stella, entusiasmada.

Noni miró a la vecina y le dio una palmadita en la mano.

—Te dije que nuestro plan funcionaría.

Filippa se aclaró la garganta y le lanzó una mirada nada amistosa.

Ella tomó coraje y dijo:

—Están equivocadas, no es Enzo —les aclaró—. La rubiácea de Cala me dirigió hacia otra persona.

El rostro de Lorenza tomó un aspecto desconcertado.

—¿Cómo que no es Enzo? ¡Estoy segura que el café se refería a él! —Gruñó—. Solo faltaba que te digiera su nombre completo. ¡Por Dios santo Magnolia! Lo único que debías hacer era arrojarte a sus brazos. ¿Qué me dices del beso que se dieron?

Parpadeó. Noni parecía realmente enfadada.

—No fue un beso real —le explicó.

—Si no le dices la verdad ahora mismo a Magnolia, lo haré yo —dijo Anetta.

—¿Qué verdad? —preguntó.

Lorenza jugó con la cuchara y luego la miró.

—Puede que lo que te haya dicho en la lectura de la borra de café y lo de la rubiácea, no sean del todo cierto.

—¿Puede, mamá? —la presionó Anetta.

—Vale, te hemos engañado, nada de lo que te dije fue cierto.

Echó una ojeada rápida a su madre.

—No me mires a mí, no he tenido nada que ver con toda esta treta —se defendió—. Pero te advertí que no escucharas a tu abuela.

Se levantó de la silla de golpe y apoyó las palmas de las manos contra la mesa. Lorenza que era una mujer de una contextura grandota, empezaba a hacerse cada vez más pequeña.

—¿Dices que el destino no quería verme unida a Dante? —la cuestionó, a través de los dientes.

—¿Dante? ¿Qué tiene que ver Dante con todo esto?

¡Joder! Había hablado demasiado. Anetta salió detrás del mostrador y

se dirigió hacia ella de una zancada.

—¿Dante es el hombre con el que te has estado acostando?

Alzó la barbilla.

—Sí —admitió—. Los dos estamos teniendo algo especial.

Stella meneó la cabeza.

—Oh, cariño, eso no va a acabar en nada bueno —comentó.

Ella soltó un gemido y levantó los brazos por encima de la cabeza, exasperada.

—No tienen ningún derecho de juzgarme. Si no fuera por las mentiras que ustedes me dijeron, ni siquiera me hubiera acercado a él. ¡No puedo creer que hayan llegado tan lejos! ¿Cómo fuiste capaz de dejar marchitar la rubiácea de Cala, Noni?

Lorenza hizo una mueca.

—La rubiácea que viste no era la verdadera. La verdadera todavía sigue sana y salva en casa de Stella.

Anetta la sujetó del codo y la volteó hacia ella.

—¿Qué sucederá contigo cuando Dante Greco regrese a Londres?

—Trataremos que funcione.

—Pues yo te diré que pasará, él te llamará las primeras semanas, luego sus llamados irán menguando debido a su ocupado trabajo, hasta que finalmente llegará el día en que no sabrás nada más de él. ¿Así no fue cómo sucedió la vez anterior? —Le cuestionó—. Y tú frágil corazón volverá a romperse y válgame Dios si consigo que te levantes de la cama.

—¿Frágil corazón? ¿En serio? —Puso los brazos en jarra—. ¿Y esa es la razón por la que creen que deben tomar mis propias decisiones? ¿Por qué piensan que soy una idiota?

—No eres una idiota —murmuró Lorenza.

—¿Ah, no? Porque desde mi punto de vista que intentaran manipularme a través de nuestro don para que me apareara con un hombre que no amo y que además está saliendo con mi amiga, significa subestimar mi inteligencia —hizo una pausa para tomar aire—. ¡Por Dios! ¿Qué han hecho? —Gimió—. Intervine en la vida de Dante creyendo que era su salvadora. Revolvimos el pasado y él... y él terminó con su novia. ¿Y si eso no debía ocurrir? ¡Alteré el jodido destino!

—Te advertí que no era él —interrumpió Noni.

—Te supliqué que te alejaras de Dante Greco —añadió su madre.

Respiró hondo y trató de no perder la calma.

—Ustedes no debieron inmiscuirse en mi vida —se llevó una mano a la frente, pensativamente—. Ya no sé qué es lo que quiero. Tal vez todo lo que me rodea son sus decisiones y no las mía. Creo... creo que debo alejarme... debo salir de aquí.

—¿Alejarte? —Inquirió Anetta—. Pero somos tu familia.

—¿Dónde irías, cariño? Este es tu hogar —musitó Lorenza.

—Podrías mudarte conmigo, cielo —se ofreció Stella—. En mi casa tengo lugar de sobra, y la cafetería te quedaría a un paso.

Parpadeó.

—Cuando dije alejarme de todos, tú también estás incluida Stella. ¿No quisiste ser siempre parte de la familia? ¡Vale! ¡Ahí lo tienes! —Chilló—. Me iré de la cafetería hasta descubrir que es lo que quiero.

—¿Dejar la cafetería? —murmuró Stella, pausadamente.

—Tu amas este lugar, Magia —repuso Anetta.

—No puedes abandonar la cafetería. Nosotras no elegimos a la rubiácea, la rubiácea es quien nos elige y nadie puede huir de ese don. ¿Lo entiendes?

—Sé que soy solo una empleada aquí, pero en este momento, Magnolia no necesita que le sigan diciendo que hacer —intervino Filippa—. Confío en que ella sabe lo que dice.

—¡No, claro que no lo sabe! —rugió Lorenza.

—Si la rubiácea me eligió para llevar su don, no deberías preocuparte Noni —masculló, con una sonrisa mordaz en los labios—. Porque vaya a donde vaya, no me dejará huir. En el caso de que no sea otro de tus engaños.

—Vale, lo siento, no debí mentirte. Sólo intentaba que encontraras el amor y fueras feliz. ¿Acaso eso es un crimen?

—Si quieres que sea feliz, entonces tendrán que apoyarme en la decisión que tome. En la que crea que sea mejor para mí.

—¿Dejarás la cafetería, cariño? —preguntó su madre, alarmada.

—Aún no lo sé.

—¿Qué pasará con Dante? —Preguntó Stella—. ¿Él te ama?

—Pues tampoco lo sé —respondió, con un ardor en la garganta—. Porque del mismo modo que ustedes me manipularon, puede que yo lo haya hecho con él y le hice creer algo que no era real.

Filippa le rodeó los hombros con un brazo y la apretó contra ella.

—Deberías ir a descansar y meditar con la almohada que es lo que harás con tu vida en las próximas horas, ¿vale?

Ella asintió con la cabeza y se encaminó hacia la puerta trasera. Filippa la siguió escalera arriba y la detuvo cuando llegaron al descansillo.

—Sé que no es un buen momento para decir esto, pero debes saberlo Magia.

Ella resopló.

—¿Puede haber algo peor que tu familia te haya mentido?

—Recibiste otro paquete y como no estabas no pude esperar para abrirlo. Está mal, lo sé y lo siento mucho. Pero me alegro que no hayas vistos los alacranes que te enviaron —le contó de un tirón—. Esto no se ve nada bien, Magia. Deberíamos ir a la policía. Reconoce que hay una mente retorcida detrás de todo esto.

Estaba tan agotada que ni siquiera podía estar asustada.

—Lo que haré ahora será darme una ducha de agua tibia y luego pensaré en una solución.

Filippa se apuntó los ojos con dos dedos y luego la señaló con ellos.

—Mientras tanto te estaré vigilando las espaldas.

A ella se le dibujó una sonrisa en los labios.

—Gracias.

—Gracias por no decir que era yo la amiga que sale con Enzo. Lorenza me hubiera comido viva.

—Ella lo sabrá tarde o temprano.

Filippa hizo un mohín.

—Espero que sea más tarde que temprano.

La señora Greco le avisó que Dante se encontraba en el huerto que estaba en la parte trasera de la casa. Ella se veía un poco más animada después de la muerte de su marido, y tener a sus hijos cerca seguramente había sido de gran ayuda. Recorrió el pasillo que la llevaba hacia la puerta de vidrio que daba a la terraza y al salir, tenía un bonito mar azul de fondo. Bajó los escalones de piedras y halló a Dante entre los limoneros arriba de una escalera. Él sonrió cuando la vio aproximarse.

—Sabía que no podrías pasar tanto tiempo alejada de mí —comentó.

Alzó la vista hacia él y se rodeó los ojos con una mano para protegerse del sol.

—Debemos hablar, Dany.

—Pero primero pásame el canasto que tienes a un lado —le pidió—.

La señora Greco quiere complacer a su hijo haciéndole un pastel de limón. Tenías razón, cielo, he hablado con ella y hemos zanjado nuestras diferencias. Siento haberme quitado un gran peso de la espalda.

Ella le entregó el cesto de mimbre.

—Me alegro que hayan decidido curar esa herida.

Dante se ladeó hacia un costado y quedó colgando de un pie en la escalera para darle un beso suave en los labios.

—Preferí no saber nada de mi padre biológico, él solo donó su esperma en una noche de descontrol de mi madre. Y me da escalofríos hablar de la alocada juventud de la señora Greco. ¿Puedes creerlo? —Meneó la cabeza, mientras llenaba el cesto con limones—. Ella me entregó las cartas que mi padre me escribía, pero que nunca se había atrevido a enviármelas. Descubrí que le seguía importando a pesar de todas las cosas espantosas que le dije. Él... él me decía que estaba orgulloso de mis logros y que seguía de cerca mi carrera.

—A eso ya te lo había dicho.

Dante bajó la vista hacia ella y frunció el ceño.

—¿Qué ocurre, cielo?

Ella tragó saliva para desatar el nudo que tenía en la garganta.

—Debemos hablar...

—También estuve pensando en nosotros, cariño —dijo, bajando un escalón—. Sé que estás preocupada porque mañana me voy y tendré que ponerme nuevamente mi traje de diplomático, pero esta vez será diferente. Lo prometo. Haremos que funcione.

—¡Ya detente! —Chilló—. No existe lo nuestro. Nada fue real. Debí escucharte la primera vez cuando me pediste que me alejara de ti.

Él chasqueó la lengua.

—¿No fue real? —Repitió—. ¿Recuerdas que hasta hace unas horas estábamos haciendo el amor? ¿Qué coño te sucede?

Ella resopló y se enjuagó una lágrima de la mejilla.

—Todo fue un engaño. La rubiácea marchita, la borra de café, fue toda una mentira. Noni me lo confesó —explayó—. Me acerqué a ti porque quise creer que debía salvarte, Dante. Me convencí de que el café me había enviado a tus brazos y me esforcé para que tú sintieras lo mismo. Porque fue lo que siempre quise. Y si lo nuestro nunca debió suceder. Y si nunca debiste romper con Chloe.

Él la miraba fijamente sin decir una palabra.

—¡Joder! ¿No dirás nada al respecto?

—Espero que me digas que solo estás bromeando conmigo.

Dobló los brazos con gestos defensivos a su cintura.

—No bromeo Dante.

Él se bajó de la escalera y dejó el canasto sobre el suelo.

—Me importa una mierda el destino, Magia. Tarde o temprano, mi relación con Chloe iba a terminar, estando tú cerca o como no, solo era cuestión de tiempo. Y si el engaño de Lorenza te envió directo a mis brazos, pues quiero agradecerle.

Ella lo miró boquiabierta.

—Parece que no estás entendiendo.

Él la silenció apoyando su dedo índice sobre sus labios.

—Tú eres la que no estás entendiendo, cielo —replicó—. Nuestras decisiones hacen el destino. No puedes dejar que una planta decida el tuyo —sujetó su mano y la tironeó hacia él—. Mi don es amarte y es el único don que debería impórtate.

Ella sonrió.

—¿Acaso dije algo gracioso?

—Estoy conociendo una parte de Dante Greco que no sabía que tenía.

Él enarcó una ceja.

—¿Y te gusta esa parte?

Ella le rodeó el cuello con los brazos.

—Mucho...

Dante se apoderó de su boca y la besó con fuerza.

—Espero no volver a tener este tipo de conversación —dijo, llevándole un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Sé que me oigo como una idiota cuando hablo del poder que el café le concedió a mi familia, pero con él hemos ayudado a muchas personas.

—Vale, entiendo lo que significa para ti —repuso—. Pero dime, ¿ese don tuyo te pide que te alejes de mí?

—No lo sé, porque nunca lo usé de forma personal, por eso confiaba en lo que Noni me decía.

Él sujetó su rostro entre sus fuertes manos.

—Prométeme que no usarás tu don con nosotros, y dejarás que lo nuestro fluya hacia donde tenga que ir.

Ella asintió con la cabeza.

—También estoy asustada, Dany. Tengo miedo de despertar y darme

cuenta que nada de esto es real.

—Pero todo es real, nena —murmuró en un tono tierno—. Te amo. Ya está, lo he dicho y te he dejado con la boca abierta.

—Vale, sí, lo has hecho —afirmó, sorprendida.

—¿Y? —inquirió para que siguiera.

—Gracias.

Él le lanzó una mirada de advertencia por debajo de sus tupidas pestañas.

—También te amo Dante Greco y lo haré por siempre.

Él la besó como si no quisiera detenerse nunca.

Ella lo apartó, apoyando una mano contra su pecho.

—¿Vas a necesitar ayuda para armar el equipaje?

—No será necesario —contestó—. Que me vaya mañana no significa una despedida, cielo.

Exhaló un cansino suspiro.

—Pero no puedo evitar sentir que lo sea.

—Tal vez logre hacer que cambies la cara con la sorpresa que te tengo preparada para esta noche.

—¿Sorpresa?

Él cogió el canasto con limones del suelo.

—Te estaré enviando algunos detalles para entrar en calor.

—¿Detalles? ¿De qué hablas?

Él le dio la espalda y se dirigió hacia la casa.

—¡Dante!

—No me sacarás una palabra más. Intento generar suspenso —murmuró, satisfecho de haberlo logrado—. Ponte guapa para la noche.

14. UN CAFÉ DESCAFEINADO, LIBRE DE DEPENDENCIA

FILIPPA la encontró arrojando toda la ropa que tenía en el armario sobre la cama cuando ingresó a su alcoba.

—¿Planeas fugarte?

Ella se cruzó de brazos y resopló.

—Planeo hallar algo digno para usar esta noche —arrugó el entrecejo—. ¿Qué traes en las manos?

Filippa dejó dos paquetes sobre el colchón.

—Lo han dejado en la puerta y creo que no deberías abrirlos después de los paquetes que te han estado enviado —le aconsejó—. ¿Y si es una bomba?

Cogió la caja más pequeña entre sus manos, se la acercó al oído y luego la agitó.

—No parece una bomba —repuso, quitándole el lazo.

—Pero podrían ser más alacranes...

Abrió el paquete y se topó con viejas fotos de ella y Dante. Sujetó una y se la enseñó a Filippa.

—Sí, es muy peligroso que alguien vea estas fotos cuando usaba estos peinados espantosos.

—Esto significa que quien te ha estado enviando los paquetes te conoce muy bien, Magnolia.

Ella tomó la carta que estaba entre las fotos y sacó una tarjeta del sobre, luego la leyó en voz alta:

«El mejor reencuentro es con la persona que no te querías despedir. Reencontrarse para marchar hacia nuevos éxitos.

Solo tuyo D.G.»

Filippa abrió grande los ojos.

—¿Dante estuvo detrás de los otros paquetes?

Se rio como una tonta mientras les echaba una mirada a las demás fotografías.

—No lo creo —repuso—. Él me avisó que me estaría enviando pistas para la sorpresa que me tiene preparada —hizo un gesto pensativo—. ¿Qué puede significar fotos viejas?

—Pues qué esperas para abrir la otra caja —musitó Filippa, ansiosa.

Ella cogió la caja más grande y le quitó el lazo. Soltó un gemido y se

llevó las manos a la boca. Había un bonito vestido de encaje bordado con piedras. Filippa apoyó la barbilla sobre su hombro.

—Wow... pruébalo.

Antes que Filippa terminara de decirlo, ella se estaba deshaciendo de la bata y pasándose el vestido por la cabeza. Buscó unos zapatos de tacón en el armario y luego se acercó al espejo para mirarse.

—Me encanta —murmuró, entusiasmada—. Aunque no puedo imaginarme a Dany comprándome este vestido.

Observó a Filippa a través del espejo sentarse en el borde de la cama.

—Su hermana es modelo, tal vez ella lo eligió —sacó lo que quedaba dentro de la caja, un barco miniatura con una tarjeta y la leyó—: *Te espero esta noche en el muelle. Me muero de ganas de ver cómo te queda el vestido* —se le escapó un bufido—. Por el tiempo que lo llevarás puesto. Bueno, ya tienes otra pista de la sorpresa que Dante te está preparando.

Ella sonrió.

—Será una noche inolvidable.

Atravesó el muelle y buscó el yate de la familia Greco en el embarcadero. Pero Dante le tenía preparada otra sorpresa, observó un cartel con su nombre en un barco que no era el de él. Puso una pierna en la proa y luego la otra.

—¿Dany? —Lo llamó—. ¿Estás aquí, cariño?

Rodeó los laterales del yate y se dirigió a la cabina. Las luces estaban encendidas y bajó las escalinatas. El barco era tan lujoso por fuera como por dentro, pensó. Un escalofrío le recorrió la nuca cuando sintió algo duro y helado que le hincaba la espalda.

—Si gritas apretaré el gatillo, y la bonita alfombra se manchará con tu sangre. ¿No quieres eso, verdad? —Murmuraron detrás de ella—. Ahora ve a sentarte, que he preparado la cena.

Echó una ojeada hacia atrás por encima del hombro y adoptó una expresión de asco y furia.

—¿Qué haces Piero? ¿Dónde está Dante?

—¿Crees que estoy bromeando? —replicó.

Piero la empujó y tastabilló con la cola del vestido, mientras avanzaba hacia la mesa que él había alistado con una vajilla elegante y candelabros.

—Será mejor que te vayas antes que llegue Dante. Te aseguro que no

querrás que él te vea apuntándome con un arma —le advirtió, apretando la mandíbula.

—¿Por qué Dante Greco vendría a mi yate?

Se sintió horrorizada por oír la respuesta de su siguiente pregunta:

—¿Tu yate?

—Sí, mi yate —afirmó—. ¿A qué estás jugando Magnolia? No hubieras venido y usado el vestido que te envíe si no querías verme.

Giró hacia él de golpe.

—¿Tu enviaste el vestido? —dijo casi atragantada.

—Por cierto, te queda precioso.

Tragó saliva.

—Ha habido una confusión, esperaba ver a Dante. Creí que él... esto es un error —farfulló—. Debo irme.

Pero en la mente desquiciada de Piero el error era que ella se fuera. Volvió a apuntarle con el arma y la obligó a sentarse.

—Vine preparado por las dudas que quisieras cambiar de parecer —evidentemente lo decía por su revólver.

—¿Por qué haces esto?

—¡Porque te amo, maldición! —rugió.

Ella sacudió los hombros. Y por primera vez sintió mucho miedo. Se dio cuenta que nadie iba a poder salvarla. Dante no la encontraría y los otros, la harían con él. Saldría en las primeras planas de los periódicos del día siguiente. «Mujer asesinada hallada flotando en el mar», podía imaginar el título. Maldición, todavía no te des por vencida.

—Actúas como si fueras una persona muy distinta a la que me ha estado enviando mensajes —comentó él, sentándose en frente de ella.

¿Mensajes? Él estaba más loco de lo que imaginaba.

—Nunca te he enviado mensajes, Piero —murmuró, arrastrando cada palabra.

Él apoyó el arma sobre la mesa con brusquedad.

—¡Ya deja de negarlo! —replicó en un tono de voz elevado.

Se dio cuenta que sí quería salir de ese barco con vida, debía tratar de no hacerlo enfadar. Apoyó las manos en el regazo e irguió la espalda.

—Lo siento, lo había olvidado.

Él sonrió.

—¿Ves? Finalmente nos estamos entendiendo.

Piero llamó a uno de sus empleados para que les sirviera la cena.

Trató de enviarle un mensaje al camarero con la mirada para que la ayudara a escapar.

—¿Sabes? Sergio es un viejo empleado de la familia, y se le paga muy bien para que mantenga la boca cerrada. ¿Verdad, Sergio?

El camarero asintió con la cabeza, mientras les servía una ensalada de marisco en el plato. Y sus esperanzas desaparecieron en ese mismo instante. Él le pidió a Sergio que se fuera cuando acabó con su trabajo.

—Buen provecho, cariño —farfulló, sacudiendo la servilleta a un costado para luego ponerla sobre el regazo.

Ella imitó sus movimientos. Pinchó un langostino con el tenedor y se lo llevó a la boca, masticó despacio mientras lo miraba a los ojos. Solo debía coger el bolso y sacar el móvil para pedir ayuda. Distracción. Busca distracción. Se aclaró la garganta y dijo:

—Puedes repetir cual fue tu mensaje preferido de todos los que te envíe.

Él bebió un trago de vino y luego dejó la copa a un costado del plato. Tomó su móvil, buscó un mensaje y leyó en voz alta.

—*Deja volar tu imaginación y hazme tuya, quiero ser esclava de tus deseos.* —guardó el móvil otra vez en el bolsillo interno de su chaqueta—. Espero ansioso que seas mi esclava esta noche.

Evidentemente, deliraba al leer algo que él mismo se había enviado o existía otra persona que se hacía pasar por ella. Observó la puerta con la esperanza que alguien la abriera y la sacara de allí. «No le enseñes tus miedos a tu enemigo». Era la segunda vez del mes que su vida corría peligro. Tal vez el universo intentaba decirle algo. Intentaba decirle que no existían los salvadores. Los salvadores estaban dentro de uno mismo.

Respiró hondo y sonrió.

—¿Sabes? Soy más tímida personalmente y prefiero enviar mensajes. Creo que no fue una buena idea haber venido hasta aquí.

—No te preocupes por eso, solo necesitas hacer lo que te ordene, esclava.

Ella volvió a intentarlo con otras palabras.

—Pero tú siempre has sido tan amable conmigo y yo me he comportado como una perra. No te merezco.

Hizo lo que a todo narcisista le gustaba: adularlo.

—El amor es ciego, cariño —replicó—. Termina tus mariscos.

Apartó rápido la mano cuando él intentó tocársela.

—¿El vestido fue la única cosa que me enviaste? —quiso saber.

Piero se reclinó en la silla y la estudió con la mirada.

—¿Acaso no te llegó la muñeca y los alacranes? —Inquirió—. Hice tal cual me lo pediste. Confieso que por un momento dudé en hacerlo. Pero tu lado retorcido me pareció atractivo.

¡Joder! Y él seguía delirando. Le daba arcada con solo pensar que él podía tocarla. Alejó el plato de ella y sonrió.

—Me he llenado —dijo, levantándose de la butaca—. Gracias por la cena.

Piero se humedeció el labio inferior con la lengua, a la vez que tamborileaba los dedos sobre el arma.

—¿Ya quieres el postre? Preparé la alcoba como tú querías, cariño.

Mala idea. Piensa rápido. «No permitas que el miedo te bloquee». El capullo no podía ganarle. En un segundo se le ocurrieron mil maneras de clavarle el tenedor en el cuello, pero cambiaba de parecer cuando miraba el revólver que él tenía a su lado. Las piernas se le aflojaron y se sostuvo del respaldo de la silla.

—Tú has sido tan atento y has estado en cada detalle, por lo menos deja que prepare el café.

Ganar segundos era lo único que podía hacer por el momento.

—Vale, puedes preparar el café —asintió el gilipolla—. Hallaras lo que necesitas en la cocina. Pero ten cuidado con lo que haces —le advirtió.

Todavía no podía asimilar que su noche perfecta con dante Greco se había transformado en una pesadilla. Apretó los labios para no gritar al darse cuenta que la última cara que vería sería del malnacido. «Aún no te rindas», se repitió. Sacó unas tazas de la alacena que había en la reducida cocina, mientras estudiaba su alrededor por si tenía que correr.

Una correntada de aire trajo a su nariz una fragancia de café. Como si su don en ese momento pudiera ayudarla. Si tan solo... abrió grande los ojos cuando encontró una lata de café descafeinado encima del estante. Recordó la poción que Noni solía preparar para sus clientas cuando querían olvidar a una persona y desenamorarse.

La poción siempre había funcionado.

Esperaba que esa vez no fuera la excepción. Volcó en la taza dos cucharadas de café descafeinado, al mismo tiempo que lanzaba su hechizo.

15. EL CAFÉ PERFECTO

EMPEZÓ a preocuparse cuando Magnolia no le atendía el móvil. Se aterrorizaba con solo pensar que ella se hubiera arrepentido de lo que habían comenzado. Regresaría a Londres en unas horas y no quería irse sin antes asegurarse que su relación era un hecho. Él quería pasar al siguiente nivel. La amaba y tan solo que ella fuese una buena actriz, también sentía lo mismo. Observó a Anetta afuera de la cafetería, cerrando las sombrillas de colores de las mesas que estaban en la terraza.

—Pero mira nada más quien aparece —murmuró Anetta con cierto sarcasmo en su voz—. ¿Cuándo te vas del pueblo?

Él se metió las manos en los bolsillos del pantalón y sonrió.

—También me da gusto verte —repuso—. Debo regresar a Londres mañana.

—¿Magnolia ya lo sabe?

—Ella fue la primera en enterarse.

Anetta lo señaló con el dedo, ceñuda.

—Presta mucha atención, Dante Greco, lastimas a mi niña y no existirá un lugar en el planeta en el que te puedas ocultar.

—Entiendo que estés preocupada por tu hija, pero amo a Magnolia y lo que menos quiero en este mundo es dañarla —dijo con sinceridad—. Tratar de llevar una relación a distancia no será nada fácil para nosotros, por eso te pido que nos des tu apoyo.

Anetta se cruzó de brazos e hizo un mohín.

—Vale, lo haré, pero lo haré por mi hija —le aclaró—. Ella te ha amado toda su vida.

Esbozó una amplia sonrisa.

—Para mí eso es suficiente.

—¿Quieres un café? —le ofreció.

—Me encantaría. Pero primero quisiera saber porque Magnolia no atiende mis llamadas.

Ingresaron a la cafetería. Anetta giró el cartel que colgaba en la puerta hacia el lado que decía cerrado.

—Iré por un expreso —murmuró—. Puedes llamar a Magnolia, Filippa —Gritó, y su voz retumbó en toda la cafetería.

Filippa salió de la cocina y arrugó el ceño cuando lo vio.

—¿Qué hace él aquí?

—Vine a ver a Magnolia.

Sacudió la cabeza.

—Me refiero porque no estás con ella.

—Porque ella no contesta mis llamados.

—Se supone que ella está ahora mismo contigo en el embarcadero.

—¿Cómo dices?

—Hasta se puso el vestido que le enviaste.

—¿Embarcadero? ¿Vestido? —Repitió—. No sé de qué demonios me estás hablando.

Filippa avanzó hacia él.

—Magnolia recibió dos paquetes, una caja con fotos en la que había una tarjeta que decía tu nombre.

—Sí, yo le envié las fotos —admitió—. Eran parte de la sorpresa que le tenía preparada.

—Y en la otra caja había un vestido que decía que la esperaban esta noche en el muelle.

—Si tú no fuiste el que le enviaste el vestido, ¿con quién está mi hija ahora mismo? —inquirió Anetta, preocupada.

Lorenza apareció del brazo de su vecina.

—¿Ves Lorenza? Parece que está todo bien y no tenías nada de qué preocuparte —comentó Stella.

—Nadie sabe dónde está Magnolia —exclamó Anetta, levantando los brazos por encima de la cabeza.

Lorenza se llevó una mano al pecho.

—Sabía que algo no andaba bien —musitó, sin mirar a nadie en especial—. ¿Qué fue lo que pasó?

—Aún no lo sabemos —contestó—. Pero traeré a Magnolia de regreso —dijo, para transmitir un poco de tranquilidad. Miró a Filippa y agergó—: Quiero que me digas más acerca del paquete que recibió.

—¡Oh, por Dios! —Gimió ella, dejando caer el cuerpo en una silla—. El vestido no fue el único paquete que recibió.

Anetta frunció el ceño.

—¿Qué estás diciendo, Filippa?

—Ella estuvo recibiendo unos paquetes un poco escalofriantes, primero una muñeca ensangrentada, luego alacranes —les contó—. Le dije que fuera a la policía, pero ya saben cómo es Magnolia, ella dijo que debía

ser una broma de algún crío.

Él meneó la cabeza, más atónito que enfadado al saber que ella no le dijo nada de los paquetes que recibió. Stella ayudó a Lorenza a que se sentara y luego le dio un vaso con agua y azúcar.

—Magnolia está en peligro —farfulló Lorenza—. Puedo sentirlo.

—También yo —agregó Anetta—. Debemos ir a la policía.

—La policía no puede hacer nada si ella apenas lleva desaparecida una hora —dijo—. Iré al embarcadero a buscarla. ¿Sabes el nombre del barco al que iría? —le preguntó a Filippa.

Ella negó con la cabeza.

—La tarjeta no decía nada y Magnolia creía que eras tú, por lo tanto, lo más probable es que ella buscara tu yate.

Enzo abrió de golpe la puerta de la cafetería y entró apresurado.

—¿Dónde está Magnolia?

Filippa corrió hacia él y lo abrazó.

—Ella desapareció.

—Magnolia está en peligro —musitó Enzo.

Anetta se llevó las dos manos a la boca.

—¿Cómo lo sabes?

—Bianca me lo dijo.

Filippa alzó una ceja.

—¿Bianca?

—Fui a retirar algunas de mis cosas que todavía habían quedado en su casa —le explicó—. Ella creía que tenía algo con Magnolia y le estuvo jugando sucio por la espalda.

—¿A qué te refieres? —preguntó él.

—Le estuvo mandando mensajes a Piero haciéndose pasar por Magnolia.

Recordó lo mal que se había puesto ella cuando se cruzó con Piero el día anterior en la playa. Se odió por dejarlo pasar y no haber hecho nada al respecto.

—¡Demonios! —Rugió—. Si ese bastardo le toca un pelo, juro que lo mataré.

—No tendrás que matar a nadie.

—¡Magnolia! —gritó Lorenza.

Se volteó a sus espaldas y respiró aliviado cuando la vio parada bajo el umbral. Se acercó a ella de una zancada y la abrazó con fuerzas. Sintió

tanto miedo de perderla, que tuvo que contener las lágrimas en los ojos.

—¿Estás bien, cariño? ¿Piero te ha hecho daño?

—Él no me ha hecho nada —respondió—. Solo me ha apuntado con su pistola.

Apretó la mandíbula.

—El capullo tiene las horas contadas.

Ella se libró de sus brazos y dio un paso atrás.

—Nadie hará nada porque me he encargado del asunto.

—¿Entonces dices que pudiste librarte de Piero porque le hiciste un hechizo? —inquirió Filippa, incrédula.

—No fue solo el hechizo, digamos que también ayudó el somnífero que encontré entre el pote de café.

Las personas que la querían habían pasado de la emoción de verla sana y salva, a la furia contra Piero y luego, al interrogatorio para saber cómo había hecho para salir ilesa del barco.

—¿Por qué estás tan segura que Piero no le hará a otra mujer lo mismo que te hizo a ti? —quiso saber Enzo.

—Porque nos aseguraremos que así sea —respondió Anetta por ella—. ¿Verdad, mamá?

—Dalo por hecho —rectificó Noni, con una maléfica sonrisa en los labios.

—Además, le prometí que si no se internaba en una clínica psiquiátrica para que lo ayuden, le iba a llevar a la policía el video en donde él me tiene retenida en contra de mi voluntad —agregó—. Él es un imbécil, pero Bianca lo manipuló haciéndose pasar por mí. Creía que era yo quien le pedía que hiciera todas esas cosas.

—Y esas pruebas me ayudaran a que tenga a Bianca en mis manos y lograr que ella se aleje de Vernazza —murmuró Enzo, animado de por fin poder librarse de su psicópata ex novia.

Apoyó la cabeza contra el hombro de Dante y suspiró.

—La noche pudo terminar peor.

Dante le sujetó la barbilla y la besó; un beso rápido, duro, posesivo.

—Soy muy afortunado de tener una novia inteligente, hermosa y valiente.

—¿Novia? —repitió Stella, en un tono pícaro.

—Por lo visto, se han formado varias parejas en los últimos días — comentó Noni—. ¿Verdad, Filippa?

Ella sonrió al ver como el rostro de Filippa se sonrojaba. Dante le pidió que fueran a un lugar más íntimo para poder hablar en privado. Y dado que esa era su última noche en el pueblo, asintió y se dirigieron a su alcoba.

—Lamento todo lo que ha ocurrido esta noche —dijo ella, rodeándole el cuello con los brazos.

—No ha sido tu culpa, cariño.

—Pero me habías preparado una sorpresa y te vas mañana.

Él se inclinó y apoyó la frente contra la suya.

—Y no será la última vez que nos veamos —replicó—. O eso es lo que espero.

—¿Las fotografías que me enviaste formaban parte de la sorpresa que me tenías preparada? —quiso saber.

—Sí —asintió. Él sacó algo del bolsillo trasero del pantalón—. Pretendía recordarte de lo mucho que nos conocemos y que estamos preparados para pasar al siguiente nivel.

Tragó saliva.

—¿Siguiente nivel?

Él hincó una rodilla en el suelo y le sujetó una mano entre las suyas.

—Quiero que te vengas a vivir conmigo a Londres —dijo, entregándole las llaves de su casa—. ¿Qué me dices, cariño?

—No.

Él carraspeó y se levantó del suelo.

—¿No? Bueno, había esperado otra respuesta.

—No puedo vivir contigo todavía —le aclaró—. Al haber estado tantas veces cerca de la muerte en un mes, me hizo replantearme muchas cosas.

—¿Yo, por ejemplo?

Ella ahuecó una mano en su mejilla.

—Tú eres lo más importante de mi vida, Dany —expresó—. Tenías razón cuando me dijiste que debía explorar más al mundo, salir de mi zona de confort. Que hay más cosas afuera de la cafetería.

—¿Estás segura que yo dije todo eso?

Ella sonrió.

—Sí, cariño, lo hiciste. Siempre quise viajar sola y conocerme a mí misma. No puedo dar ese paso contigo sin antes saber quién soy —le dio un

beso tierno en los labios—. ¿Podrás esperarme?

—Tú me esperaste ocho años.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un te amo suficiente para esperar a que estés lista para mí.

Ella saltó emocionada y lo llenó de besos.

EPÍLOGO

*Londres,
Dos años después...*

HABÍA sido una buena idea abrir un segundo Mama Kaffa en Londres. Estaba lejos de su casa, pero se sentía en casa. Colgó en la pared el retrato de su último viaje a Bruselas, junto a las demás fotografías de la odisea de un año entero: Egipto, China, Japón, Tailandia, India, América latina. Había hecho cosas que ni ella misma hubiera imaginado que podía hacer, como saltar en paracaídas. Viajar sola la había ayudado a encontrarse a sí misma. Y Dante la había esperado como lo había prometido.

El rumor del excelente café que servía Mama Kaffa se había propagado y la cafetería siempre estaba repleta. Rodeó el mostrador y preparó un capuchino para su cliente y se lo entregó. Su vida había atravesado muchos cambios en los últimos meses. Se había mudado con Dante, tendrían a su primer hijo en primavera y él le daría un anillo de compromiso. Esperaba que se lo diera rápido porque no aguantaba más hacer el papel de tonta como si no supiera nada. Hasta le había pedido a Alissa y a Filippa que fueran las damas de honor.

El rostro se le iluminó cuando Dante ingresó a la cafetería, como lo hacía cada vez que salía de la embajada. Él se sentó en el taburete que estaba delante del mostrador y dejó su maletín sobre la silla vacía que tenía al lado.

—¿Cuál es el especial del día, cafetera? —preguntó.

Ella apoyó los codos encima del mostrador y se inclinó hacia él.

—Café intenso, endulzado con caricias y caliente como mi amor.

Él se balanceó hacia ella y le dio un beso fugaz.

—Me compro todos los que tienes.

—Usted es muy avaro señor diplomático.

Dante se encogió de hombro, con una sonrisa seductora en los labios.

—Me gusta hacer mío todo lo que quiero.

Volcó café en una taza y se lo entregó.

—¿Ah, sí? ¿Entonces por qué todavía no veo un anillo en mi dedo?

Él entornó los párpados.

—¿Lo sabes verdad?

—¿Qué esperas para pedirme matrimonio?

—¡Joder, Magnolia! Te pedí que no usaras tu don en nuestra relación.

—El único don que utilicé es el instinto que tiene toda mujer para descubrir lo que su hombre está tratando de ocultarle —replicó—. Quiero mi anillo.

Él se puso de pie, rodeó el mostrador y sacó una caja aterciopelada del bolsillo interno de su chaqueta. Le sujetó una mano, mirándola fijamente a los ojos.

—Te amo, cariño, te amo ahora y te amaré todo el tiempo que queda por delante —murmuró—. ¿Quieres ser mi esposa?

Ella asintió frenéticamente con la cabeza.

Dante sacó el anillo del estuche y se lo puso en el dedo anular.

—Había planeado hacer algo especial, pero tu ansiedad lo acaba de boicotear. No es la propuesta perfecta...

Ella le rodeó el cuello con los brazos, se puso de puntillas y rozó ligeramente sus labios con los suyos.

—Tu eres perfecto, cariño. Me enamoré de ti desde que tenía once años. Te amaré siempre. Y claro que me casaré contigo.

Él la atrajo con fuerzas y la besó. Se quedaron ahí un buen rato agarrados firmemente uno a otro, mientras oían como sus clientes aplaudían cuando ella aceptó la propuesta.